



**El territorio visto como una colcha de retazos: Transiciones de la Ruralidad y los Sistemas Alimentarios
en el municipio de El Carmen de Viboral**

Natalia Giraldo Osorio

Trabajo de grado para optar al título de Antropóloga

Tutora

Claudia Patricia Puerta Silva, Doctor (PhD) en Antropología Social y Etnología

Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Antropología
Medellín, Antioquia, Colombia
2022

Cita

(Giraldo Osorio, 2022)

Referencia

Giraldo Osorio, N. (2022). *El territorio visto como una colcha de retazos: Transiciones de la Ruralidad y los Sistemas Alimentarios en el municipio de El Carmen de Viboral*. [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia

Estilo APA 7 (2020)



Grupo de Investigación Recursos Estratégicos, Región y Dinámicas Socioambientales.

Instituto de Estudios Regionales (INER).



CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

Rector: John Jairo Arboleda Céspedes.

Decano/Director: Alba Nelly Gómez García.

Jefe departamento: Sneider Hernan Rojas Mora.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

El territorio visto como una colcha de retazos: Transiciones de la Ruralidad y los Sistemas Alimentarios en el municipio de El Carmen de Viboral



Dedicatoria

A mis ancestras y ancestros que han sido hombres y mujeres de la tierra, que la han labrado, cuidado y habitado, que han hecho posible que la semilla germine y que la red de la vida se siga tejiendo. A ellos los campesinos y campesinas dedico este trabajo de grado, por su legado, su sabiduría y conocimientos alrededor de la ruralidad; por ser fuerza, esperanza y permitirme la utopía.

Agradecimientos

Son muchos los seres a quien agradecer en esta construcción de mi trabajo de grado, algunos ya son polvo de estrellas y otros apenas comienzan a nacer. A mis abuelos que con sus pies cansados anduvieron las montañas, sembraron la tierra, transformaron el alimento e hicieron posible la vida. A mis padres que con sus anécdotas y conexión con la naturaleza me permitieron habitar la ruralidad y conocer puntaditas de este gran universo. A Charlie, Saris y Juan por ser parte de estas vivencias.

A los seres que han sido inspiración en mi camino, como mi maestro Israel, quien siendo una niña me contó que la magia existía, cuando me enseñó a sembrar y a cantar *agua mi sangre, aire mi aliento, tierra mi cuerpo y fuego, mi espíritu*, pues comprendí que por más diminutos que seamos tenemos una conexión con el territorio que habitamos. También, a los campesinos y campesinas por medio de las cuales puede tejer y construir este trabajo de grado, sus palabras fueron narradas y plasmadas aquí.

A mis amigos de la U y del pueblo que han llegado a ser parte de esta construcción por medio de su escucha, lectura, risa y ánimo. A ellos por ser manada, refugio, alegría y tejido para este proceso. A la profe Claudia que con su cuidado, amor y generosidad hizo posible que las puntadas de esta construcción tomara forma.

Tabla de contenido

Resumen.....	11
Abstract	12
Introducción	13
Primer Capítulo: Recuento histórico de las transiciones de la ruralidad en el municipio de El Carmen de Viboral desde mediados del siglo XX.....	22
1.1 Entre montes y montañas sobrevivieron mis abuelo.....	22
1.2 Cambios en la forma de relacionarse con la tierra	28
1.3 Bonanza de la agricultura	32
1.4 Inicio de la crisis	35
1.5 Reinventarse para sobrevivir	41
1.6 Conclusiones	44
Segundo Capítulo: Relatos y descripciones etnográficas de la vida rural entorno a la alimentación en los años 80 y 90	48
2.1 Geografías del cuidado y de la alimentación en la ruralidad	49
2.2 Geografías de las rutas alimentarias	60
2.3 Geografías en un mundo de cambios	67
2.4 Conclusiones	71
Tercer Capítulo: Configuraciones en las transiciones de la ruralidad y los sistemas alimentarios actuales en el municipio.....	73
3.1 Geografías de los caminos y sus cambios.....	76
3.2 Nuevos fenómenos y actores en la ruralidad, apuntes sobre la gentrificación	78
3.3 “Entre la belleza de las flores y lo letal de los venenos”. Una ruralidad con dinámicas de floricultura	80
3.4 Otras formas de tejer el territorio, apuntes sobre la soberanía y autonomía alimentaria.....	86
3.5 Un sistema alimentario entre lo global y lo rural.....	93
3.6 Conclusiones	98

Conclusiones: Puntadas finales sobre las geografías rurales y alimentarias de El Carmen de Viboral,
Antioquia100

Referencias.....106

Anexos: Diario Visual.....110

Lista de figuras

Figura 1 Retrato de mi familia en la ruralidad.....	23
Figura 2 Calendario tradicional de siembra	25
Figura 3 La voz de mi buelo en el periodico El Carmelitano.....	29
Figura 4 Mi abuelo junto a otro campesinos	33
Figura 5 Día de mercado en El Carmen de Viboral.....	35
Figura 6 Revisión de archivo: consecuencias de la revolución verde	38
Figura 7 Revisión de archivo: acciones ecológicas	41
Figura 8 El fogón de leña	49
Figura 9 Alimentos tradicionales: las arepas.....	50
Figura 10 El maíz símbolo de vida	51
Figura 11 Formas de almacenamiento del maíz	52
Figura 12 Las cocinas de nuestras abuelas	53
Figura 13 Simbolismos alrededor del alimento.....	55
Figura 14 Alimentos de la huerta	56
Figura 15 Sistemas alimentarios: la leche	59
Figura 16 Un día de mercado en los años 70	62
Figura 17 Rutas del sistema alimentario: distribución	64
Figura 18 Rutas del sistema alimentario: compra de semilla.....	65
Figura 19 El papel de las mujeres en las rutas del sistema alimentario	66
Figura 20 La ruralidad vista como una colcha de retazos	73
Figura 21 La casa de la familia Zuluaga Arias	74
Figura 22 Transiciones en la vida rural: expansión de la frontera urbana	76
Figura 23 Caminos de herradura	77
Figura 24 Gentrificación en mi pueblo.....	79

Figura 25 Cartografías tejidas	82
Figura 26 La bella de las flores y lo letal de los venenos.....	83
Figura 27 Transiciones en la vida rural: la floricultura	85
Figura 28 Soberanía alimentaria: propuestas agroecológicas	87
Figura 29 Propuestas de autonomía y soberanía alimentaria	89
Figura 30 Diversas formas de habitar el territorio	91
Figura 31 Flujos globales y locales	95
Figura 32 Sistemas alimentarios: tienda tradicional	97
Figura 33 Diario visual	110
Figura 34 Diario visual	110
Figura 35 Diario visual	111
Figura 36 Diario visual	111
Figura 37 Diario visual	112
Figura 38 Diario visual	112
Figura 39 Diario visual	113
Figura 40 Diario visual	113
Figura 41 Diario visual	114
Figura 42 Diario visual	114
Figura 43 Diario visual	115
Figura 44 Diario visual	115
Figura 45 Diario visual	116
Figura 46 Diario visual	116
Figura 47 Diario visual	117
Figura 48 Diario visual	117
Figura 49 Diario visual	118
Figura 50 Diario visual	118

Figura 51 Diario visual 119

Figura 52 Diario visual 119

Figura 53 Diario visual 120

Figura 54 Diario visual 120

Figura 55 Diario visual 121

Figura 56 Diario visual 121

Figura 57 Diario visual 122

Figura 58 Diario visual 122

Figura 59 Diario visual 123

Figura 60 Diario visual 123

Figura 61 Diario visual 124

Figura 62 Diario visual 124

Figura 63 Diario visual 125

Figura 64 Diario visual 125

Figura 65 Diario visual 126

Figura 66 Diario visual 126

Resumen

En este trabajo de grado hago una descripción etnográfica de las transformaciones de la ruralidad en el municipio de El Carmen de Viboral y sus repercusiones en el sistema alimentario. La metodología empleada en este estudio fue una etnografía íntima donde realicé historias de vida y entrevistas a mis familiares, amigos, cercanos y conocidos, complementada con recorridos territoriales, revisión de archivo, observación participante, un diario de campo visual, cartografías bordadas y mapas de las rutas de los alimentos. Encontré a través de esta tesis que los grandes cambios que, desde mediados del siglo XX, se vienen gestando en el municipio han generado transformaciones sin precedentes para los sistemas alimentarios y para la ruralidad, donde ambos fenómenos se influyen y repercuten mutuamente. De igual forma, la ruralidad en la actualidad, junto a los sistemas alimentarios, no se pueden ver desde contrastes dicotómicos, más bien están permeados por una amalgama de dinámicas, apropiaciones y actores que como una colcha de retazos van configurando el territorio de forma más compleja y diversa cada día.

Palabras clave: Ruralidad, Sistemas Alimentarios, Transiciones, Etnografía íntima, El Carmen de Viboral

Abstract

In this degree work I make an ethnographic description of the transformations of rurality in the municipality of El Carmen de Viboral and its repercussions on the food system. The methodology used in this study was an intimate ethnography where I carried out life stories and interviews with my relatives, friends, close and acquaintances, complemented with territorial tours, archive review, participant observation, a visual field diary, embroidered cartographies and maps of food routes. I found through this thesis that the great changes that, since the mid-twentieth century, have been taking place in the municipality have generated unprecedented transformations for food systems and rurality, where both phenomena influence and have mutual repercussions. In the same way, rurality today, together with food systems, cannot be seen from dichotomous contrasts, rather they are permeated by an amalgam of dynamics, appropriations and actors that, like a patchwork quilt, configure the territory more complex and diverse every day.

Keywords: Rurality, Food Systems, Transitions, Intimate Ethnography, El Carmen de Viboral

Introducción

Sin darme cuenta, el camino elegido para el trabajo de grado iba directo al corazón de la historia de mi familia, el universo de la ruralidad. Entre paisajes, caminos, montañas, anécdotas, vivencias y recuerdos me fui acercando, por medio de los relatos de los abuelos, tíos, padres, familiares y amigos, a la memoria de los saberes del cultivo, a las estaciones de siembra con las fases lunares, a la preparación de la tierra para la faena agrícola; a las recetas a base de maíz de las abuelas, a los caldos, sazones cotidianas y conocimientos alrededor de la huerta; a los caminos testigos del hambre, la abundancia y las transiciones del sistema alimentario y del territorio a través del tiempo.

Por medio de este trabajo he reconocido que hay una historia viva en mí alrededor de la ruralidad y que el ir y volver una y otra vez a ese pasado, es un ejercicio muy necesario para conocer una parte de mi historia que da sentido a mi presente y a lo que soy, pues esa historia de mis ancestros alrededor de la ruralidad no se queda en el pasado, más bien se perpetúa y teje a través del tiempo. Esa historia, que aparentemente había desaparecido, brota en el presente con esta investigación (Halbwachs & Díaz, 1995). Acciones como ir a la biblioteca municipal y buscar en archivos de periódicos información sobre la ruralidad y el sistema alimentario, me toparon con historias y entrevistas hechas a mi familia. Mi abuelo, que ya no vive, y yo tenemos indagaciones compartidas sobre la ruralidad, sobre los sistemas productivos, sobre las transiciones y comprensiones, en general, de este gran universo del mundo rural.

En la historia familiar hubo un giro en la forma de habitar el territorio. Mis abuelos, bisabuelos y generaciones pasadas vivieron y han vivido de lo que les diera la tierra, con mis padres esta historia empieza a cambiar. En su infancia y juventud ellos sembraron, habitaron en la ruralidad, aprendieron de los quehaceres del campo y cuando fueron adultos buscaron en la zona urbana oportunidades laborales, dejando a un lado la vocación agrícola. Es así, que me convierto, junto a algunos de mis primos, en la primera generación que no se cría, ni vive de lo que diera la tierra. Para llegar a esta comprensión fue necesario ir una y otra vez a las historias de vida de mis abuelos, padres, tíos e incluso a mi propia historia.

Pero esto no ha ocasionado una desconexión con la ruralidad, por el contrario, desde pequeña tengo un interés por este universo y con los años he entendido que hay muchas formas de tejer y vivir la ruralidad. Hoy, la tejo desde el conocimiento, la palabra y las herramientas que me brinda la antropología.

La habito desde cualquier lugar a donde vaya, pues en ocasiones no es necesario la presencia física para sentir cerca el territorio rural. Las montañas, las historias y relatos las llevo conmigo.

Para realizar esta investigación, hice trabajo de campo haciendo uso de la etnografía; esta no se trató de una etnografía externa ni distante, más bien fue una etnografía íntima, por medio de la cual comprendí que soy parte de esa historia campesina y que tengo muchas conexiones con el universo rural. Esta me permitió cuestionar las narrativas dadas y me ofreció la oportunidad de participar en la historia como narradora.

Así mismo, descubrí historias secretas y propias que dan sentido a la existencia, que contienen dentro de ellas contextos sociales e historias dinámicas (Waterston, 2019). Hacer esta etnografía íntima me permitió caminar y recordar, volver una y otra vez a ese lugar al que pertenezco, a esas raíces, a ese pasado que construye mi presente. Me acerco a mis abuelos y a sus formas de habitar la tierra, a su amor por el territorio y su inmensa convicción de construir tejido social.

Como investigadora me sumergí en una cotidianidad que me interpela como sujeto. En este sentido se puede hablar de lo que Guber (2011) plantea sobre la reflexividad, donde “la única manera de conocer o interpretar [los contextos] es participar en situaciones de interacción, el investigador(a) debe involucrarse en estas situaciones a condición de no creer que su presencia es totalmente exterior ni que su interioridad lo diluye” (p. 11). En esta investigación están presentes las reflexiones, palabras y relatos de seres cercanos y personas con las cuales he cohabitado un mismo territorio.

Esta investigación se concentra en las dinámicas rurales y del sistema alimentario en algunas veredas de la zona rural de El Carmen de Viboral, Antioquia. Un municipio ubicado al Oriente del departamento, que en la actualidad cuenta con una población de más de 55.000 mil habitantes y que linda con los municipios de La Ceja, Unión, Sonsón, Rionegro, Marinilla, Santuario, Cocorná. Dada su gran extensión territorial abarca diversos pisos térmicos. A los 800 msnm se producen productos como café, guanábana, naranja, yuca, cacao. En la parte de mayor altura, 2.500 msnm, se dan cultivos de papa, frijol, maíz, tomate, fresas y hortalizas y flores.

Para esta investigación me acerqué a varias veredas como La Milagrosa y Campo Alegre, por ser los lugares de donde son mis padres, a La Chapa, por ser una de las veredas donde he recorrido y entre tejido historias de largas caminatas y recorridos en bicicleta, y a Camargo, por ser aquella vereda donde

aprendí a sembrar con mi gran maestro Israel en la época del colegio. Debido a la cercanía con varios campesinos y campesinas, me acerqué también a otras veredas como Betania, El Cerro, Rivera y Morros.

Desde pequeña, las visitas a las fincas de los abuelos y tíos hizo que el territorio rural siempre fuera un lugar cercano, incluso íntimo, en mi vida. La llegada del carro de leche a las 5 de la mañana era el despertador para mis primos y para mí, los juegos en el monte de los abuelos, los arados y caminos de herradura, la recolecta de moras y guayabas silvestres, las idas a las quebradas, el contacto con los vecinos y los mandados que le hacíamos a la abuela llenaban de vida esa ruralidad tan íntima y cercana.

Estas anécdotas, la cercanía con estos lugares y la posibilidad de habitarlos me ha permitido ver el territorio como una gran colcha de retazos que engloba diferentes dinámicas, actores y fenómenos que van configurando de manera más compleja y diversa estos espacios hilados entre sí. Las hebras que tejieron la complejidad de este fenómeno fueron las transiciones de los sistemas alimentarios en la ruralidad, que a través de un análisis socioespacial me permitió comprender similitudes entre un tiempo y otro, diferencias, actores diversos.

Así mismo, este hilo me permitió hacer un abordaje desde la dimensión multiescalar (local, regional, nacional y global) para comprender cómo estas dinámicas territoriales se entretajan. De esta manera, “el territorio constituye esa compleja red de contenidos y formas, de condicionamientos objetivos y subjetivos interrelacionados, que –consciente o inconscientemente en los diversos actores sociales– estructuran procesos, dinámicas y prácticas sociales” (Sosa, 2012, p. 117).

En el acercamiento al territorio rural he comprendido que este espacio está en constante transformación y que no permanece inmóvil con el pasar del tiempo. Desde los recorridos territoriales vividos en mi niñez y en la actualidad he evidenciado algunas de estas dinámicas. De esta manera, en un contexto como el de El Carmen de Viboral no solo se puede hablar de cambios para describir todos estos fenómenos que en un mismo territorio rural convergen, sino que se tiene que hablar de transiciones que vive una sociedad agraria organizada en torno a la actividad primaria hacia una sociedad rural más diversificada (Kay, 2009).

Entre esas transiciones, en mi investigación tuve gran interés por analizar las relacionadas con los sistemas alimentarios, entendidos como un sistema social particular donde su punto de partida es la producción de alimentos en general y el de llegada la nutrición humana (Schejtman, 2006). Ahondar sobre

este tema me dio una visión mucho más amplia del universo rural y de la forma en la que mis abuelos resolvieron en su día a día su alimentación.

Para esto indagué sobre las rutas que ellos trazaron para producir, distribuir y comercializar los alimentos y cómo, con el pasar del tiempo, se han configurado y complejizado a mayor escala. A través de los relatos de personas y documentos me propuse una reconstrucción cartográfica: localicé estas rutas, identifiqué lugares estratégicos, puntos de comercialización, flujos y dinámicas regionales y nacionales del consumo de los productos agrícolas. Para esto hice uso de herramientas como Google Earth donde pude diagramar las rutas, poner figuras en los sitios y la ubicación de los lugares. Posteriormente, tracé algunas de estas rutas en la actualidad para comprender las dinámicas locales y globales de los sistemas alimentarios al día de hoy y cómo a través del tiempo se han complejizado.

En todo el caminar de esta investigación siempre estuvo presente el contenido visual. Esto se evidencia con la intervención de cartografías de los sistemas alimentarios, en los dibujos realizados en mis anotaciones de campo y las fotografías que revelan las transiciones territoriales. De igual forma, otra de las técnicas usadas para sistematizar la información audiovisual fue por medio de un diario visual. En este se presentan fragmentos, emic y etic, fotografías, dibujos y un ejercicio de cartografías tejidas, el cual consistió en tejer sobre mapas de las veredas los elementos más relevantes de cada lugar según los relatos de los interlocutores y mis percepciones personales. Vale la pena anotar que el material visual presentado en la investigación es de mi autoría, a excepción de un par de fotografías que fueron una donación del archivo personal de uno de los interlocutores.

Otras de las técnicas usadas para la indagación fueron las entrevistas estructuradas y semiestructuradas con los interlocutores. Para esto hice guías que me permitieron estructurar las preguntas, tener un hilo conductor para que, en campo, a manera de conversación, fuera realizando las preguntas. Para hacer la mayoría de entrevistas tuve que desplazarme a las veredas donde estaban los interlocutores y donde pude hacer, al mismo tiempo, reconocimiento de los territorios; ellos me mostraron sus fincas, sembrados y me contaron qué apuestas tenían. Me explicaron cómo habían cambiado las dinámicas de la ruralidad y con algunos pude andar los caminos de herraduras que han dejado de ser utilizados por los habitantes de las veredas, desde que la agricultura dejó de ser la base de la economía en el campo y con esto los jóvenes tuvieron que emplearse en otros trabajos ajenos al

quehacer agrícola. Al igual que las motos en el territorio devinieron una necesidad de gran parte de los habitantes rurales.

En esos recorridos me dijeron una frase muy reveladora: “es que los únicos que quieren estar en el campo son los viejos y los locos”. A través de ella entendí la crisis que vive el campo y la nostalgia de quienes aún viven de los quehaceres de la tierra, al comprender que no habrá una nueva generación a quien transmitirle este saber. Al mismo tiempo, tampoco quieren, como padres, que sus hijos tengan una vida tan inestable económicamente y de tantos esfuerzos físicos como implica el vivir de lo que dé la tierra. Caminar me permitió recordar y traer a la memoria, pero también me transmitió una melancolía al ver la constante incertidumbre a la que se enfrentan cada día los campesinos.

Hice una revisión documental de un periódico llamado El Carmelitano, el cual estuvo en circulación desde 1980 hasta 2003. Esta información periodística fue fundamental para contrastar con los hallazgos dados en las entrevistas por los interlocutores y para reconocer otros elementos, datos históricos, discursos, anuncios y propagandas de esa época sobre los insumos, programas estatales y municipales de la modernización de la agricultura. En este archivo había denuncias por el uso de agrotóxicos y nuevas técnicas que se veían en la ruralidad, también, había reflexiones sobre las preocupaciones de las comunidades por las intoxicaciones sufridas por la contaminación de las fuentes hídricas y la degradación ambiental que se empezaba a vivir en esos años. Así mismo, accedí a algunos archivos personales donde me mostraron algunas fotografías de campesinos comercializando los productos, de la plaza de mercado, de técnicas de almacenamiento del maíz.

Fue crucial para esta investigación considerar aspectos éticos con los interlocutores para la generación y socialización de la información. Al tratarse de una etnografía íntima les hice saber a mis familiares, amigos y conocidos que las conversaciones, entrevistas, apuntes y fotografías realizados iban a ser parte de la construcción de mi trabajo de grado, esto con el fin de cuidar su integridad, bienestar y dignidad o no causarles algún perjuicio a raíz de la información que me brindaron. Esta investigación fue llevada a cabo con consentimiento previo, libre, expreso e informado de las personas participantes de la misma. Así mismo, les pregunté a cada uno de ellos, en varias ocasiones, si sus nombres podrían figurar en la investigación y tuve su consentimiento.

Partiendo de la pregunta sobre cuáles son los cambios en la ruralidad del municipio El Carmen de Viboral desde mediados de los 90 y sus repercusiones en los sistemas alimentarios en la actualidad, empiezo mis indagaciones en campo. Pero, como es sabido, el trabajo de campo trae modificaciones. Las interacciones con los interlocutores y las entrevistas me llevaron a indagar sobre los cambios partiendo de los años 70 para comprender que una de las grandes transiciones en la ruralidad fue la revolución verde, que parte la historia del universo rural en un antes y un después. Esta revolución impulsa una época de modernización de la agricultura que generó técnicas agrícolas sin precedentes y que involucró, casi que de manera generalizada, a todos los campesinos en esta modernización.

Para resolver esta pregunta desarrollé tres objetivos específicos que van en una línea temporal, desde sucesos del pasado hasta las dinámicas actuales. En un principio, me propuse identificar los cambios de la ruralidad en el municipio de El Carmen de Viboral durante las últimas tres décadas. Sin embargo, por lo mencionado anteriormente, indagué sobre las últimas cinco décadas. Las entrevistas, historias de vida y búsqueda de archivos fueron fundamentales para el desarrollo de este objetivo.

Posteriormente, hago una descripción de las dinámicas alimentarias a partir de los relatos de personas del municipio que han vivido allí desde los años 90. Para el desarrollo de este objetivo también me fui unos años atrás, décadas de los 70 y 80, para entender esas transiciones. Abordar este objetivo con una periodicidad mayor me permitió ver los momentos en que las formas de alimentarse, las dietas, las rutas de los alimentos fueron cambiando de manera sorprendente y cómo esto estuvo marcado por ideas de prestigio, de identidad, de incorporación de nuevos productos, de una pérdida de autonomía y una ganancia en diversidad con las aperturas económicas.

Y finalmente, quise tejer estos dos primeros objetivos. Para ello, indagué por las repercusiones en los cambios de la ruralidad y los sistemas alimentarios actuales en el municipio, con la finalidad de comprender cómo estos cambios y transiciones influyen en los sistemas alimentarios. Este objetivo me dió la posibilidad de situar ambos fenómenos y tener un hilo conductor para poder evidenciar la manera en la que se entremezclan y configuran mutuamente.

En esta investigación comprendí que la ruralidad y los sistemas alimentarios están en constante movimiento y que estas dinámicas, más allá de pensarlas en clave de cambios, pueden ser analizadas como transiciones por medio de las cuales los habitantes rurales del municipio han experimentado nuevas

relaciones económicas y sociales que se han generalizado en menos de 50 años de manera rápida y casi siempre violenta (Godelier, 1991, citado por Puerta, 2020). Pero, en medio de estos procesos de transiciones hay una amalgama de fenómenos, dinámicas, apropiaciones y actores que, como una colcha de retazos, van configurando el territorio de forma más compleja y diversa cada día.

Algunos de estos fenómenos son los que han llegado con los procesos de modernización del campo, que en un principio generaron transformaciones en la forma de hacer agricultura y que después desataron una gran dependencia de los campesinos a la compra de insumos para la producción agrícola, que años después desembocó en una gran crisis. Posteriormente, la apertura económica hizo que nuevos actores como empresas y agroindustrias llegaran a los territorios, y que países extranjeros suplieran la demanda de los alimentos. Así que, muchos campesinos no pudieron competir con los precios de las importaciones y quebraron, teniendo que emplearse en diferentes empresas o realizar pluriactividades para sobrevivir.

Se genera, entonces, un cambio en la vocación agrícola. Los jóvenes dejaron de ver el campo como una alternativa viable para su sustento económico y migraron a otro tipo de trabajos y oficios, como la floricultura, manufactura, industria, comercio, entre otros. Además, esta transición vino marcada por unos procesos de cambio de identidad: los jóvenes empiezan a tener vergüenza por ciertos alimentos de la región y empiezan a cambiar sus dietas por productos encontrados en los supermercados. Al igual que sus formas de vestir y de transportarse y hasta sus gustos musicales transitan.

Otra de las transformaciones se materializan en los caminos, anteriormente la manera de los abuelos de ir a otros lugares era por medio de los caminos de herradura. A lomo de mula ellos fueron de pueblo en pueblo, atravesaron montañas y llegaron a otros departamentos, luego abrieron la trocha y pudieron tener carreteras que hizo que la forma de distribución de los alimentos cambiara y que les permitió tener más cercanía con centros poblados. Luego, llegaron las carreteras pavimentadas que trajeron una serie de transiciones como la ocupación del territorio por nuevos actores, el aumento de la gentrificación y unos procesos más complejos de agroindustrialización.

Es así que el territorio rural junto a los sistemas alimentarios de El Carmen de Viboral, es una mezcla de resistencias, de olvidos y nostalgias, de resignificaciones de los espacios; de nuevas dinámicas y actores, del buen vivir, del aire limpio y la tranquilidad. Allí convergen el recuerdo y la añoranza de los

caminos de herradura que se van perdiendo con el tiempo, de lo que fue la vida de nuestros ancestros y ancestras. También, la llegada de las carreteras, del monocultivo y las floristerías, de la permanencia de los arados y ganadería, de las apuestas agroecológicas y alternativas, de las casas de tapia y las construcciones sofisticadas. El territorio rural es un espacio de transformaciones constantes, que con el tiempo hacen que esta colcha de retazos tenga más elementos que la hilan, la diversifican y la complejizan.

Este trabajo de grado fue posible y se inspira en el proyecto “Four stories about food sovereignty: Transnational Crises and Local Action”, del cual fui parte como Joven Investigadora y que realiza la Universidad de Antioquia, a través de su grupo de investigación Recursos Estratégicos y Dinámicas Socioambientales RERDSA, en alianza con la University of Victoria de Canadá y la organización indígena de defensa de derechos humanos, Fuerza de Mujeres Wayuu.

Capítulo 1: Recuento histórico de las transiciones de la ruralidad en el municipio de El Carmen de Viboral desde mediados del siglo XX



Primer Capítulo: Recuento histórico de las transiciones de la ruralidad en el municipio de El Carmen de Viboral desde mediados del siglo XX

En este capítulo iremos al pasado para comprender, desde un recuento histórico, las formas en las que nuestros abuelos y abuelas vivieron y habitaron la ruralidad. Las prácticas sustentables y agroecológicas que caracterizaron su producción, los saberes y creencias alrededor de la faena agrícola y la incorporación de los insumos encontrados en sus territorios. Al igual que las dificultades de escasez y poca cantidad de alimentos que tuvieron. Esto con el fin de contextualizar el tránsito que empieza a emerger, hacia mediados del siglo pasado, de la modernización de la agricultura.

Está, marcó un cambio sin precedentes en los territorios rurales del municipio y del continente en general, en el que los campesinos y campesinas se incorporaron a los mercados y empezaron a usar nuevas técnicas e insumos poco sostenibles con los ecosistemas. Esta modernización, por un lado, generó un boom en la agricultura y los campesinos pudieron producir mayor cantidad de alimentos y tener más plusvalía, pero años más tarde fueron llegando las consecuencias en la salud de los campesinos y campesinas y en la contaminación del medio ambiente.

Es así, que este capítulo trae a colación algunas de las transiciones vividas en la ruralidad del municipio de El Carmen de Viboral a partir de mediados del siglo XX y cierra con algunos hallazgos etnográficos que se presentaron en los años 90 con la apertura económica, con el panorama de incertidumbre causado por la modernización de la agricultura y con nuevas transiciones en la ruralidad.

1.1 Entre montes y montañas sobrevivieron mis abuelo

Entre caminos de herradura mis abuelos recorrían las montañas con sus mulas para llevar cargas de maíz, frijol, papa, cerámica, animales o encargos. Ellos fueron hombres y mujeres del monte, que conocían los caminos, que su intuición y sus pies cansados los guiaban para ir de El Carmen de Viboral a Medellín, Montebello, La Unión, Rionegro, Sonsón y algunos dicen que iban hasta el puerto de Bucaramanga o al Magdalena (Restrepo et al., 2002). Era un paisaje común encontrarse a los arrieros en los caminos de las veredas que con sus mulas llevaban carga de un lugar a otro.

Había posadas en medio de los caminos, allí descansaban y tomaban aliento para seguir su viaje. Las inmensas montañas eran las que los comunicaban y unían con otros pueblos y lugares. Con sus vestiduras ligeras, fiambre envuelto en hojas de plátano, alpargatas y zurriago atravesaban montañas. No

tenían afán, el camino era muy largo para andar de prisa. Tenían que atravesar ríos y sabían que en medio del monte les esperaba la olla que un tiempo atrás habían enterrado dentro del monte. Ellos, los grandes caminantes fueron mis abuelos.

Figura 1

Retrato de mi familia en la ruralidad



Para ellos, el tiempo tenía otros ritmos, las formas de comunicarse eran diferentes, los hábitos que tenían y la forma de relacionarse con el entorno fueron otras. Cuentan que la producción de alimentos, por ejemplo, era en cantidades muy limitadas, sacar cinco cargas de papa o cualquier tipo de alimento ya era bastante. Esas cinco cargas representaban altas ganancias,

Un campesino como mi abuelo sacaba de una papera cinco bulticos, eso ya era muy grande porque era todo basureado, había que cargar abonos. Pero, como era una economía tan cerrada y no había tanta oferta eso le daba a un campesino para sacar un bulto de papas y venirse para la Unión, venderla, mercar, eso le daba pa todo. Cuenta mi papá que mi abuelo salía con tres caballitos a la Unión y vendían papa y eso hasta compraban vacas... (Israel Osorio, comunicación personal, campesino de la vereda Camargo, El Carmen de Viboral, noviembre de 2020).

Eran tiempos donde había unas condiciones de más esfuerzo físico para sacar los productos, pero eso era recompensado con las ganancias que podían quedar de esa producción. Al no haber tanta oferta el precio de los productos era mucho más alto y la labor del campesino podía ser mejor reconocida.

Lo anteriormente nombrado, se complementa con el hecho de que se sembraba de forma muy orgánica, usando los desechos y elementos que el mismo entorno les proporcionaba. Cuenta Israel Osorio, que antes de que existiera el alambre de púas se delimitaban las propiedades con chambas y que en esos mismos huecos se elaboraban los compost para las fincas, echaban todo el material vegetal que resultaba de las cosechas y traían pantanos y estiércol en enormes canastas que cargaban en su espalda. El esfuerzo físico era alto para poder llevar a cabo de manera oportuna la faena agrícola. Cuando llegó el alambre de púas esta práctica no dejó de existir, sino que se pasó a hacer en toda la mitad del arado.

Las formas de sembrar eran diferentes en relación a la forma actual de hacerlo, los abuelos usaban el material disponible en sus terrenos para abonar y sembrar sus cultivos. Para el caso de la papa,

La modalidad era Pate gallina, como la llamaban; se sembraba una mata allí, otra allá, iban recogiendo toda esa hojarasca y todo lo iban haciendo más mateado, pero era más poquita cantidad. No se usaban químicos, era todo orgánico y se bañaba; no era con bomba sino con una rama y era con cloruro de potasio o una cosa ahí, yo no me acuerdo bien (Leonardo Giraldo Tobón, comunicación personal, habitante de El Carmen de Viboral, en noviembre de 2020).

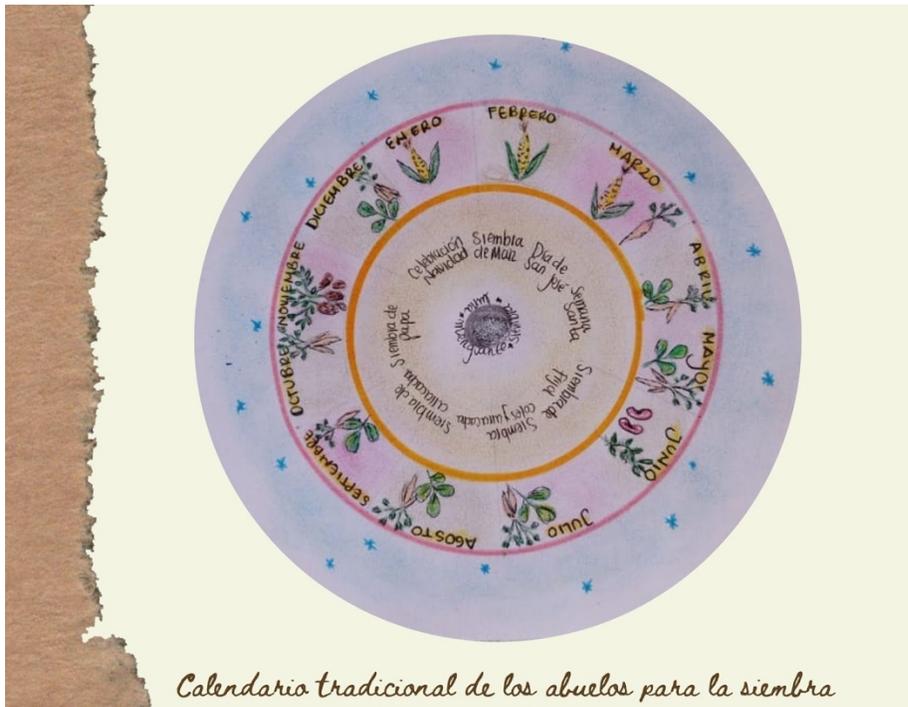
Otro de los campesinos entrevistados también habla de este sistema y lo nombra como surqueado; cuenta él que además de la hojarasca se cubría la mata de papa con helecho. Esta técnica fue reemplazada por los hilos con la llegada de toda la propuesta química, es decir la llegada de la revolución verde que implicaba una incorporación de los campesinos al mercado.

Los abuelos también usaban coberturas de paja para cubrir sus huertas y cenizas para controlar alguna plaga o enfermedad de los cultivos. Lo que vemos en estas formas de trabajar la tierra es que los abuelos tenían unos saberes de su entorno y de lo que necesitaban para llevar a cabo su producción, teniendo una autonomía al no necesitar insumos de actores externos, ni de ecosistemas de otros lugares para producir sus alimentos. Por otro lado, se puede ver que en sus técnicas de sembrado no había la necesidad de arrancar todas las arvenses y de ver la huerta en pura tierra.

Ellos, mis antepasados siempre sembraban con las fases de la luna, con fechas asociadas a algún Santo o con algún evento especial. Para marzo, hasta el día de San José se podía sembrar maíz, en julio se preparaba la tierra para el frijol, esto con la intención de que la caña del maíz sirviera para que se enredara esta planta, en noviembre se sembraba la papa. La luna menguante, por su parte, marcaba las fechas para realizar las faenas de siembra, cosecha o tala de árboles. Incluso, actualmente muchos campesinos siguen incorporando en sus siembras estos conocimientos de las fases lunares y continúa siendo la menguante un norte para sus quehaceres agrícolas.

Figura 2

Calendario tradicional de siembra



Como vemos, había una conexión más fuerte y cercana con el entorno en relación a tener un conocimiento más profundo de las propiedades de los elementos naturales y del territorio mismo, como también se puede ver en prácticas actuales de la agroecología, pero tenemos que decir que no son tan actuales, pues esa forma de cultivar la realizaron hasta hace dos generaciones atrás, es decir, mis bisabuelos. Cabe decir que “la Agroecología es lo que identifica al campesinado en la historia, tanto por su forma de trabajar como por el conocimiento y manejo de los recursos naturales, que lo sustenta” (Santacoloma, 2015, p. 39)

Retomando la idea anterior, con mis abuelos este panorama cambió, llegan los agroquímicos en la década de los años 60, aproximadamente, y esto transforma la manera de hacer agricultura. Algunas de las prácticas agroecológicas se siguen implementando a la par que las prácticas incorporadas con la revolución verde. En la actualidad algunas personas han vuelto a algunas de estas prácticas “alternativas” como la mencionada agroecología.

A pesar de que estas formas de producción eran muy sostenibles y los campesinos podían tener mucha autonomía, había otras realidades de mucha escasez de alimentos, de mucha pobreza y unas condiciones donde los sucesos impredecibles hacían que las condiciones de vida fueran más duras. Una granizada, fuertes veranos, mucho invierno, la muerte de una vaca, la llegada inesperada de una enfermedad, el nacimiento de pocos hijos, entre otras condiciones. Un poco de la historia de vida de mi abuela refleja estas vulnerabilidades. Cuando tenía diez años su padre no pudo volver a trabajar la agricultura, pues después de una larga faena de trabajo, cuando regresaba a casa, lo cogió una fuerte tormenta de granizo que lo dejó paralizado hasta el final de sus días. Lo poco o mucho que llegaba a la casa era por medio de él; luego de su enfermedad, a mi abuela y a sus hermanas les tocó empezar a vivir de la caridad, de lo que alguna vecina, familiar o benevolente les regalaba.

Cuando alguien les daba unas mazorcas iban de inmediato a la cocina para hacer arepas, cogían la taruga o la maravilla para hacer rendir la masa y que toda su familia pudiera saciar el hambre. También, atravesaban una o dos montañas para ir a pedir un poquito de papitas, eran dos o tres horas de camino y antes del amanecer mi abuela y sus hermanas emprendían el viaje. En ocasiones el hambre las cogía desprevenidas y no había alma humana que les diera algo de comida, llenaban las barrigas con un caldo de cidras y sal o con algún tubérculo como la mafafa, batata o arracacha. Fueron tiempos difíciles en el sentido de que la producción de comida era a una escala muy pequeña, las condiciones extraordinarias de la vida marcaban su destino y día a día de forma transversal.

A mi abuelo también le tocaba atravesar la montaña para ir por un poquito de papitas o maíz a otras veredas, él cuenta que cuando le cogía la noche en medio del monte tenía que dejar el bulto de lo que le habían dado cubierto con hojarasca y al otro día bien madrugado volver por él. El monte era lugar de las conexiones y comunicación con otros lugares donde podían visitar a familiares, llegar a otras veredas o pueblos. De igual forma, conseguir alimentos y cazar algún animal como la tatabra, tórtola, gurre, afrechero, conejo o chucha. De ese tipo de animales también vivían y era de gran alegría tener proteína

animal en el plato. Hacia mediados del siglo XX mis abuelos y su generación producían aquello que necesitaban para vivir, no se incorporaban a las demandas del mercado porque no podían destinar su fuerza de trabajo a otras actividades o no percibían como hacerlo.

Otra parte de la historia de El Carmen es que en los años 50 muchas personas trabajaban en las fábricas de loza, gran parte de la economía del pueblo giraba en torno a la elaboración de cerámica,

Unos eran obreros, otros contrataron el acarreo de leña y de materias primas como el barro, el cuarzo, el feldespato, otros, correspondió cortar la leña para los hornos, mientras otros acerraban para la elaboración de cajas o guacales, a otros más les correspondió cargar la paja para empaclado y muchas familias incrementaban sus ingresos con la elaboración de soportes para el quemado de la loza y de orejas para los pocillos (Betancur, 1993, p. 73)

Según Isaías Arcila, esto generó que muchas personas que antes sembraban dejaran de hacerlo y se pusieran a trabajar en estas fábricas, lo que generó una desconexión con la labranza de la tierra, consecuencia que se vería más adelante cuando estas fábricas entraron en quiebra y llegaron nuevas formas de producción agrícola como la revolución verde. En este contexto muchos de los obreros que se quedaron sin trabajo regresaron al campo con el boom de la agricultura, lo que implicó, entre muchas otras cosas, la siembra masiva de frijol cargamanto.

La llegada de este nuevo producto, según González et al. (2021), generó cambios y nuevas formas del sistema de siembra en la ruralidad del municipio. La semilla de este frijol trajo consigo dinámicas nuevas para los campesinos al tener que ser obtenida en las tiendas con la certificación del ICA, al darse la especialización de este cultivo dejando a un lado formas asociativas, y al generarse una ampliación de la frontera agrícola.

Por otro lado, supuso la pérdida de diversidad en los cultivos y el uso de agrotóxicos para el manejo a gran escala que implicaba estos cultivos. Pero no sólo sucedió esto con el frijol cargamanto, sino con el resto de cultivos como el maíz y la papa. De esta forma, El Carmen de Viboral paso de tener una economía de subsistencia o de producción doméstica hacia una economía que se fue incorporando a las demandas del mercado local y regional. En los próximos apartados se ampliará esta idea.

1.2 Cambios en la forma de relacionarse con la tierra

Esa forma de vivir de la tierra que había pasado de generación se fue transformando en los años 60 o incluso antes. Esa forma de trabajar y relacionarse con la tierra por parte de los campesinos fue remplazada por las nuevas innovaciones que el mercado ofrecía. Desde lejos llegaban rumores al pueblo de que campesinos de otros lugares al echarle unos productos a la tierra y plantas hacían que sus cosechas se triplicaron o incluso cuatriplicaban, que había nuevas semillas que sacaban las cosechas en la mitad del tiempo y que la escasez de comida nunca más iba a ser vista. Salía gente hablando en la radio de la gran maravilla de estos productos, en las alcaldías y reuniones comunitarias se socializaba este nuevo invento, también en los periódicos y revistas había publicidad al respecto.

Para mis abuelos esos cuentos parecían lejanos y poco posibles desde sus experiencias y formas de relacionarse con la naturaleza. Era ajeno que algo así pudiera suceder, tanta maravilla no podía ser cierta. Sin embargo, esos cuentos fueron llegando entre las montañas de manera paulatina, hasta que años más tarde se volvieron su cotidianidad. Mis abuelos dejaron a un lado la elaboración de los abonos, el cuidado de las plantas con ceniza, la siembra de semillas nativas y empezaron a sembrar con abonos químicos, fertilizantes, semillas, certificadas, pesticidas y agrotóxicos.

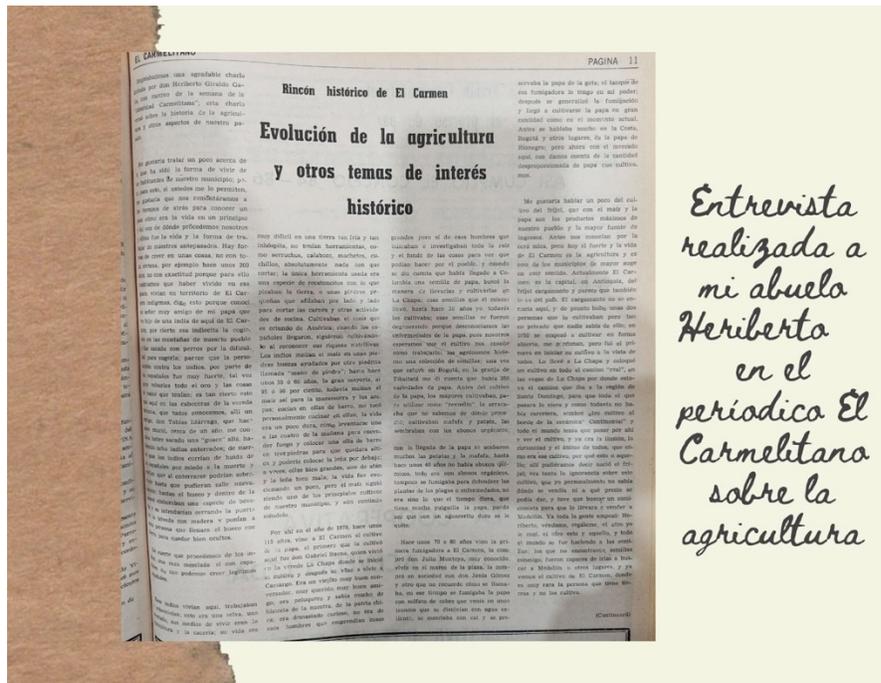
Esos cuentos que venían desde lejos trataban de la primera revolución verde, la cual es introducida en Latinoamérica a partir de los años 50 (Ceccon, 2008). Según esta autora la llegada de esta revolución implicó un cambio radical en las prácticas agrícolas hasta entonces utilizadas y fue definida como un proceso de modernización de la agricultura, en el que el conocimiento tecnológico suplantó al conocimiento empírico.

Además, los agricultores pasaron a emplear un conjunto de innovaciones técnicas sin precedentes, entre ellas los agrotóxicos, los fertilizantes inorgánicos y, sobre todo, las máquinas agrícolas. Los campesinos fueron incorporando toda esta nueva tecnología y forma de labrar la tierra en todos los rincones del continente, algunos no entendían muy bien cómo funcionaba, pero muchos de ellos fueron muy receptivos. Se trataba de resolver el problema del hambre y la modernización de la agricultura la mostraron como la solución a este problema.

Según lo relatado por algunos interlocutores y por la información encontrada en el periódico El Carmelitano (1983), el frijol cargamanto fue una de las especies de plantas incorporadas con más arraigo

para llevar a cabo esas nuevas formas de producción agrícola. De acuerdo con lo encontrado en este periódico, a un campesino muy líder le dieron unas semillas de este frijol en una capacitación de innovación del campo, y debido a que los vecinos veían que se daba muy bien y se sacaba cosecha en seis meses, se empezó a expandir su reproducción.

Figura 3
La voz de mi buelo en el periodico El Carmelitano



El voz a voz entre campesinos se expandió en el pueblo hasta que las semillas nativas de frijol cachetón, frijol de año, larga vida y otras variedades nativas fueron sustituidas por el cargamanto. Isaías Arcila da cuenta de que este frijol tuvo una gran acogida en el municipio, por un lado, tenía buen gusto, se vendía muy bien, salía en la mitad del tiempo que el de las semillas nativas, es decir se podían sacar dos cosechas al año, la tierra estaba muy sana y esto hacía que esa variedad pegara muy bien. Además de eso, el uso de los químicos en ese estado de la tierra hacía que se tuvieran cosechas muy abundantes y prósperas (Comunicación personal, El Carmen de Viboral en noviembre de 2020).

De igual forma, se empezaron a incorporar otra variedad de semillas de papas, pero estas tenían que ser certificadas. Personas que venían de afuera empezaron a llegar a las zonas rurales a darle a

campesinos técnicas, herramientas e insumos para que volvieran sus cultivos más productivos y tuvieran más beneficios, muchas de estas personas eran personal del Instituto Colombiano Agropecuario (ICA) o del Instituto Colombiano de Reforma Agraria (INCORA), dato sacado de la comunicación personal hecha a Leonardo Giraldo Tobón, habitante de El Carmen de Viboral en noviembre de 2020).

Además de estas visitas había una granja experimental en Marinilla donde les daban formación y capacitaciones a los campesinos para el uso de químicos y la forma de producción de la tierra a gran escala. De esta manera, “el ingeniero agrónomo típico de la época pasó a tener como función casi absoluta llevar “el progreso” al campo, o sea, transformar la agricultura tradicional, adoptando los insumos y las técnicas de origen industrial” (Cecccon, 2008, p. 23). Las visitas de los técnicos ingenieros y agrónomos traían consigo el paquete completo y gradual de cambios en el sistema agrícola.

Ellos siempre llegaban con la innovación, con nuevas recetas para cambiar las formas de agricultura tradicional y con distintas variedades de semillas: “hubo un cambio de 10 o 12 variedades de papa distintas y todas son certificadas porque se va desgastando la semilla, los campesinos decían que siempre les venían papas distintas. Pareciera que hicieran el ensayo acá” (Isaías Arcila, comunicación personal, El Carmen de Viboral, noviembre de 2020). Esta incorporación trajo consigo el desplazamiento gradual del sistema de siembra de papa basureado o Pate de gallina para ser reemplazado por los sistemas de hilos, ya que estas formas tradicionales requerían más espacio para los cultivos y la necesidad de producir era lo que estaba en la vanguardia.

También, junto a las nuevas semillas se incorporan los paquetes químicos. Cuenta un campesino de la vereda La Milagrosa que, “llegaba los almacenes agropecuarios, llegaba el agrónomo a ofrecer todos esos productos y a ver el rendimiento de los cultivos” (Guillermo Osorio, Comunicación personal). Por otro lado, cuenta Israel Osorio que “aquí se daban las condiciones perfectas para promocionar el paquete químico. Mano de obra disponible, suelos agrícolas disponibles y el campesino abierto, muy receptivo. Entonces, si usted quería químico eso a usted le prestaban, no era, sino, que tu tuvieras la escritura y le prestaban” (comunicación personal, noviembre de 2020). Entre la década de los 60 y 70 comienza el uso de todo este paquete de químicos, los campesinos tenían muy buenas cosechas, no se tenía que fumigar tanto y la tierra todavía estaba un poco sana.

Otro de esos cambios fue que los campesinos comenzaron a sembrar en las laderas que antes no se tocaban, que eran un tipo de reservas, estas se descapotaron, se picaron y muchos de los bosques fueron tumbados para sembrar más cultivos. Con la llegada de este nuevo mundo de la “modernización” al campo, la frontera agrícola se fue expandiendo de forma agresiva con los ecosistemas. Uno de los campesinos dice,

Yo le he dicho a mi papá, a ustedes les tocó la tarea de descogollar capotes, abundancia de suelos, a nosotros nos está tocando la tarea al revés. Vaya ahora en qué estamos parados, en las arcillas, haga suelos. A ustedes, tumba y tumba bosque para abrir la siembra de papas, y a nosotros, haga bosque a ver si algún día hacemos el parchecito para las papas. Nos la pusieron de otra manera (Israel Osorio, comunicación personal, noviembre de 2020)

A estas generaciones les tocó un momento de la historia donde había una visión de generar progreso y desarrollo en la vida rural, donde estaban en búsqueda de un mejor futuro para el campo y mejores alternativas. Fue así que comenzaron a ver la naturaleza como una fuente de recursos infinitas y la visión de bienes comunes no estaba incorporada en ellos o se estaba comenzando a desdibujar.

Es así que vemos con la llegada de la revolución verde, según Segrelle (2013), que cambia la agricultura tradicional que es apoyada por la biodiversidad, los métodos extensivos, el consumo de sus propias producciones y el respeto a los ciclos biológicos. La revolución deja paso a la “modernización” de la agricultura que produce mercancías y debe adquirir los medios de producción en el mercado, es decir, se ajusta el típico esquema Mercancía-Dinero-Mercancía. De igual forma, se desvincula del medio natural consumiendo energías no renovables, tendiendo a los monocultivos y simplificando la biodiversidad biológica de la agricultura. A eso se le llama “modernización”.

En medio de este panorama vemos que El Carmen de Viboral y los municipios del oriente antioqueño fueron lugares donde se dio una expansión del modo de producción capitalista mediante el dominio técnico de la agricultura. En palabras de Comas d’Argemir

Las periferias, en cambio, son las zonas de expansión del modo de producción capitalista y, por tanto, este sistema aparece por influencias externas, es impuesto mediante la violencia (conquista, colonización) o mediante el dominio técnico o de mercado. En ocasiones, esto ha supuesto la destrucción de pueblos enteros o su desestructuración cultural (Comas d’Argemir, 1998, p. 68).

El municipio dio un giro transversal en muy pocos años en relación con la producción agrícola y con esto en muchos aspectos de la vida. Las relaciones sociales cambiaron en las familias campesinas, algunas tradiciones, la alimentación, la relación con el entorno, las comodidades, innovaciones y posibilidades de educación.

Ampliando un poco el tema relacionado al medio ambiente, con la modernización de la agricultura hay una visión generalizada de dominio de la naturaleza, en la cual se pierden o se desconocen las formas tradicionales de relacionamiento con el entorno y comienzan a incorporarse miradas cosificadoras y productivistas de la misma. Según Leff (2003), la naturaleza se convirtió en objeto de conocimiento y en materia prima del proceso productivo. Es así, que la naturaleza es desnaturalizada para convertirla en recurso e insertarla en el flujo unidimensional del valor y la productividad económica.

1.3 Bonanza de la agricultura

Algunos de los campesinos dicen que llegó un momento de tanta prosperidad en la agricultura que les daba para comprar terrenos y pagarlos con una cosecha, don Ricardo Osorio consiguió una de sus fincas con lo que sacó de una buena cosecha de frijol cargamanto, en palabras de él,

Yo rompí todo ese borbollón [nombre de la finca], conseguí un tractor. Sembré papa y frisol, me fue muy bien con el frisol. Eché como veinte bultos de cargamanto grandes y sembrado así encima de la papa y eso echaba mucho frisol. No se tenía que enredar porque la tierra era nueva, no había maleza. Con eso fue que yo pagué ese borbollón. ¡Oiga!, si usted viera con la papa y frisol, saqué como veinte bultos grandes de cargamanto (Comunicación personal, realizada en El Carmen de Viboral, vereda La Milagrosa, noviembre del 2021).

Fueron tiempos de la bonanza de la modernización de la agricultura que le permitió a la generación de mis abuelos conseguir algunos terrenos y con eso tener una calidad de vida para ellos y sus familias. Algunos hijos pudieron ir a estudiar a los colegios, otros pudieron construir sus casas. Sin embargo, también se fueron creando otras lógicas de calidad de vida ligada a ciertas ideas de consumo y la necesidad de más servicios.

Para estos tiempos, gran parte de los campesinos entrevistados cuentan que empezaron a tener más trabajadores por la demanda que había, ya no era suficiente trabajar con las personas del núcleo familiar. Mi abuelo materno, empleó a algunos de sus vecinos y familiares como sus hermanos y primos.

Él contaba con unos diez trabajadores en los mejores tiempos de la agricultura, otro de los entrevistados dice que su padre contaba con trece trabajadores y que se iban rotando por todas las fincas.

Figura 4

Mi abuelo junto a otro campesinos



Un relato más que da cuenta de estos buenos tiempos de la agricultura es el de don Hernando Arbeláez, agricultor de la vereda La Chapa:

Quando la agricultura servía uno compraba la tierrita y después pagaba intereses. Uno negociaba un lote y con una cosecha de papa le daba para casi pagar parte del lote... Una cosecha le daba para pagar una finca... Yo compré un lote con Rosalba [su hermana] y no tenía la plata, pero tenía agricultura, con dos cosechas yo ya había librado el lote (Comunicación personal, realizada en noviembre de 2020).

Él da cuenta que en esos tiempos la agricultura tenía muy buenos precios, que no había que gastarse tanta plata en insumos y que los sembrados había que bañarlos muy poquito con los químicos.

En esa época, entre los 75 y 85, las utilidades de la agricultura eran de casi el 90% y la inversión que se tenía que hacer era del 10 %, cuenta él. Lo que actualmente es poco posible por no decir imposible.

En este punto de la historia vemos que los campesinos pasan de tener una producción doméstica (PD) a una producción mercantil simple (PMS) o incluso una producción capitalista (PC). De acuerdo con Comas d'Argemir (1998) la primera forma de producción, utiliza la mano de obra familiar, participa parcialmente en los mercados regionales o mundiales, depende de las relaciones de parentesco y comunitarias y no de las que impone el mercado.

Continuando con la idea anterior, la PMS por su parte, también tiene mano de obra familiar, pero está plenamente integrada a los mercados regionales y mundiales al igual que PC, ambas formas de producción dependen de él para obtener los medios de subsistencia y los insumos para la explotación. Pero la PMS tiene la especificidad de tener una incorporación al mercado, utilizando mano de obra familiar y destinando parte de su producción al propio consumo.

Los campesinos veían pues, una gran posibilidad en esta nueva forma de hacer agricultura. Para ellos representaba alternativas de mejorar sus vidas, de conseguir tierra, de tener ahorros, dar calidad de vida a sus familias y tener comida en abundancia. Los insumos agrícolas eran económicos y no había que echarle tantos químicos a las tierras, los bancos prestaban con facilidad dinero para invertir en los cultivos y los intereses no eran tan altos.

En los campesinos se comienza a construir un imaginario colectivo alrededor de la agricultura "moderna" como símbolo de riqueza y única forma posible de trabajar la tierra. Mientras hubo todo este boom se fueron dejando atrás algunos saberes intergeneracionales de cómo sembrar la tierra por las bondades temporales que la revolución verde trajo. Sin embargo, como expone Comas d'Argemir (1999) los pequeños productores campesinos adoptan estrategias para sobrevivir a corto plazo y la modernización de la agricultura fue una de estas. Sin embargo, esta resultó incompatible con el uso sostenible del ecosistema y con la preservación, a largo plazo, de sus propias condiciones de existencia.

Figura5*Día de mercado en El Carmen de Viboral*

En los campesinos se comienza a construir un imaginario colectivo alrededor de la agricultura "moderna" como símbolo de riqueza y de única forma posible de trabajar la tierra.

Nota. Fuente: archivo personal de Leonardo Giraldo, habitante de El Carmen de Viboral.

Este boom de la modernización de la naturaleza, según Leff (2003), trajo consigo unas relaciones verticales entre los seres humanos con la naturaleza en saberes, en la producción y la apropiación de esta. Por otra parte, de acuerdo con Cárdenas (2010), esa modernización ha marginalizado el conocimiento de comunidades y territorios por considerarlo arcaico, atrasado, primitivo o inútil, borrando una memoria tradicional de más de 10.000 años de interacción entre las sociedades humanas y la naturaleza. Lo que hace que se confirmen algunos rasgos de la modernidad que son el rechazo y desdén por las formas tradicionales de conocimiento.

1.4 Inicio de la crisis

A medida que el tiempo pasaba comenzaron a echar a la tierra más y más químicos, "en medio de la ignorancia carmelitana la gente llega a la conclusión de que si le echo una vez químico y mejora, si le echo el doble mejora más [...] La tierra se agotó, estaba cansada y llena de plagas" (Comunicación personal, Isaías Arcila, El Carmen de Viboral, noviembre de 2020). A pesar de que las personas quisieron seguir

sembrando de manera desmesurada, la tierra ya no respondía de la misma manera que años atrás cuando apenas empezaban los químicos.

Entonces, los campesinos empezaron a tener tiempos difíciles, llegaron las plagas y esto empieza a volverse un problema insostenible. Cuenta un campesino que “el tiempo más difícil de la agricultura fue cuando llegó la plaga, saber que uno sembraba veinte bultos de papa y saber que se los comía toda la plaga, la escogida de eso” (Gerardo Arcila, comunicación personal, campesino de la vereda La Chapa, El Carmen de Viboral, noviembre de 2020). Las plagas se vuelven un problema insostenible para los campesinos que nunca habían tenido cercanía con este tipo de sucesos en su quehacer, era nuevo para ellos que sus cultivos estuvieran enfermos. La gente encontró como una solución a las plagas usar químicos más fuertes para matar las plagas que aparecían.

En relación con lo planteado anteriormente se ha evidenciado, según Tabares y López (2012), la utilización de fuertes productos químicos para evitar la aparición de enfermedades en los cultivos por parte de los campesinos. El uso de estos productos ha ido incrementando debido a la aparición constante de plagas resistentes a los químicos que hacen necesario la utilización de mayores dosis de agroquímicos cada vez más tóxicos. Muchas veces la implementación de estos químicos no se ha hecho de la mejor manera, lo que ha conllevado a peligros y riesgos de salud.

En medio de este panorama, el aumento de estos insumos desató una crisis económica en el sector campesino, ellos tuvieron que hacer más inversiones en insumos agropecuarios y sus ganancias se vieron disminuidas, lo que desató que muchos de los campesinos quedaran sin tierras pues no pudieron pagar las hipotecas o préstamos que hacían a bancos para hacer sus inversiones en sus cultivos. De esta manera “la política económica para el sector agrario profundizó las desigualdades, debilitó a las organizaciones e instituciones de apoyo sectorial, generó una crisis económica y social, y mantuvo las estructuras de dominación y exclusión” (Prada, 2003, p. 3).

Llega un momento en el que muchos campesinos estaban enfermos, sin tierra o con una degradación de sus cultivos para sobrellevar esta tragedia. Como un espejo de lo que pasaba en los cultivos y en la naturaleza, el cuerpo de los campesinos se estaba deteriorando: “hubo mucha intoxicación. En el 80 ya empezó a venir el herbicida, mucha cantidad, que eso sí acabó la tierra. Se utilizaba mucho el Paratión, el titán y el manzate. Eran muy tóxicos” (Guillermo Osorio, comunicación personal, vereda La

Milgrasa, El Carmen de Viboral, noviembre de 2020). Lentamente la gente se estaba envenenando y deteriorando su territorio y su propio cuerpo.

La “modernización” de la agricultura implicó según Segrelles (2013) la disminución de la diversidad natural de los ecosistemas que permiten el mantenimiento de los equilibrios naturales. El resultado más evidente es la reducción de la diversidad para garantizar los mecanismos naturales de control. Este factor obligó al empleo creciente, promovido por las empresas agroindustriales transnacionales, de fertilizantes y pesticidas que aceleran la contaminación del suelo, el aire y el agua y generan procesos erosivos y de deterioro ambiental que repercuten en la estabilidad de todo el ecosistema, enferman a la población e hipotecan el desarrollo económico y social de la región. Este panorama fue vivido por los campesinos en los años 80 aproximadamente como se evidencia en las entrevistas.

Algunos de los campesinos empezaron a comprender que esa forma de producción agrícola era insostenible con los recursos naturales y producían daños ambientales. Pero, en relación con lo planteado por Comas d’Argemir (1998), en muchos casos la gente tiene conciencia de los efectos negativos, pero no pueden hacer otra cosa que seguir haciéndolo.

Las autoridades ambientales no prestaron mucha atención a las consecuencias del uso de agroquímicos, los campesinos y las entidades que promovieron este tipo de insumos por muchos años sólo vieron los beneficios económicos que estos traían, dejando a un lado la cantidad de daños a la salud y del medio ambiente. En el año 1982 se presentó la primera muerte por intoxicación en el pueblo y una epidemia de gastroenteritis. Uno de los interlocutores dice que para esos mismos años se realizó un estudio donde, “vinieron unos alemanes a ver qué impactos habían tenido los agroquímicos en la población, eso fue un estudio grande, de mucho médico, mucho aparato, pero eso nunca se supo que fin tuvo” (Leonardo Giraldo, comunicación personal, noviembre de 2020). De este tipo de estudios quedan incertidumbres y preguntas sobre los resultados encontrados.

Figura 6

Revisión de archivo: consecuencias de la revolución verde



Frente a esta situación ha existido una falta de capacitación a los campesinos sobre los insumos químicos, muchos de ellos sabían algunas de sus consecuencias, pero no tenían la claridad de su magnitud. Para Tabares y López (2012) las capacitaciones que se les han dado a los campesinos están más relacionadas a la promoción de nuevos productos por parte de las empresas proveedoras y no del uso correcto de estos insumos. Es así que se evidencia un fracaso institucional para garantizar la salud pública de los campesinos expuestos a los químicos y la falta de garantías para mejorar las condiciones de vida de ellos mismos, sus familias y los ecosistemas.

Pero las consecuencias nombradas anteriormente no fueron las únicas. Alguna gente dice que en el municipio de El Carmen de Viboral la gran cantidad de población discapacitada tiene por causa el uso de los agrotóxicos,

La conclusión que es notoria, es que en los 90 hay muchas personas enfermas por el uso de químicos de síntesis, esos químicos de síntesis todos son liposolubles se mezclan con la grasa. Hay una condición en El Carmen muy particular y es que hay muchas personas con síndromes diversos por eso hay una casa de la discapacidad y cuando uno revisa las tasas educativas del municipio

muchos niños tienen síndromes no muy notorios, pero si levas acerca de dispersión en el aprendizaje, labios leporinos, síndrome de Down leve y complejos, todos son personas relacionadas con el campo y muchas mujeres del municipio tienen quistes en los ovarios o tienen una tendencia a cáncer mamario y resulta que como los químicos de síntesis son liposolubles, eso quiere decir que se mezclan con la grasa, la única manera de usted retirar un químico que se inserta en la grasa es extrayendo la grasa, es decir una liposucción o sorbiéndola. La cosa ahí es que estamos hablando de una generación que contaminó en el 90, que todos mamaron leche de la mamá y el problema de muchos químicos es que se insertan en la grasa y la grasa tiende a convertirse en las mujeres en leche. Entonces cuando los niños mamaban absorbían los químicos, sino tenía una relación directa, lo absorbía y eso genera los problemas de la generación actual. Desde los 90 hasta el 2010, si usted va a revisar personas que tienen síndrome de Down, labio leporino, alguna malformación genética, todos tienen ese rango de edad (Isaías Arcila, en El Carmen de Viboral, comunicación personal, noviembre de 2020).

En relación al tema de la discapacidad por causa del uso de estos químicos se han hecho estudios que hablan de las afectaciones directas en la salud humana por el uso de plaguicidas. En un estudio realizado en Marinilla por Tabares y López (2012), municipio aledaño a El Carmen de Viboral, se encontró que las mujeres campesinas de algunas veredas de vocación agrícola presentaron intoxicaciones, abortos, partos prematuros y engendraron bebés con algún tipo de discapacidad o malformación.

Además, se encontró que los campesinos, quienes son los que tienen contacto directo con este tipo de plaguicidas, presentan enfermedades crónicas como cardiovasculares y respiratorias, hipertensión y enfermedades de origen óseo, articular y muscular y es muy frecuente la presencia de síntomas como dolor de cabeza, fatiga, cansancio, fiebre y dolor de estómago, que podrían deberse a la exposición a estos químicos (Tabares & López, 2012).

Por otro parte, según Muñoz (2010), un estudio realizado en una zona rural de Chile, expone que a largo plazo se van presentando efectos por el uso de pesticidas en la salud y desarrollo de los niños en las zonas rurales. La exposición a órgano-fosforados y órgano-clorados conlleva afectaciones en la coordinación fina y menor retención en la memoria, dificultades en tareas de memoria a corto plazo, déficit de atención, agudeza visual empobrecida, problemas en la secuenciación, flexibilidad mental,

formación de conceptos, problemas conductuales y dificultades motrices. Además, se encontró más probabilidad de encontrar estudiantes con discapacidad en escuelas cercanas a predios agrícolas.

Y como si no fuera poco, en este mismo caso se expone que las afectaciones no sólo han sido para los niños sino para todo el núcleo familiar:

Diversos tipos de plaguicidas demuestran efectos citogenéticos dañinos y de la capacidad reproductiva, con presencia más frecuente de neoplasias en niños que provienen de ambientes rurales o hijos de padres de temporeros agrícolas, mayor cantidad de alteraciones neuroconductuales y efectos endocrinos e inmunotóxicos (Muñoz, 2010, p. 30)

La modernización de la agricultura con todo lo que ha implicado, ha generado consecuencias negativas para los y las campesinas en el mundo y en el continente.

Frente a estas consecuencias nos encontramos con lo que investigadores como Martínez Alier (2008) y Machado (2015) nombran como externalidades del mercado. Para la economía las consecuencias de la modernización de la agricultura, se trata de fallos del mercado que pueden ser negativos o positivos. En el caso de El Carmen de Viboral hubo unos daños que afectaron la salud de la población que se expuso a los agrotóxicos y como son “externalidades” no se les otorga precio a esos daños. Sin embargo, como expone Martínez Alier (2008) si se pone el foco en las externalidades del mercado desde el metabolismo de la sociedad, estas adquieren un carácter sistémico inevitable. Siguiendo con lo planteado por este autor, la economía humana es un subsistema de un sistema físico más amplio que recibe recursos y a menudo los explota más allá de su capacidad de regeneración lo que produce residuos.

Es relevante ver que las consecuencias de estos sistemas de “modernización” de la agricultura resultan devastadoras para quienes están directamente involucrados con la tierra, para quienes la trabajan, para sus hijos y las próximas generaciones, al igual que para las especies no-humanas. El laboratorio de las grandes compañías de estos insumos agrícolas en un continente como Latinoamérica, ha sido desde varias décadas el campo y los campesinos.

En medio de este panorama es preciso anotar que los abuelos nunca imaginaron las consecuencias tan desafortunadas que la “modernización” de la agricultura iba a traer y la herida tan grande que dejaría a la tierra y a quienes la trabajaron. Las consecuencias de unos pocos años de bonanza económica se han

pagado muy caro y se seguirán pagando a costos cada día más dolorosos. Es así que, el desarrollo que prometía enriquecimiento, ha significado la modernización de la pobreza y, con esto, una creciente independencia de la guía y administración de otros, como da cuenta Esteva (2011).

Entrando en los años 90 los campesinos del municipio entendieron que esta primera revolución verde no eliminó el hambre ni la miseria, pero si agudizó la pobreza, el problema del acceso a la tierra, el deterioro ambiental, el endeudamiento, la dependencia a los paquetes tecnológicos y los problemas fitosanitarios. El uso y el abuso de toda clase de agroquímicos, cuenta Betancur (1993), generó una gran incertidumbre por parte de los campesinos de cómo recuperar el suelo y seguir cultivando de una manera equilibrada entre el hombre y la naturaleza. Se comenzaron hacer campañas de sensibilización y foros del cuidado del medio ambiente, del uso adecuado de los químicos y de los riesgos que estos podían traer.

Figura 7

Revisión de archivo: acciones ecológicas



1.5 Reinventarse para sobrevivir

Después de esta gran crisis, los campesinos se encuentran sin un panorama claro, sus tierras estaban cansadas y llenas de plagas, los precios de la agricultura comienzan a ser muy bajos y no les daba

para tener un sustento económico estable. Además, en 1990 se implementa una apertura económica en Colombia que liberó a los mercados y trajo inversión extranjera al país. Esto da un golpe muy fuerte a los campesinos, pues no les es posible competir, siendo productores de pequeña escala, con las agroindustrias exportadoras. Los campesinos buscan alternativas como la lechería o la floricultura para resistir y continuar en el campo, y como si no fuera poco, tienen que ingeniárselas para sobrevivir al conflicto armado.

Don Ricardo, quien vivió el tránsito de la agricultura a la lechería cuenta que, “la agricultura se puso muy mala, entonces empezamos a echar leche. Nos iba regular, se levantaba uno la comidita” (Comunicación persona, la Vereda La Milagrosa, noviembre de 2020). Al igual que con la llegada de la modernización de la agricultura, empieza a haber un rumor de que la ganadería era la última innovación para el campo, que los campesinos podrían tener una mejor calidad de vida y que les generaría ingresos más estables que la agricultura. Entonces, ellos comenzaron a incorporar este sistema a sus fincas, cambiaron los sembrados por potreros, comenzaron a hacer grandes inversiones en vacas, pastos y mejoras para implementar la ganadería de leche. Siguiendo con esta idea, otro campesino da cuenta que,

Con la apertura económica hubo mucho problema con el morrongo, ya empezaron a haber cosechas de mala calidad, ya no se podía tener la misma cantidad de producción. Entonces, hubo que haber un cambio, hubo un cambio hacia la lechería en el 93 y 94 (Guillermo Osorio, comunicación personal, noviembre de 2020).

Un nuevo panorama y cambio vuelve a verse en el campo, nuevas formas de darle una solución a los desastres que había dejado la agricultura química, a las políticas agraria y a la apertura económica. En palabras de Prada (2003):

Las políticas agrarias han sido el resultado de múltiples orientaciones que han apostado al crecimiento económico sin desarrollo bajo esquemas de modernización. Para dar respuesta a la crisis del modelo de sustitución de importaciones, y bajo las recomendaciones de la banca internacional, se dio paso en 1991 al modelo de libre mercado, que derivó en una crisis del agro con la consecuente disminución de un millón de hectáreas en el área sembrada de cultivos transitorios de economías campesinas, y una tendencia hacia la consolidación de los permanentes y de la actividad ganadera en grandes extensiones de tierra (Prada, 2003, p. 9).

Vemos de este modo que los campesinos tienen que incorporarse de nuevo a las demandas del mercado, esta vez fue con la actividad ganadera y la floricultura.

Otro de los motivos que incentivó a los campesinos para la incorporación de la ganadería de leche fue la crisis de personas para trabajar la tierra, junto a otros fenómenos como la gentrificación. Leonardo Giraldo da cuenta de esto,

A mí sí me tocó ese cambio de dejar los arados y volverlos potreros para tener ganado. En la casa ese proceso comenzó hace 32, 33 años. En la casa se dio por dos razones, donde se sembraba la agricultura ya había mucha población al lado, entonces robaban mucho y lo otro, la mano de obra estaba muy escasa, porque ya la mano de obra se puso mucho, que ya empezaron las floristerías en ese apogeo. Y lo otro, que no les gustaba trabajar la agricultura (Leonardo Giraldo, comunicación personal, El Carmen de Viboral, noviembre de 2020).

La llegada de los cultivos de flores comenzó a darse en la década de los 90, justo después de esa gran crisis de la agricultura. Los campesinos encuentran en estos cultivos una alternativa para tener un sustento económico, salarios estables, acceso a salud y pensión. Además, el trabajo con flores no les es ajeno a sus saberes campesinos. Se da una migración de la agricultura a la floricultura por parte de la población agrícola y la mujer se incorpora a estos trabajos. Ellos encuentran una alternativa en este tipo de industrias para sustentarse junto con sus familias. Podemos ver con estos nuevos cambios en la ruralidad que “la expansión del mercado ha provocado entre otras cosas la mercantilización de la mano de obra y de la tierra tal como destacó ya Polanyi en *La gran transformación*” (Comas d’Argemir, 1998, p. 200).

Con esta expansión del mercado y estos nuevos cambios en la ruralidad se dan unas imposiciones de actores exógenos al territorio sobre las comunidades y los mismos campesinos. Esto genera unas nuevas dinámicas en el territorio. En palabras de Machado (citando a Santos, 1994),

Acontece [...] la imposición de las “verticalidades” sobre las “horizontalidades” del territorio: el espacio local se desvanece como “territorio propio”, pierde sus huellas comunales, sus propiedades y funciones locales, y los circuitos endógenos de productos, prácticas y sentidos se devalúan y resquebrajan. En esa misma medida, pasa a ser cada vez más un “territorio-global-en-

red”, un fragmento verticalmente integrado a cadenas de valor diseñadas y controladas por el capital transnacional/transnacionalizado (p. 26).

Por otra parte, la década de los 90 fue bastante fuerte para el campo del municipio. Tras todo lo mencionado anteriormente de crisis y migraciones a los cultivos de flores y ganadería de leche, los campesinos se enfrentan a la guerra. Dice un campesino de la vereda la Chapa “algo que hizo que la gente dejara de sembrar fue la violencia, porque a mucha gente le tocó irse lejos, nosotros nos fuimos para allá para la costa” (Gerardo Arcila, comunicación personal, vereda La Chapa, noviembre de 2020).

Es para el año 1996, según (García, 2007) que el oriente antioqueño se vuelve un objetivo militar de las guerrillas y los paramilitares y a comienzos del nuevo milenio encabeza las estadísticas de muertes violentas y desplazamiento en el país. Esto trajo la pérdida del tejido social y la desconfianza generalizada, pero también resistencia. La realidad de los campesinos que vivieron la guerra de frente fue cruda, muchos tuvieron que abandonar el campo y reinventarse la vida como consecuencia de la guerra y de las presiones que ya vivían a causa de la “modernización” de la agricultura.

En esta década vuelven a cambiar las dinámicas de la vida rural en el municipio, en un panorama de grises pareciera que fueran a esfumarse los campesinos por las demandas del mercado de mano de obra en cultivos de flores, empresas o por las distintas presiones económicas. Pero, muchos de los campesinos siguieron teniendo actividades propias de sus quehaceres a la par que trabajaban como obreros. Algunos de ellos tenían una o dos vacas de leche para el consumo propio y la venta de excedentes, fuera leche, mantequilla o quesito. Al igual que pequeñas parcelas de cultivos para el autoconsumo de maíz, cebolla, plantas medicinales, cucurbitáceas, papa y frijol, cría de gallinas, entre otras actividades. Como menciona Comas d’Argemir “se destaca claramente cómo la perduración histórica de los grupos domésticos y las comunidades locales, en el contexto de la expansión capitalista, se basa en su capacidad para diversificar las bases de su existencia económica” (1998, p. 70).

1.6 Conclusiones

Los cambios que se han venido dando en la ruralidad de el municipio de El Carmen de Viboral han sido bastante imponentes y rápidos si se piensa que, hasta apenas unas décadas, década de los años 60 del siglo pasado, la producción agrícola era a escala menor y partía de conocimientos tradiciones que se había heredado de generación en generación. Esta forma de hacer agricultura implicaba un conocimiento

de todos los ecosistemas para ser aprovechados y poder llevar a cabo la producción de alimentos, el uso de la ceniza, los ciclos de la luna, el uso de coberturas, el manejo de compost y la preservación de bosques. Y no sólo esto, sino el conocimiento del territorio en general, de los caminos de herradura, de los ecosistemas y sus elementos.

Sin embargo, esta forma de sembrar tenía la desventaja de la poca cantidad de comida que se podía cosechar y la vulnerabilidad a cualquier fenómeno impredecible como enfermedades, eventos naturales y muertes de algún miembro del hogar, que ocasionaron que familias enteras no dispusieran de forma regular de alimento. La escasez y, por ende, el hambre eran una realidad que, con la llegada de la revolución verde en los años 60, aproximadamente, fue implementada y divulgada como la solución a este problema. Es así que a partir de estos años se da una puesta en marcha de la modernización de la agricultura que además de dar solución a los problemas mencionados, también pretendían llevar desarrollo y riqueza al campo. La forma de llevar todas estas políticas fue por medio de la implementación de paquetes químicos, semillas certificadas y maquinaria por medio de programas y visitas de agrónomos al territorio rural.

En la década de los 80 se dio un gran boom de la agricultura, los campesinos tuvieron una producción abundante y pudieron tener una capitalización que les permitió tener una cierta calidad de vida. Pero trajo varias consecuencias, por un lado, se generan unas relaciones verticales con la naturaleza donde esta es cosificada y por otro lado trajo como consecuencia el deterioro ambiental, problemas de salud, endeudamiento, pobreza, pérdida de terrenos, intoxicaciones y posteriormente tasas muy altas de población con discapacidad como consecuencia del uso de agrotóxicos. Frente a este panorama se ven las externalidades del mercado que como plantean Martínez Alier (2008) y Machado (2015), vistas desde el metabolismo de la sociedad, adquieren un carácter sistémico inevitable y no una simple externalidad.

Después de esta gran crisis, llega la apertura económica y mucha parte de los habitantes rurales se incorporan a los cultivos de flores, las empresas o incorporan la ganadería en sus parcelas, sin dejar de lado sus actividades agrícolas y esa diversificación económica la que ha permitido según Comas d'Argemir (1998) la perduración histórica de los campesinos.

Cabe la pena decir que con lo planteado en este capítulo no se pretende dar una mirada romántica de la vida de los campesinos, y menos caer en esencialismos de que todo tiempo pasado fue mejor. Más

bien, pretende dar cuenta de los cambios tan drásticos que han ocurrido desde la implementación de la modernización de la agricultura, con las cuales hay un gran riesgo de pérdida de saberes que han acompañado por muchas generaciones a los campesinos de El Carmen de Viboral. Muchos de estos saberes se han caracterizado por ser más sostenibles y cercanos a las dinámicas del territorio.

Capítulo 2: Relatos y descripciones etnográficas de la vida rural entorno a la alimentación en los años 80 y 90



Segundo Capítulo: Relatos y descripciones etnográficas de la vida rural entorno a la alimentación en los años 80 y 90

Mientras iba indagando sobre los cambios en la ruralidad y las repercusiones en el sistema alimentario iban aflorando muchas historias y fenómenos, en los que el núcleo familiar tenía un papel transversal, pues no sólo se resaltaba el papel de los hombres con relación a la producción agrícola, sino que empezó a salir de manera sutil y desde adentro el papel de la mujer como pilar fundamental para el sostenimiento de las familias. En muchas idas a campo preguntaba sobre el rol de la mujer en la ruralidad y la respuesta de muchos fue: “las mujeres no trabajaban, sino que se quedaban en la casa”; incluso las mismas mujeres tuvieron respuestas similares. Sin embargo, durante el trabajo de campo se evidenció que las tareas del cuidado estaban bajo responsabilidad de las mujeres y que estas también realizaban tareas “típicas de los hombres” como sembrar, desyerbar o criar animales.

Al ser la alimentación una base laboral del cuidado, emerge en esta etnografía el papel de las mujeres con gran protagonismo y dejan de estar sus voces en ese invisible y totalmente naturalizado “quedarse en casa” como no-trabajo. Como da cuenta Silvia Federici (2010), el trabajo de las mujeres es asimilado como un bien común, pues las actividades realizadas por ellas son definidas como no-trabajo. Este es visto como un recurso natural, disponible para todos, como el aire que respiramos o el agua que bebemos. Por otra parte, Comas D' Argemir (2000) expone que las tareas del cuidado son invisibles socialmente por tres razones: porque es la familia la principal institución donde se llevan a cabo, porque es difícil catalogarlas como formas de “trabajo” y, finalmente, porque están fuertemente naturalizadas y son las mujeres quienes las hacen.

Entrelazando las historias, relatos y textos iba reconociendo que fue gracias a la complementariedad entre el trabajo de los hombres, mujeres y niños que fue posible la reproducción social para el mantenimiento de la familia. La voz de los hombres y las mujeres es transversal para comprender la vida rural en torno a la alimentación y para ir hilando las preguntas planteadas para esta investigación. En el capítulo anterior nos centramos netamente en un recuento histórico de la vida rural en general y de sus transiciones.

En este capítulo, entramos al mundo de las geografías cotidianas de los sabores, recetas y cuidados de las abuelas y niños. A un universo del cuidado a través de los alimentos, de los saberes y conocimientos de las abuelas y madres. Andaremos las rutas alimentarias y caminos por donde transitaban los abuelos

para distribuir los alimentos y de los cambios complejos y dinámicos que a través del tiempo se han generado en los sistemas alimentarios y en sus rutas.

2.1 Geografías del cuidado y de la alimentación en la ruralidad

A ellas,
mis abuelas, antepasadas y
mujeres de a pie
que hicieron posible la vida.

La vida en el campo empezaba muy temprano, no había salido el sol cuando el chasquido de las ollas se escuchaba en la cocina, el humo del fogón entraba por las hendiduras más pequeñas de las casas de tapia. El gallo cantaba y las vacas empezaban a bramar. Montar agua de panela y el maíz, ir a ordeñar y recoger los huevos. Hacer las arepas era lo primero y el resto del día traería su propio afán. Eran las madres, mujeres y niños pequeños los que se encargaban de este mundo de la alimentación y del cuidado. Mientras los hombres cogían la canasta, asadón, garabato y demás herramientas para empezar su jornada en el arado, en donde reposaban los cultivos y sembrados que más tarde serían parte de los alimentos del hogar.

Figura 8

El fogón de leña



"El humo del fogón entraba por las hendiduras más pequeñas de las casas de tapia"

Las preparaciones en los hogares tenían como base el maíz, todos los días se hacían arepas de mote y otras recetas más. Las arepas no sólo se servían al desayuno con agua de panela o chocolate, sino que se consumían durante todo el día y acompañaban las comidas principales. Un campesino cuenta que “la vida era muy buena, no sé, no faltaban las arepitas. Había su buen taledado de arepas y uno cogía tres a cuatro, y si tenía hambre, saque más. No es como ahora que nos están matando con puros químicos” (Hernando Arbelaez, comunicación personal, noviembre de 2020).

Figura 9

Alimentos tradicionales: las arepas



Sin embargo, con los años, este alimento, que tanto ha caracterizado a las familias antioqueñas, dejó de hacerse en las casas. Una mujer campesina dice, “primero hacía arepas a diario, después día de por medio. Después con Dora [una vecina] hacíamos un viaje para repartir, pues pa ella y yo partirlas. Ella traía el mote y yo ponía la leña y la repartíamos en compañía” (Ligia Orozco Duque, comunicación personal, campesina de la vereda la Milagrosa en noviembre de 2020). En la actualidad campesinas como ellas sólo consumen las arepas que venden en las tiendas o supermercados, más adelante hablaremos acerca de estos cambios.

Ahondando sobre el maíz como base alimentaria, era común encontrar entre los campesinos técnicas de almacenamiento en los zarzos de las casas, en cajones grandes de madera o entregado. Lo primero que hacían después de las cosechas era asegurar su ración, para gran parte del año, de maíz, frijol y papa. Después de esto, vendían los excedentes, como expresa Hernando Arbeláez, campesino de la vereda La Chapa,

Nosotros teníamos la finquita y vendíamos la comida, pero eso si, primero asegurábamos la comida para nosotros, llenábamos un granero con maíz y frijol pa todo el año. Por eso, anteriormente, se usaban los zarzos para guardar la comida, se tallaba las semillas de papa y se amontonaba la cosecha pa todo el año, maíz y frijol. Se usaba un venenito para evitar el gorgojo y protegerlo... Eso no era dañino para nosotros. (Comunicación personal, noviembre de 2020)

Figura 10

El maíz símbolo de vida



El maíz representaba un universo culinario para la generación de mis abuelos y mis padres

Otro campesino, don Ricardo, cuenta que, con la cosecha de un maizal, él y su familia, podían llegar a sostenerse casi medio año y usaban el sistema de grandes cajones de madera para su

almacenamiento. Para evitar que el maíz se les llenara de plagas, específicamente gorgojos, le echaban un veneno a la cosecha y durante tres meses no se podía consumir. Finalmente, otra de las técnicas relatadas para el almacenamiento del maíz fue la de entregar, según mi padre, se cogía el maíz seco con el capacho, se amarraban varias mazorcas a unas varas y lo colgaban alrededor de las casas.

Viendo estas técnicas de almacenamiento se comprenden los conocimientos y saberes que hacen posible el sistema alimentario. Los campesinos y campesinas gracias a los bienes naturales existentes en su territorio pudieron sacar la cosecha de maíz, que conjunto a sus saberes de sembrado, cuidado, almacenamiento y preparación pudo llegar a sus mesas. Como dice Schejtma (2006), el sistema alimentario es un sistema social particular donde su punto de partida es la agricultura y el de llegada, la nutrición humana. Ahondando más sobre este sistema, hay que comprenderlo como un ciclo dinámico, cuyas partes están interactuando constantemente. Cada parte es un todo que no se puede separar en partes independientes y hay propiedades del todo que no tienen ninguna de las partes. Estas partes se pueden categorizar en: actividades, elementos y actores, que en sus interrelaciones hacen posible la producción, transformación, distribución y consumo de los alimentos (FAO, 2017).

Figura 11

Formas de almacenamiento del maíz



Con el maíz no sólo se hacían arepas, este alimento representaba un universo culinario para la generación de mis abuelos y mis padres. Pilar la mazamorra era otra más de las tareas que se hacían a diario y era otro de los alimentos bases de la cotidianidad alimentaria. Recetas como las arepas de chόcolo, bollos, tejas y morcilla rellena con maíz eran otras de las elaboraciones. Cuenta mi abuela Ligia, que ella se iba caminando hasta el casco urbano para conseguir las tripas del marrano para hacer este embutido. Esta preparaci3n era muy com3n entre las abuelas y variaba mucho el sabor dependiendo de los productos que se tuvieran a la mano, pues algunas la rellenaban con maíz niñito, otras con arroz y papa, mientras otras lo hacían con arracacha y coles.

Vemos que en las cocinas convergen saberes, representaciones, creencias y prácticas que, como expone Unigarro (2015) son comunes a los individuos que comparten rasgos culturales. Cada formaci3n cultural posee una cocina específica que implica clasificaciones, taxonomías particulares y un conjunto complejo de reglas que atienden no sólo a la preparaci3n y combinaci3n de alimentos, sino también a su cosecha y a su consumo.

Figura 12

Las cocinas de nuestras ancstras



Después del desayuno, las labores continuaban para las mujeres. Era tiempo de montar los frijoles, con guasquila y coles para que pudieran cocinarse bien durante todo el día y en la noche quedaran listos para su consumo. Esta leguminosa se comía a diario en las cenas, pues como es sabido necesita mucha cocción para su elaboración y si sobraba en las noches se servía al otro día como calentado al desayuno. Las mujeres cogían de las huertas los frijoles petacos o larga vida cuando no se tenía almacenados en los zarzos. Ya para el almuerzo no podían faltar los caldos, fuera de arracacha, yuca, plátano, papita o vitoria, y se les echaba cidra, batata o mafafa para hacerlos rendir. Otra de las recetas para el almuerzo o desayuno eran las migas de papa o arracacha. Doña Ana, una campesina de la vereda La Milagrosa, habla de que en la casa de ella también hacían los caldos con boyos de chócolo.

La proteína animal no era muy común. Según los relatos escuchados durante las entrevistas, la carne se consumía en algunos hogares de domingo a miércoles, si acaso, y se le debía hacer un proceso de curación. Este consistía en salar la carne y colgarla al lado del fogón de leña para que se ahumara y así no se dañara, pues para esos tiempos no se contaba con un sistema de refrigeración como las neveras. La carne que se consumía no era pulpa sino gorda, como la ampolleta o chicharrón, y se usaba el hueso gustador, que siempre estaba colgado en las cocinas, para darle sabor de carne a las comidas. El consumo de carnes rojas era más de cerdo que de res. Por otro lado, la carne de pollo era preparada ocasionalmente para eventos especiales como las fiestas, las dietas de las mujeres o visitas importantes.

Figura 13*Simbolismos alrededor del alimento*

Otros de los relatos dan cuenta de que las habas también eran consumidas: “las habas eran muy comunes, mi papá cuenta que donde la abuela de él hacía mucho. Cuando escaseaba el frijol vaya coja a la huerta y hágale... Las habas se hacían en sopas, con papita y frijol” (Isael Osorio, comunicación personal, noviembre de 2020). Una campesina cuenta que otro de los alimentos con los que se complementaban los caldos era el repollo y que fue por mucho tiempo la única forma en que se usaba porque las ensaladas nunca se llegaban a ver.

Todo lo mencionado anteriormente permite comprender lo planteado por Unigarro (2015) sobre la cocina, pues esta se vincula a un conjunto de prácticas de producción y obtención de alimentos mediante las cuales se materializan las formas culturales agrícolas, culinarias y los sistemas alimentarios en su amplitud: productos animales y vegetales, formas de obtención (siembra, recolección, crianza, caza, pesca), formas de preparación, espacios y tiempos de consumo, saberes y concepciones asociados a ellos, usos medicinales, tabúes, entre otros.

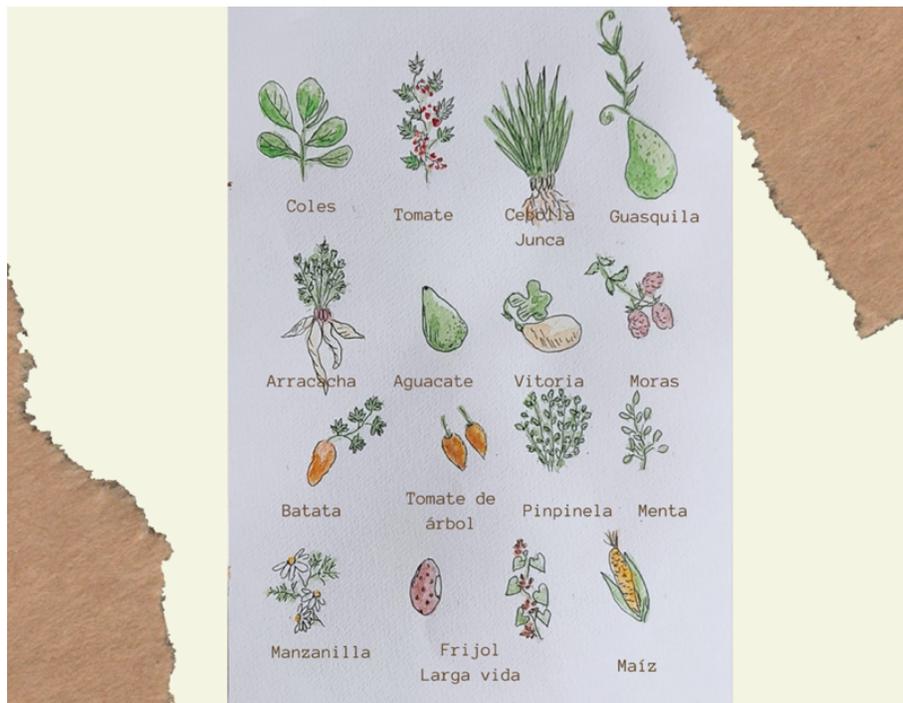
La huerta representaba una parte muy importante de la alimentación de los hogares, era una base para su mantenimiento. La cotidianidad de la alimentación estaba relacionada con la huerta, allí reposaban los frutos de pancoger, cebolla junca, coles, frijoles nativos, batata, aguacate, tomate cherry, arracacha, vitoria, guasquilas y variedad de cucurbitáceas. Además de plantas medicinales, moras, uchucas,

guayabas, tomate de árbol; incluso en algunos hogares había café y caña de azúcar. El papel de las mujeres en estos espacios fue transversal, ellas se encargaron de su cuidado y reproducción, de la selección de semillas y del conocimiento de las plantas medicinales y los saberes de la botica familiar.

Como expone Comas d'Argemir (1999), las mujeres gestionan para su comunidad los recursos necesarios para la subsistencia y tienen la capacidad de resolver las situaciones de falta de agua o alimento, la enfermedad, la crianza de los hijos y la falta de servicios. Ellas según Wichterich (2009), han tenido su propia comprensión de la biodiversidad de las plantas y de las semillas como medio de reproducción, lo que ha permitido mantener el acervo genético de los alimentos y un desarrollo más productivo de los mismos. Además, han acumulado un conocimiento detallado del valor nutricional y los poderes curativos de las especies locales.

Figura 14

Alimentos de la huerta



Cabe la pena resaltar que, aunque en muchas ocasiones se ha invisibilizado el papel económico de la mujer en la historia, ellas fueron pilares fundamentales para la subsistencia de sus familias como lo permitió ver el trabajo de campo. Es un tanto común escuchar historias de hombres que tenían el rol de proveer a sus familias de alimentos y servicios para su mantenimiento, pero que malgastaban la plata y

llegaban con las manos vacías, mientras sus esposas e hijos sentían el rugir de las tripas. Entonces, eran las madres quienes con los sembrados de las huertas lograban calmar el hambre de su familia. Ellas con las chagras “son responsables de los cultivos alimentarios que aseguran el suministro de alimentos. Los cultivos comerciales y los ingresos monetarios se definen, por otro lado, como masculino” (Wichterich, 2009, p. 2).

Así pues, de acuerdo con Wichterich (2009), hay una relación compleja y contradictoria entre la política y la economía neoliberal, pues definen las economías del cuidado como extraeconómicas e improductivas. Al mismo tiempo que presuponen el trabajo del cuidado como base y red de seguridad social infinitamente flexible, extensible e indispensable para la economía monetarizada. Sin las economías del cuidado, la esfera del mercado no puede funcionar.

En este mismo orden de ideas, las mujeres eran las encargadas, en muchos de los casos, de criar marranos y pollos y del cuidado de las vacas, que servían como parte de la alimentación, y que también eran vendidos para el sostenimiento del hogar. Ordeñaban las vacas y con la leche sacaban quesito y mantequilla, recogían los huevos y engordaban marranos, y todo esto era vendido. Incluso, algunas mujeres lograron comercializar productos de las chagras tales como moras, tomate de árbol, guayabas y uchucas. Con las ganancias que quedaban de estas ventas lograban complementar el mercado; de esto da cuenta Leonardo Giraldo: “no podía faltar las gallinas, la vaca pal quesito y la leche. Pero, lo que eran las gallinas era para vender los huevos y comprar el mercado, lo que era la leche era para hacer el quesito y sacar mantequilla para hacer el mercado y eso era un sustento” (comunicación personal, noviembre de 2020).

Continuando con la idea anterior, muchas mujeres pudieron tener su propia economía con estas actividades. Un campesino de la Chapa cuenta que su madre fue la que compró la finca donde ahora viven él y sus hermanos y que fue a punta de huevos, quesito y mantequilla que logró hacerlo. Otra historia más es la de mi abuela que con la cría y engorde de gallinas y marranos logró comprar un apartamento en el pueblo y pudo darles estudio a sus hijos menores, comprarles ropa y celebrarles los quince años a sus hijas.

Por otra parte, algunas mujeres no sólo se encargaron de las tareas del cuidado, sino que trabajaron en las faenas agrícolas junto a sus esposos, como es el caso de doña Orfilia, una campesina de

la Chapa, quien dice que cuando le quedaba tiempo libre iba a los arados a desyerbar, arrancar papa, zanahoria o coger frijol. Otra interlocutora expresa que en su casa sólo eran mujeres, entonces ellas tenían que realizar las faenas agrícolas con su padre, como cualquier trabajador hombre.

El trabajo que hacían estas mujeres no correspondía a una práctica mercantilizada, pues no era pago. Pero, como dicen Ferguson y McNally (2013) este tipo de trabajos genera valores de uso mas no de valor, pero cuando se comprende que gracias a ese trabajo no pago de las mujeres, el padre o esposo del hogar lograba hacer que los costos de producción de esa mercancía, es decir de la agricultura, fueran menores, le permitía generar plusvalía al hogar. Y, con estas ganancias, se podían comprar bienes y servicios para la casa.

En esos tiempos, todo centavo valía, la economía de la familia estaba muy limitada y eran muchas bocas por alimentar. Eran hogares de un promedio de 9 hijos y, en la mayoría de los casos, sólo se contaba con lo que dieran las fincas para vivir. La posibilidad de sacar cualquier tipo de excedente que les representara ingreso extra, no se podía desaprovechar. Era tal la situación que un huevo o un buñuelo era un alimento preciado, como da cuenta uno de los interlocutores:

Empiezan los comentarios de los papás, un huevo para 5, el huevo perdido, un huevo entero para el cumpleaños. Hablan del hecho de la proteína en la despensa es casi una cosa ocasional y cuando se habla del huevo es una cosa de alegría. Lo de los buñuelos... por eso muchos decían que en el cumpleaños o en diciembre, el 24, el regalo era un buñuelo enterrado en un palito (Isaías Arcila, comunicación personal, noviembre de 2020).

Es por esto que todo en la finca se aprovechaba, las mujeres tenían la capacidad de dar gran uso a los alimentos; por ejemplo, con la arracacha: “[esta] no podía faltar en el revuelto de las casas, mamá utilizaba la arracacha para comer, para los animales y mamá hasta hacía dulce de arracacha. Lo que sobraba de esa taruga se lo picaban a las vacas... o hacían migas (Leonardo Giraldo, comunicación personal, noviembre de 2020). Otro alimento que se aprovechaba era el suero de la leche para engordar marranos o para tomárselo; cuenta doña Ana que en ocasiones su familia tenía que vender el quesito y que a ellos les quedaba el suero para el consumo. El maíz más aporreado o con gorgojos servía para alimentar las gallinas o los animales de cría. Era un sistema circular de aprovechamiento de los ecosistemas y recursos disponibles.

Figura 15*Sistemas alimentarios: la leche*

Como se ha mencionado anteriormente, no todos los alimentos consumidos en los hogares eran sacados de la finca. Algunas cosas tenían que ser compradas en las tiendas; uno de los interlocutores dice que medio mercado era la sal y la panela y lo otro era la grasa o el aceite. Don Octavio, un tendero de las últimas tiendas tradicionales del pueblo, describe así el mercado en la década de los años 70: “Ilegaba un señor y traía una latica pa [sic] echar la manteca, una libra de manteca de cerdo. Eso ya no existe, ya es el aceite. El arroz eran [sic] dos o tres libras de arroz y eso que era la gente más acomodadita. La demás gente era panela, maíz, sal, jabón y chocolate, si acaso. El que llevaba arroz era el más acomodadito, resto era con lo que de la huerta resultaba”. Eran mercados de muy pocos productos y de redes de circulación cortas.

Por otro lado, una de las interlocutoras cuenta que en ese entonces no había tanto plástico para empacar las cosas, en palabras suyas,

El arroz no venía en bolsas plásticas y era una libra que venía en unas cajas de cartón que se llamaba Marfil, entonces uno compraba la caja, era así sin plástico ni nada. Era no más la caja, no había tanta cosa para el ambiente, plásticos, de todo. Eso eran cajitas de cartón y uno iba y compraba el maíz y eso en un costalito se lo echaban, no como ahora que es puro plástico. Un kilo

de maíz podía ser empacado en una bolsa de papel o en un costal si era mucho (Ana Gómez, comunicación personal, campesina de la vereda La Milagrosa, enero de 2022).

Con las palabras de doña Ana recordamos unas formas diferentes del manejo y consumo de los alimentos en las que no eran necesarias las cantidades tan desorbitantes de basuras, como se ve actualmente, para el almacenamiento de los alimentos. Esto también da cuenta, de alguna manera, que los sistemas alimentarios eran diferentes, eran rutas más cortas y no era necesario usar plásticos u otro tipo de artefactos para la conservación de los alimentos y que hoy se convierten en desechos

Como se ha podido dar cuenta, la labor de las mujeres fue fundamental en la alimentación de los hogares, ellas transformaron el alimento de los arados en recetas para el consumo humano. Son ellas quienes han tenido el acervo culinario, los saberes gastronómicos y el conocimiento de la producción de alimentos de pancoger. Vale la pena recordar que su labor no sólo consistió en la crianza de los hijos, sino que ha tenido un papel fundamental para el mantenimiento de la existencia de muchas generaciones, por medio de todo lo que implica la acción de cuidar.

2.2 Geografías de las rutas alimentarias

*A mis abuelos que,
con sus manos sembraron la vida*

El mundo como ahora lo conocemos no fue así desde siempre. Las carreteras que me llevaron a las veredas para hacer mi trabajo de campo fueron abiertas por campesinos hace 50 o 70 años. Por medio de encuentros voluntarios, convites como ellos los llaman, se reunían en sus tiempos libres a trazar la carretera, pico y pala eran sus herramientas principales y en ocasiones la Secretaría de Agricultura del municipio les prestaba un buey que hacía más llevadero el trabajo. Poco a poco fueron abriendo el camino de herradura para que además de la mula pudiera pasar el carro y con esto se hiciera más fácil la distribución de sus cosechas y la vida misma, pues el acceso a centros poblados permitiría tener algunas comodidades.

Pero no todo fue hecho de inmediato, muchos caminos de herradura que se comunicaban entre las fincas y sembrados de agricultura tardarían varios años en ser abiertos y transformados en carreteras. Los campesinos transitaban estos caminos hasta hace unas dos décadas para ir de una vereda a otra a realizar las faenas agrícolas y también tenían que sacar las cosechas a lomo de mula por estos mismos.

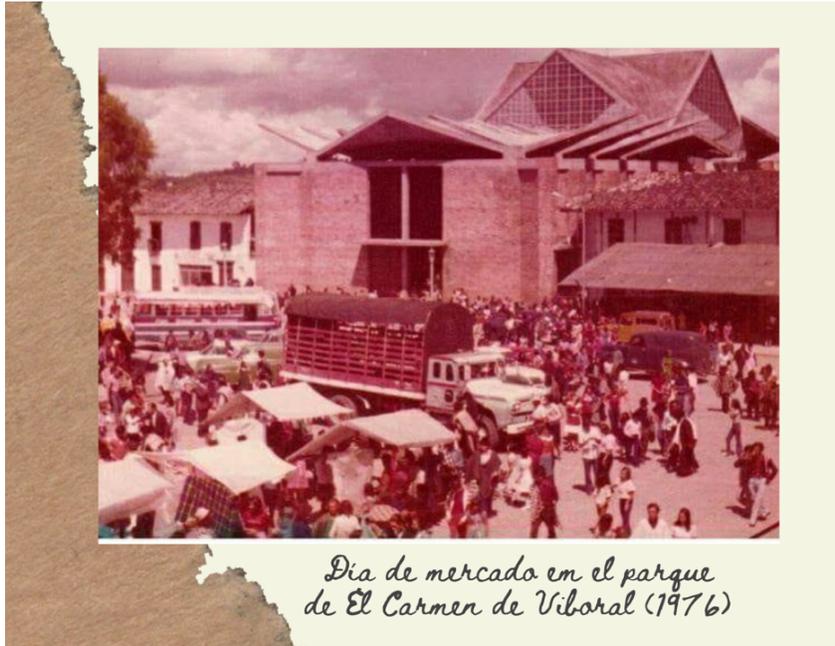
Fueron los caminos de herradura esenciales para el sistema alimentario, pues permitió el transporte y distribución de las mercancías. Los campesinos empalmaban las mulas con los aparejos y sacaban la cosecha hasta llegar a una carretera. Allí los esperaba un carro, al cual se refieren como tres y medio, que desplazaría la mercancía a la plaza de mercado del municipio de Rionegro. Tanto el padre como los hijos y alguno que otro trabajador tenían que encargarse de esta tarea, en palabras de un campesino:

sacábamos del Borbollón hasta la caseta la papa porque no había carretera, nosotros sacábamos las bestias. Nos tocó la época de las bestias. Donde Ángel sacamos a la Chapala y donde Eduardo igual o a Guamito. Ya ahí venía Alberto Castañeda en el carro para ir a Rionegro. Papá iba los viernes a vender a Rionegro, a mí me llevaba, me montaba en los bultos. Papá me decía que le cuidara [la carga de papa], mientras él iba y negociaba. Ya vendía la papa y comprábamos ampolleta, chicharrón (Guillermo Osorio, comunicación personal, campesino de la vereda la Milagrosa, noviembre de 2020).

Para ese entonces había campesinos que se especializaban en ser arrieros y sacar la carga de los agricultores. Doña Ana expresa que su padre tenía más de 7 mulas y lo contrataban para sacar las cargas de comida desde los diferentes arados de la zona a la carretera de La Ceja-Rionegro. Él trabajaba en este oficio sobre todo los días que había mercado.

Figura 16

Un día de mercado en los años 70



Nota. Fuente: archivo personal Leonardo Giraldo, habitante del municipio, para el trabajo de grado.

Por muchos años los campesinos tuvieron que llevar sus mercancías a la plaza de mercado del municipio de Rionegro, ya que en El Carmen de Viboral no contaban con una. Y, aunque años más tarde en el municipio se gestionó la caseta municipal, los campesinos de esta zona siguieron sacando la mercancía a Rionegro por la facilidad de acceso a la carretera que conduce a este municipio aledaño.

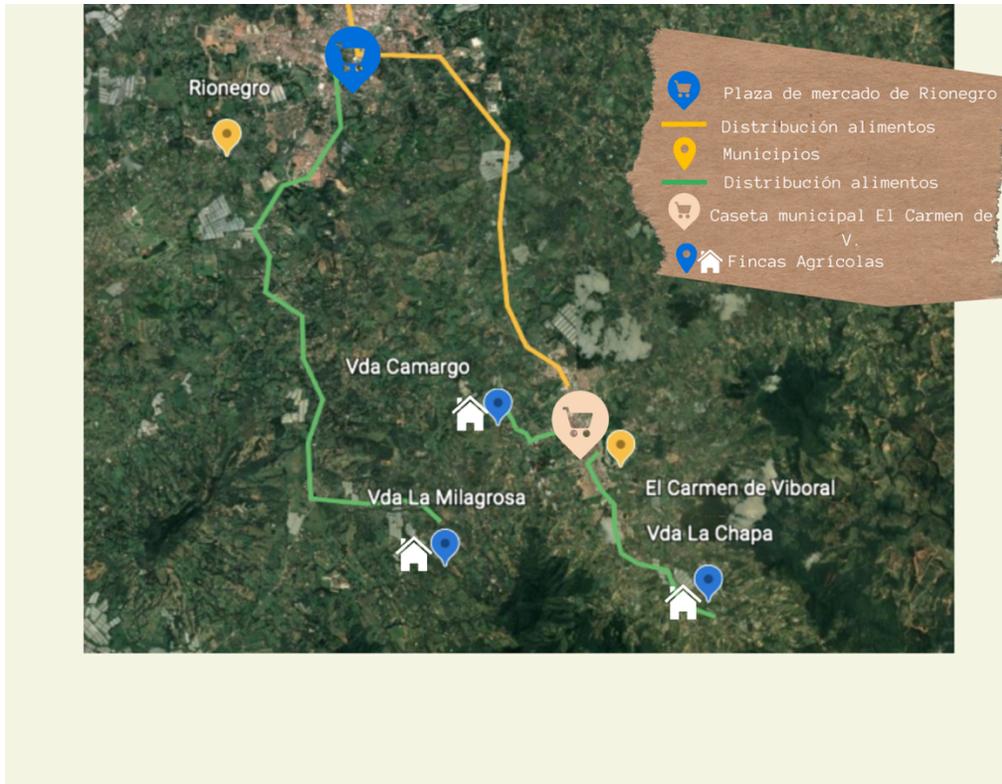
La caseta municipal fue un espacio que se gestionó entre los campesinos, la iglesia y la administración municipal. En este espacio llegaban los alimentos cosechados, papa, maíz, frijol, arveja, repollo o zanahoria y eran negociados con los comisionistas que venían de Rionegro, en su gran mayoría. Un campesino de la vereda Camargo, cuenta que por mucho tiempo en El Carmen de Viboral no se vendía ni un bulto de arveja ni de papa criolla porque todo se iba a Rionegro; los campesinos tenían que sacar la mercancía de las fincas hasta el parque y luego contratar un carro que les llevara sus mercancías hasta el pueblo aledaño, pero este panorama cambió cuando varios agricultores se organizaron para que los negociantes fueran directamente hasta el municipio.

Cada alimento tenía un día asignado para su venta; en un principio toda la mercancía se comercializaba solamente los sábados y después se fueron asignando días específicos para la venta de cada alimento. Los martes en la noche y miércoles en la mañana los agricultores llevaban la papa hasta la caseta municipal, en palabras de don Leonardo,

Papá llevaba la papa, como la tenía que traer desde la Chapa o el Vesubio [fincas donde se tenían arados], la guardaba donde los restrepos [una bodega], o ya si era de Campo Alegre [vereda del municipio] la bajaban el mismo día y la descargaban en el parque y en lo del parque no pagaban nada porque eso era ahí público, ahí la vendían y traían empaques en bultos de por ahí de 90/100 kilos y lo rempacaban en bultos de 120/150 kilos y ya la empacaban y la llevaban para Medellín (Comunicación personal, noviembre de 2020).

Lo que eran los granos como el maíz y el frijol eran negociados los sábados y si se trataba de zanahoria o repollo los campesinos iban directamente a la plaza de mercado de Rionegro al centro de acopio de Santuario, municipio aledaño, y allí comercializaban directamente.

En algunas veredas el tres y medio no daba abasto para recoger toda la mercancía, entonces si un campesino contaba con un medio de transporte, como es el caso de mi abuelo Ricardo, llevaba bultos de comida por comisión a la plaza de mercado de Rionegro. Todos los viernes él salía de su casa, en la vereda la Milagrosa, se iba recogiendo por el camino el bultico de maíz, el medio bulto de papa o arveja que iban sacando los agricultores, anotaba en un papelito todas las encomiendas y ya en Rionegro negociaba la mercancía. Al regresar pasaba por cada una de las casas entregando las ganancias y los encargos que le hacían.

Figura 17*Rutas del sistema alimentario: distribución*

Gran parte de la mercancía que salía del municipio era llevada a Medellín a las centrales de abastecimiento. Un campesino cuenta que era un sistema bien ilógico porque los mismos bultos que salían por ejemplo de frijol del municipio, eran llevados a la Mayorista donde los compraban los tenderos y volvía al municipio a ser adquirido por el consumidor final. En otras historias hablan de que alguna mercancía, en especial la papa Comanday era llevada hasta la costa, específicamente al Urabá antioqueño. Esta variedad, según los interlocutores tenía la bondad de ser muy resistente lo que permitía que se pudiera transportar y llegara en buenas condiciones al consumidor final.

Las semillas de papa representaban un universo más grande del que ahora conocemos. Había mucha variedad de semillas: la picacha, la pan de azúcar, la manzana, parda, caiceda, argentina, criolla y más recientemente la capira; muchas de estas variedades ya han desaparecido o han sido modificadas. Algunos interlocutores cuentan que las semillas de papa eran conseguidas en el municipio de La Unión o Medellín;

mi abuelo Ricardo, iba hasta el municipio aledaño por las semillas pues según él allá se especializaban en este tipo de cultivos y la papa salía de muy buena calidad.

Figura 18

Rutas del sistema alimentario: compra de semilla



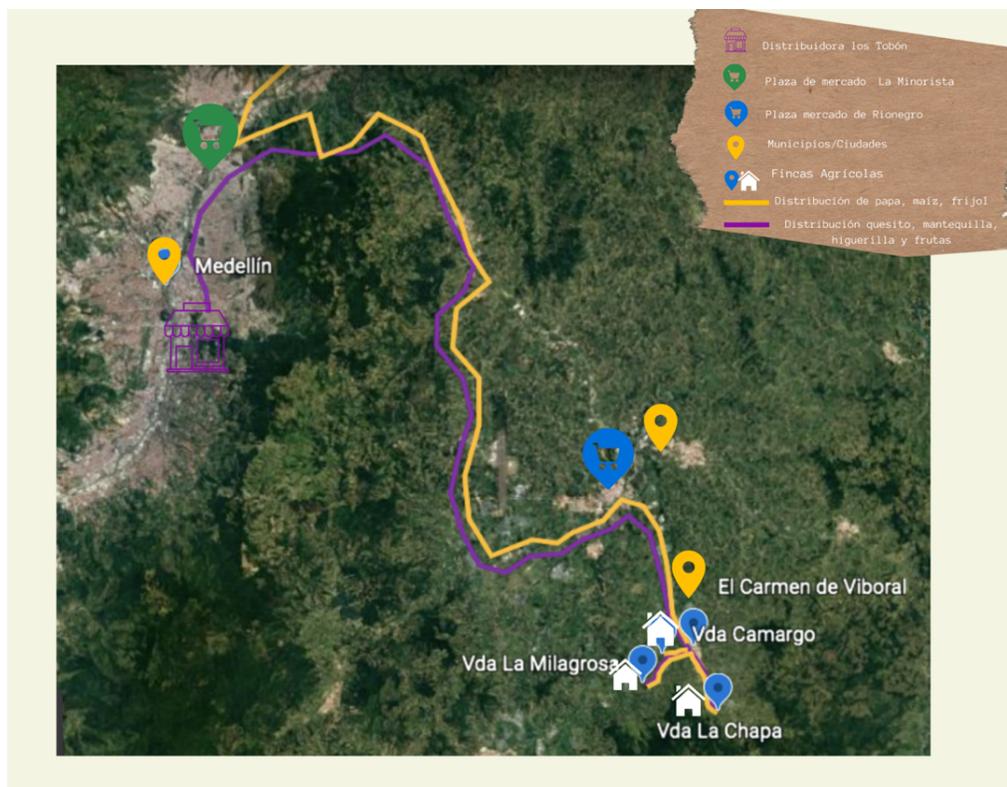
Otro de los lugares a donde iban a dar los productos del municipio era a una tienda ubicada en el barrio Boston de Medellín. Una familia carmelitana de apellido Tobón tenía esta tienda en la ciudad y era surtida semanalmente con productos que las familias carmelitanas les vendían. Uno de los señores de esta familia venía sagradamente todos los domingos al municipio. Desde muy temprano llegaba a su casa materna, ubicada en la calle principal del pueblo y durante todo el día se dedicaba a comprar huevos, mantequilla y quesito, envueltos en hojas de achira, semillas de higuierilla para sacar aceite, chocolate, moras, uchucas y tomate de árbol que las mujeres traían del campo; él pesaba los productos y comprobaba que sí fuera mantequilla o quesito, porque pasaba que la gente lo engañaba metiendo piedras dentro de las hojas. La compra de estos productos, como se mencionó anteriormente, representó para muchos campesinos la posibilidad de mercantilizar los excedentes de la finca y con esto generar plusvalía para el

sostenimiento de sus familias, al igual que una cierta independencia económica para las mujeres campesinas.

En este apartado es posible ver cómo se configura este universo del sistema alimentario. Para que el alimento llegara a la mesa, requirió de unos bienes naturales transformados gracias a los conocimientos de los y las campesinas, que posteriormente trazaron unas rutas que posibilitaron su transporte, almacenamiento y distribución. También hubo decisiones políticas alrededor de mejorar este sistema y se requirió que instituciones como la alcaldía o la iglesia facilitarán espacios para mejorarlo como la caseta municipal y, años más tarde, el centro de acopio y la plaza de mercado municipal.

Figura 19

El papel de las mujeres en las rutas del sistema alimentario



En este orden de ideas este sistema precisa de tiempos, ritmos y espacios, de personas con sus saberes, de instituciones, decisiones, conocimientos, y transversal a todo de bienes naturales. En el texto de Jacobi et al (2019), dividen los sistemas alimentarios en subsistemas de información y servicios (investigación y finanzas), políticos y de recursos naturales que se utilizan para el subsistemas operativos

(producción, procesamiento, almacenamiento, distribución y consumo de alimentos). Este último da cuenta de cómo funciona y dónde funciona o no funciona el sistema alimentario.

Por medio de la identificación de las rutas de los alimentos, vistas desde las geografías radicales alimentarias, vemos el poder articulado del espacio, el lugar y la espacialidad. Este poder se articula de diferentes formas y en diversas escalas por la justicia alimentaria por medio de los sistemas alimentarios- acceso a los alimentos, propiedad, toma de decisiones- (Reynolds et al., 2020).

2.3 Geografías en un mundo de cambios

Pero, a medida que el tiempo fue pasando, la vida fue cambiando drásticamente, como dice doña Ana: “desde hace 50 años que yo me casé esto ha cambiado mucho. El transporte, los caminos, los sembrados, los trabajos, la llegada de la luz eléctrica, la educación de los hijos, la llegada de tanto cemento al campo, los químicos, las empresas, los nuevos oficios, los carros y motos, son algunos de los elementos que doña Ana rememora” (Comunicación personal realizada en 2022). La vida empezó a dar giros notorios y abundantes en la ruralidad. Lo que era la cotidianidad de los campesinos, campesinas, agricultores, niños y jóvenes empezó a transformarse.

Unos pocos campesinos siguieron trabajando la agricultura, otros cambiaron sus arados por potreros para vivir de la leche, mientras otros se emplearon en empresas de flores o como mayordomos de las fincas de recreo, que empezaban a entrar en furor. Para muchos campesinos estas alternativas les resultaban una muy buena opción, pues pudieron seguir viviendo en el campo con la garantía de tener acceso a un sistema de salud y la cotización a un fondo de pensión. Esto les permitió, como dicen ellos, asegurar la vejez. Para otros campesinos, el panorama fue un poco más devastador pues tuvieron que migrar al pueblo por la crisis económica que les había dejado las deudas de la agricultura con los bancos o por el conflicto armado. Muchos de ellos vendieron su parcelita y se fueron al pueblo o ciudades a emprender de nuevo la vida, algunos de estos agricultores se vincularon a trabajos como la construcción, otros al rebusque, en empresas o quedaron en sus casas sin oficio ni empleo.

En medio de los cambios en este paisaje socioespacial se comienza a percibir la entrada del capitalismo a estos territorios. Como da cuenta Comas d'Argemir (1998), el proceso de entrada del capitalismo abarca al mundo entero y afecta a todas las sociedades. Es un proceso de carácter global, tanto

en sus dimensiones espaciales como temporales, y también sociales; sin embargo, no significa que sea homogéneo en la forma de concretarse en cada sociedad, ni que sea continuo en el tiempo.

Los jóvenes que salían del colegio o la escuela ya no veían la agricultura como una alternativa y las propuestas de las empresas que empezaban a llegar al territorio les parecían más tentativas y seguras. Contaban con seguro, pensión, horarios estables y no tenían que esforzarse tanto físicamente. De igual forma, por los bajos precios de la agricultura, esta no era considerada como una alternativa que les pudiera brindar una seguridad económica. De igual forma, se comienza a gestar un imaginario colectivo alrededor de la agricultura y las labores del campo como una actividad inferior. Entre los campesinos se empieza a escuchar frases como “estudie para que sea alguien en la vida y no le toque matarse como a mí”, “salga de acá [del campo] para que progrese”. Los jóvenes empiezan a tener vergüenza de su vida campesina, de sus tradiciones, alimentos y costumbres.

De esta manera, al no haber una nueva generación que reemplazara este quehacer campesino y con la llegada de actores externos que requerían de mano de obra, esta nueva generación migra a estas nuevas formas de sustento económico. Entonces, ya se empiezan a dejar a un lado las dinámicas de autoconsumo, pues con el dinero ganado en las empresas se va a el supermercado o tiendas y se suplen las necesidades de la canasta familiar. Ya las abuelas no hacían a diario las arepas, sino que las compraban en el supermercado o directamente en las fábricas que comenzaron a tener fuerza. Ya escaseaban las huertas y con ellas la arracacha, batata, vitoria, mafafa y guasquila. Esa comida que llenó barrigas y crió a una generación incontable de personas fue quedando en el olvido y fue siendo reemplazada.

En los supermercados comienza a haber una sobreoferta de productos que antes no se conocían: embutidos, parva en paquetones, enlatados y productos hiperprocesados. Uno de mis tíos maternos, Guillermo, cuenta acerca de esto: “ha cambiado mucho la alimentación porque la gente se ha dejado meter mucho los productos de los supermercados y sobre todo de los grandes supermercados, pan Bimbo, pan tajado de las multinacionales, los yogures, la leche procesada, los alimentos procesados, hasta frijol importado, maíz importado, todo... Antes eran tiendas que compraban los productos del campo y las vendían directamente ahí”. De igual forma, se empiezan a incorporar productos como las gaseosas, las salsas y los condimentos. Don Octavio expresa que en su tienda un mercado en los años setenta constaba de siete artículos como máximo y que, más tarde, a partir de los noventa, el mercado básico de una familia se compone de más de treinta artículos.

Como da cuenta Schejtman (2006) para el caso de Centroamérica, el desarrollo de las cadenas de supermercados en la década de los 90 cambió de manera creciente y drástica, a diferencia de los pequeños comercios. Los supermercados compraban directamente los productos sin tener que acudir a otros circuitos complejos y caros, pasando de una condición secundaria a ser una fuerza importante en el mercado alimentario. En el caso de Guatemala la participación de los supermercados era de 15% en 1994 y en 2001 era de 50%, para el caso de Costa Rica aumentó 50% y El Salvador el 37%. Aunque no encontré estudios en Colombia sobre la dinámica de la participación de los supermercados, los datos de Guatemala cobran relevancia si contrastamos mis datos etnográficos, pues para esa misma década aumenta la participación de los supermercados de manera notoria en el municipio.

Vale la pena resaltar, que estos cambios en la alimentación también coinciden con la llegada de la electricidad a muchos lugares de la ruralidad y, con esto, la posibilidad de tener nevera. Esta máquina permite la conservación de ciertos alimentos y cadenas más prolongadas para su consumo y da cuenta de una lógica de acumulación propia del sistema capitalista. “El acceso a electrodomésticos modernos constituye uno de los indicadores principales de la modernidad y caminos hacia la construcción de nuevas identidades” (Escobar, 2007, p. 95).

Por otra parte, se comienzan a incorporar unos imaginarios de lo sano y no sano. Por ejemplo, la carne gorda o el aceite de chanco empiezan a ser vistos con desprecio, a pesar de que fueron alimentos que acompañaron por mucho tiempo las cocinas. Lo que es la ensalada y cucurbitáceas como el zucchini son incorporadas a las dietas, pues antes era muy poco lo que se comía de ensaladas, en palabras de mi padre “el repollo era casi lo único que se consumía para las ensaladas, las lechugas se sembraban muy poquito. Las sembraban en las escuelas y las vendían de casa en casa y era un problema pa venderlas. Es que la gente no era de ensaladas antes” (Comunicación personal, noviembre de 2020).

El arroz es incorporado en las dietas como producto principal y es servido casi siempre en las tres comidas principales. Los frijoles dejan de comerse a diario en las noches y son consumidos una o dos veces a la semana al almuerzo. Se empieza a consumir comida más sazónada, color, condimentos son incorporados en las recetas. El consumo de arepa es acompañado con tostada, galletas saltín o un pedazo de pan.

Estos cambios en el sistema alimentario y en la elecciones de qué comer o no, de qué es sano o no, se pueden interpretar como los intercambios permanentes que se dan en este sistema. Como dice Unigarro (2015) “algunos [intercambios] suceden de manera lenta, obedeciendo a procesos de adaptación ecológica y cultural y, otros, son asimilados con mayor facilidad, quizá por ser complementarios o afines a las prácticas locales. De cualquier modo, una vez incorporados, aquellos elementos nuevos logran arraigarse de manera profunda, tomando el lugar de lo propio, volviéndose familiar” (p. 25). Así mismo, estas elecciones están permeadas por presiones sociales y culturales.

Siguiendo con esta idea, en las casas también se comienzan a consumir las bebidas azucaradas como las gaseosas. En los platos principales se empiezan a ver los embutidos como el salchichón, jamón, mortadela, chorizo. Una de las interlocutoras, habla de que ella nunca le tocó ver en su infancia un sánduche, un pancake, los cereales (Zucaritas, Choco Krispis, Corn Flakes), las salchipapas y que, en cambio, hoy en día a sus hijos es lo único que les gusta comer. Estas nuevas lógicas alimentarias, da cuenta de lo que Unigarro (2015), plantea como un proceso de globalización de la economía y la cultura que ha generado un flujo de intercambios de bienes, información y servicios que muestran sociedades cada vez más hiperconectadas. Este rasgo ha implicado una cierta estandarización de los sistemas alimentarios, una pérdida de identidad de los alimentos autóctonos en respuesta a un modelo cultural alimentario más o menos homogéneo.

Complementando lo expuesto anteriormente, quiero volver a la idea de que los sistemas alimentarios son dinámicos y que están permeados por factores internos y externos, como los económicos, geopolíticos, sociales y ambientales, que generan constantes transiciones. En los últimos 20 años estos cambios han sido más visibles debido a que la forma en la que los alimentos se producen, distribuyen, comercializan y consumen se ha transformado como consecuencia de la globalización, los procesos de urbanización, el desarrollo tecnológico, la apertura de los mercados internacionales y la liberación del comercio (FAO, 2017).

Con la llegada de todos estos nuevos productos al mercado, la canasta familiar se diversifica a la par que se crea la necesidad de consumir muchos más. Gran parte de estos alimentos son traídos de otras partes del mundo y de diversas partes del país, lo que da cuenta de que las cadenas de la distribución de los alimentos se han hecho más extensas y han empezado a tener más dependencia en los contextos

locales, pues la diversidad de los alimentos no vino cargada de un fortalecimiento de la producción local de los alimentos sino la necesidad de consumirlos de afuera.

2.4 Conclusiones

A través de los relatos etnográficos, las historias de vida y los recorridos territoriales fue posible ir reconstruyendo una descripción de la vida rural en torno a la alimentación del municipio. Con estas historias me di cuenta del papel transversal que tuvieron las mujeres con relación al cuidado, que implicó la siembra y el mantenimiento de las huertas, el cuidado de los niños, la cría de especies menores y la transformación de los alimentos en recetas. Además, de las funciones de reproducción social que tuvieron las mujeres, ellas también jugaron un papel importante en la producción de los hogares con la venta de excedentes.

Recorrer estas historias nos hace comprender la importancia de los cultivos de pan coger y la capacidad que tenían nuestros abuelos y padres de tener una autonomía y soberanía alimentaria que garantizó el mantenimiento de muchas generaciones. Estas historias me permitieron ir reconociendo los ciclos de los sistemas alimentarios que van desde la producción, la transformación, la distribución y hasta el consumo de los alimentos. Además, esto me permitió identificar la importancia de la complementariedad entre hombres, mujeres, y en general todo el núcleo familiar, para la producción y para la reproducción social.

De igual forma, en este capítulo se pudo hacer una cartografía de las rutas de los sistemas alimentarios para comprender sus flujos en los años 80 y cómo a medida que el tiempo fue pasando y llegaron nuevas políticas públicas, como los tratados de libre comercio, este panorama fue complejizándose y generando unas transformaciones en los sistemas alimentarios y en la vida rural en general. Panorama que se vio con el cambio de vocación por parte de los jóvenes, la incorporación de nuevos productos a la canasta familiar y temas sociales, como el prestigio, alrededor del consumo de ciertos alimentos.

Capítulo 3: Configuraciones en las transiciones de la ruralidad y los sistemas alimentarios actuales en el municipio

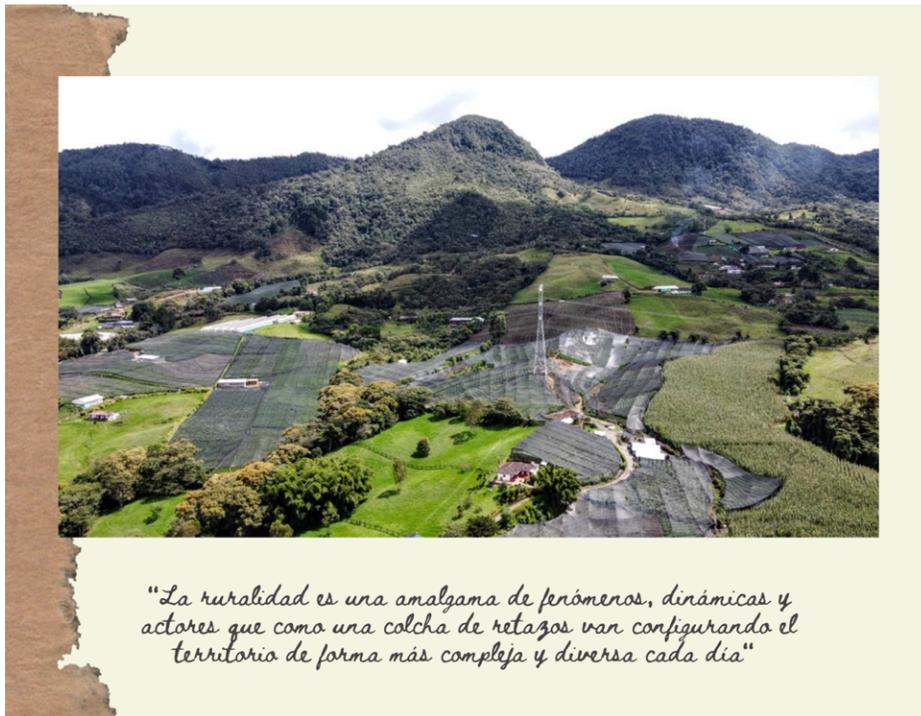


Tercer Capítulo: Configuraciones en las transiciones de la ruralidad y los sistemas alimentarios actuales en el municipio

El territorio rural en la actualidad es una mezcla de resistencias, de olvidos y nostalgias, de resignificaciones de los espacios, de nuevas dinámicas y actores, del buen vivir, del aire limpio y la tranquilidad. La ruralidad es el recuerdo de lo que fueron un día nuestros ancestros y ancestas, son los caminos de herradura que se van perdiendo con el tiempo; es la llegada de las carreteras, del monocultivo y las floristerías, de la permanencia de los arados y ganadería, de las apuestas agroecológicas y alternativas, de las casas de tapia y las construcciones sofisticadas. Este espacio en nuestros días no se puede ver desde contrastes dicotómicos, más bien es una amalgama de fenómenos, dinámicas, apropiaciones y actores que como una colcha de retazos hilados van configurando el territorio de forma más compleja y diversa cada día.

Figura 20

La ruralidad vista como una colcha de retazos



Mientras caminaba por las veredas, donde realicé mi trabajo de campo, iba viendo esta amalgama. Los paisajes reflejaban diferentes matices, había cultivos de maíz, frijol, papa y hortalizas; continuaba el camino y me encontraba con potreros donde había unas cuantas vacas de leche y terneras; volteaba la

mirada y veía polisombras y debajo de ellas, cultivos de hortensias. Siguiendo este mismo sendero, veía invernaderos de curubas, tomates y pompones. Una vez terminada la carretera, anduve por el camino de herradura donde encontraba fincas con apuestas agroecológicas como la Granja Renacer y un poquito más adelante, había huertas circulares labradas por un joven campesino que tiene una apuesta de soberanía alimentaria en su parcela. Y, durante todo el camino encontraba casas campesinas que relucían por su jardín de geranios, suculentas, besos, novios y anturios, a la par que fincas de veraneo escondidas entre los eugenios y portadas de madera y metal.

Figura 21

La casa de la familia Zuluaga Arias



En este recorrido por el territorio rural, podemos comprender lo que Martínez y Turbay (2016) plantean acerca de que no es posible hablar de una sola ruralidad. Ellas comprenden que la ruralidad tiene múltiples formas, derivadas de las particularidades territoriales, de los impactos de las políticas nacionales y las dinámicas globales a nivel local. Así mismo, de la forma en la que los actores sociales responden a las presiones y dinámicas externas.

Este es un lugar donde los cambios van y vienen con el tiempo, donde nada es estático sino que todo es dinámico, donde no se puede hablar de una única linealidad en el tiempo, ni de un punto de llegada, más bien, la ruralidad y sus actores nos enseñan que cada día los espacios se resignifican. Ellos, los campesinos y campesinas han pasado en menos de 50 años por grandes saltos, que han ido desde tiempos donde la agricultura era a pequeña escala y con técnicas agroecológicas, pasando por la llegada de la revolución verde que trajo grandes transformaciones en la forma de cultivar y usar la tierra y habitar el territorio, continuando por la apertura económica que trajo nuevos actores al territorio e ideas de modernidad y desarrollo, hasta nuestros días donde varios de estos fenómenos se entremezclan y convergen en un mismo espacio.

Para Kay (2009), en el contexto de América Latina no sólo se puede hablar de cambios para describir los fenómenos rurales en la actualidad, sino de transiciones que van de una sociedad agraria organizada en torno a la actividad primaria hacia una sociedad rural más diversificada. Algunas de estas transiciones son: la desaparición de la brecha entre lo rural y lo urbano, la llegada de nuevos actores al campo con tecnologías más industrializadas, que generan cambios en el uso tradicional del suelo; la pluriactividad desarrollada en los núcleos familiares donde se habita en el campo, pero no necesariamente se vive de él; también, desigualdad social y migración de los campesinos a centro urbanos, la conservación de los ecosistemas que generan nuevas políticas públicas, procesos de gentrificación y desplazamiento.

En medio de estas transiciones se han experimentado nuevas relaciones económicas y sociales que se han generalizado de manera rápida y violenta (Godelier, 1991, citado por Puerta, 2020); de esta manera los habitantes del municipio han vivido en menos de 50 años grandes transformaciones que han marcado su destino y que se han dado de forma rápida y con una cierta violencia, al ser imposiciones externas y de políticas que no han buscado una integridad para los campesinos y campesinas, sino una incorporación al mercado.

Figura 22

Transiciones en la vida rural: expansión de la frontera urbana



Después de tejer las historias de los abuelos en su cotidianidad en el campo, desde mediados del siglo XX, y de hacer una descripción de la vida en las montañas en torno a la alimentación, nos adentramos en este capítulo a una colcha de retazos y a sus hilos que me permiten relatar cómo las transiciones de la ruralidad y los sistemas alimentarios han configurado el territorio y cómo a medida que el tiempo ha pasado, este espacio se compone de más dinámicas, fenómenos y actores que lo configuran.

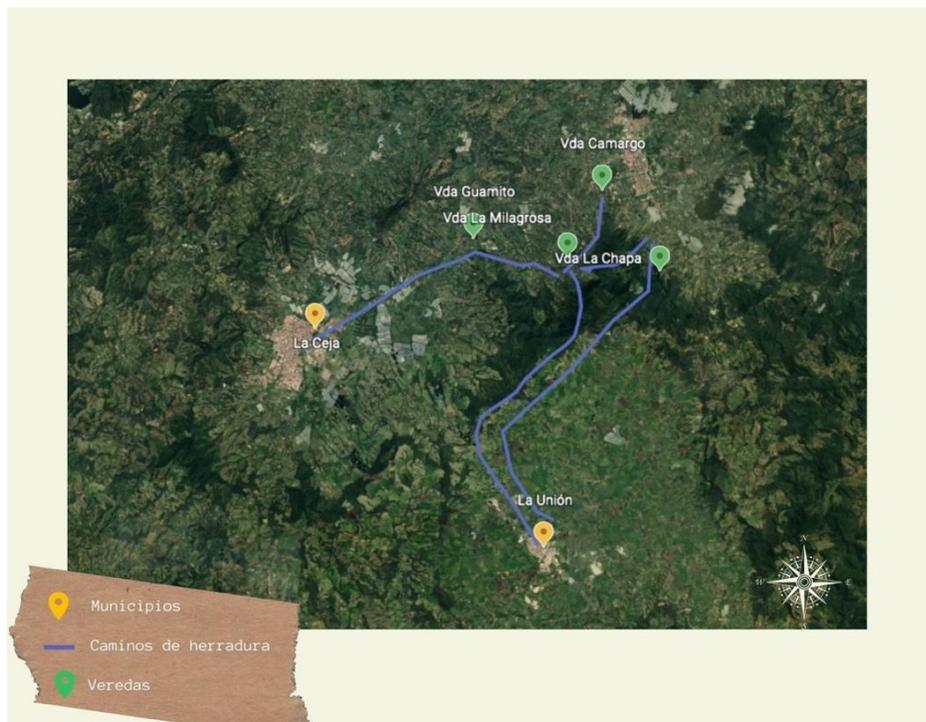
3.1 Geografías de los caminos y sus cambios

Los cambios en la ruralidad los podemos acentuar a través de los caminos, aquellos lugares de paso por donde andaron mis antepasados y antepasadas, fueron testigos de sus andanzas por donde llevaron la carga de maíz, papa, cerámica y encargos a otros municipios. Por estos mismos caminos de herradura mi abuela caminó en busca de alimento para saciar el hambre, por donde tiempo después pasaron mis abuelos junto a sus hijos, vecinos y trabajadores para llegar a los arados, donde los esperaba el cultivo de papa, arracacha, maíz, zanahoria, frijol o repollo. Esos mismos caminos los recorrió mi madre para llevarle a mi abuelo el talego con el almuerzo caliente y el que tuve la fortuna de andar durante mi infancia con mis primos para hacerle los mandados a la abuela.

A través de los caminos de herradura las distancias se hacían más cortas, las veredas y municipios que parecen hoy lejanas se hacían cercanas atravesando la montaña, era común escuchar que los abuelos iban a los municipios aledaños caminando y volvían ese mismo día. La cercanía espacial, quien lo creyera, se hacía más pequeña por medio de estos caminos y con esta cercanía había una cohesión social más fuerte entre los campesinos, al igual que un reconocimiento más profundo del territorio a nivel regional.

Figura 23

Caminos de herradura



Hoy en día ir donde un vecino en la ruralidad parece una osadía y las motos son usadas para ir a todas partes, para ir hacer el mandado, visitar a alguien o llevar los niños a la escuela. Es común ver a las madres y padres transportando a sus hijos, en las mañanas y al medio día, en un desfile de motocicletas por las carreteras de las veredas, aunque las distancias no sean muy grandes. También es paisaje ver a los jóvenes salir a socializar con sus motos, hacer piques y exponerse a través de estas máquinas para obtener un cierto prestigio y reconocimiento. Con el tiempo ha llegado a crearse una necesidad y una dependencia de estas máquinas para la vida cotidiana.

Actualmente, muchos de esos caminos se han estado perdiendo: con la llegada de la gentrificación se han privatizado algunos, otros han dejado de usarse porque ya los jóvenes no tienen como lugar de trabajo los arados sino las empresas o cultivos de flores en municipios aledaños, o los pocos que trabajan en el campo prefieren usar la moto para ir todos lados. Los que pueden, van dejando atrás el camino de herradura y las botas pantaneras para montarse en las motos y los zapatos de marca. Como dice Rodolfo, campesino de la vereda el Cerro, “cuando trabajaban la agricultura se usaban mucho esos caminos de herradura, pero cuando la gente dejó de sembrar agricultura y sembró flor, se dejaron de usar. Además de eso, los ricos comenzaron a llegar y a cercar los caminos de servidumbre y no dejaron pasar a nadie” (comunicación personal, noviembre de 2020). Muchos de estos caminos, a pesar del tiempo y el desuso, siguen existiendo, pero son cada vez menos transitados.

3.2 Nuevos fenómenos y actores en la ruralidad, apuntes sobre la gentrificación

Uno de los cambios que ha se ha vivido en la ruralidad ha sido producido por la gentrificación. En un principio, para las familias campesinas las fincas de recreo eran una novedad y representaron oportunidades laborales, pues eran contratados como mayordomos y podían recibir prestaciones, seguro y sueldos estables. Pero con el tiempo empezaron a llegar más y más fincas y con estas, nuevos actores que empezaron a generar dinámicas como la privatización de los caminos de herradura que fueron usados tradicionalmente por muchas generaciones atrás.

Figura 24*Gentrificación en mi pueblo*

Por otra parte se empiezan a generar problemas con los bienes naturales, en especial con el agua, porque los acueductos veredales no estaban diseñados para una demanda tan alta y el agua comienza a escasear en las temporadas de bajas precipitaciones, lo que hace que los campesinos y campesinas tengan una sensación de incertidumbre; dice mi abuela: “el futuro del campo va a hacer muy horrible, mire no más que desde que vinieron esos ricos y pusieron esos tanques azules el agua se escasió” (comunicación personal, noviembre de 2020). Esto da cuenta de formas de privatización, acaparamiento y nuevos usos de los bienes naturales y por otro lado de unas tensiones entre los nuevos actores y los y las campesinas que han vivido en el territorio desde hace muchos años o décadas. Pero también, estos cambios van generando que los campesinos vean el agua como un bien preciado que puede escasear y que no es infinito.

Otro asunto que se ve con la llegada de estos nuevos actores es que muchos de ellos trasladan las formas de vida que tenían en la ciudad a la ruralidad. Especialmente los lugares comienzan a delimitarse con mallas, rejas, alambres de púa, cercas con arbustos como lo eugenios, ponen alta tecnología y sistemas

de vigilancia. Además, muchos de estos nuevos actores tienen unas nuevas relaciones con el campo donde no hay ningún tipo de interés de construir con la comunidad un tejido social y de participar en las juntas de acción de comunal; son muy pocas las personas de afuera que se sumergen en la vida comunitaria campesina. Muchos de los nuevos actores ven el campo como dormitorios donde sólo llegan a descansar en las noches y los fines de la semana del ruido de la ciudad.

Volviendo a la metáfora de que los caminos acentúan los cambios, podemos ver que desde hace 15 años, aproximadamente, que pavimentaron la carretera El Carmen-Canadá, que conecta con las veredas donde hice mi trabajo de campo, se generó una valorización de las tierras que detonó el aumento en los impuestos. Esta situación hizo que muchos campesinos no pudieran pagar los impuestos y tuvieran que salir de algún lote o que en la actualidad tengan que sacar de sus ahorros para poder hacerlo. Por otra parte, ha generado que a las nuevas generaciones de campesinos se les dificulte el acceso a la tierra por sus altos costos y que sean personas foráneas con una capacidad adquisitiva mayor quienes acceden actualmente la tierra.

Otros campesinos han tenido que salir de la tierra buscando un tipo de sustento para su vejez, mis abuelos tuvieron que salir de un lote hace 15 años para poder asegurar, como dicen ellos, su futuro. A través de esta venta ellos lograron empezar a cotizar en el seguro y a tener un ahorro que les ha permitido vivir durante estos años en los que no pueden garantizarse la subsistencia mediante su fuerza de trabajo.

3.3 “Entre la belleza de las flores y lo letal de los venenos”. Una ruralidad con dinámicas de floricultura

El territorio rural también habla de sus cambios por medio del paisaje. Cuando comenzó la revolución verde se vió con la expansión de la frontera agrícola, la siembra de cultivos en las laderas, la llegada del alambre de púas, el uso de agrotóxicos. Con el boom de la ganadería de leche, empiezan a encontrarse grandes extensiones de tierra transformadas en potreros y en la actualidad uno de los grandes cambios en el paisaje es el que han traído los cultivos de flores, que invaden el paisaje con parches negros de malla de sarán y plásticos. Sin embargo, este fenómeno no es tan reciente, desde la década de los 90 según los relatos encontrados en campo comienza la fiebre de este tipo de cultivos.

En las décadas de los ochenta y noventa el panorama rural en Colombia tomó rumbos muy diferentes, la llegada de los tratados de libre comercio desató una crisis en la agricultura que generó un

cambio en las formas productivas del campo. Las y los campesinos no veían en el campo una alternativa segura y viable de generar un sustento económico, lo que desató que muchos campesinos dejaran las labores del campo tradicional como el cultivo de alimentos y se trasladaran a la producción más industrializada del agro, como son las empresas de flores. Para Comas d'Argemir (1998), cuando se da el cambio de trabajo por un salario, se genera un intercambio que define, justamente, las relaciones de producción capitalista y que constituye uno de los mecanismos de obtención de la riqueza por parte de los que poseen el capital.

Sin embargo, esto no implicó un cambio radical en la producción económica en ruralidad, sino más bien una mixtura de varias prácticas y formas de sustento económico entre lo moderno y lo tradicional. De esto da cuenta Rivera (2015), quien dice que en un contexto como la vereda La Chapa, las familias tenían dos o más fuentes de ingresos que iban desde agricultura, ganadería, jornaleo, cría de especies menores, floricultura, moyordomía en fincas de recreo, hasta trabajos de construcción, fontanería, comercio, electricidad, transporte, metalistería. A pesar de que esta investigación fue realizada hace siete años, este panorama sigue vigente en la actualidad tanto en la vereda donde esta investigadora realizó el estudio, como en las otras veredas donde realicé mi trabajo de campo.

Esta pluralidad de actividades económicas muestra la capacidad de las comunidades locales de adaptación a las nuevas condiciones creadas por la expansión mercantil del sistema capitalista. Al mismo tiempo, va mostrando un panorama donde se genera, cada día, la imposibilidad de reproducción de estas comunidades con sus propias bases, generándose una situación de dependencia (Comas d'Argemir, 1998).

Para 1992, según Gómez y García (2007) el 25% del mercado mundial de flores era abastecido por países de América latina, constituyéndose en una importante actividad económica para estos países. Las dinámicas rurales del municipio no fueron ajenas a este panorama y para la década de los 90 empiezan a llegar diferentes empresas de flores al municipio. Una de estas fue La Campiña. Este cultivo está ubicado en la vereda La Chapa, donde realicé parte de mi trabajo de campo, actualmente cuenta con 300 trabajadores y sus exportaciones van hacia países como Estados Unidos, Canadá y Puerto Rico. La llegada de estas empresas al territorio rural cambió las dinámicas en varios aspectos: por ejemplo, espacialmente se comienzan a ver las transformaciones de la ruralidad, donde la ocupación del suelo ya no está vinculada a la producción de alimentos, sino a la producción de servicios, como las flores, para países extranjeros.

Figura 25*Cartografías tejidas*

Representación de los cultivos de flores en la vereda La Chapa por medio de cartografías tejidas

Este tipo de cultivos, tienen relaciones dependientes con los mercados internacionales en aspectos como: la producción de semillas y esquejes, la fijación de los precios para el producto, los requerimientos de calidad y los patrones relacionados con los gustos y las demandas del consumidor (Gómez & García, 2007). Además de los insumos, abonos, agrotóxicos y fertilizantes. En relación con esto, varios campesinos dicen que a medida que han cambiado los cultivos se han empezado a usar insumos más fuertes en la tierra y que cada vez son más costosos; varios de los interlocutores han transitado por varias formas de producción agrícola, pero dicen que las flores tienen un uso indiscriminado de insumos químicos.

Por otro lado, la llegada de estas empresas generó una sobredemanda de mano de obra que incentivó a que no solo hombres llegaran a trabajar a estos lugares, sino también las mujeres. En las últimas décadas, según Gómez y García (2007), las mujeres han accedido masivamente al sector productivo en industrias como la floricultura, se estima que su participación oscila entre el 60% y el 70%. Sin embargo, este fenómeno no ha estado acompañado de una participación similar de los hombres en el

ámbito reproductivo, lo que ha generado una sobrecarga de trabajo para las mujeres. Esta situación se ve agravada en el caso de las mujeres rurales, donde ellas llegan a trabajar hasta un 20% más de tiempo que los hombres y en las zonas urbanas un 6% más. De igual forma, en muchos casos los empleos que se les ofrecen a las mujeres no son bien remunerados y no cuentan con garantías como contratos estables, posibilidad de capacitación o promoción (Martínez & Turbay, 2016).

Otra dinámica de las floristerías empieza hace unos 15 años atrás con la llegada de los cultivos de hortensia. Este tipo de cultivos tiene una nueva modalidad de producción, pues no es necesario el uso de grandes cantidades de tierra para sacar la flor, sino que desde pequeñas parcelas es posible hacerlo. Esto posibilita la siembra de estos cultivos en los lotes campesinos y que la mano de obra fuera su núcleo familiar o sus mismos vecinos. Además, para los campesinos resulta una buena alternativa la siembra de estos cultivos porque cada tallo de flor es pagado en dólares; dependiendo la variedad se paga a un dólar, 50 o 25 centavos. De esta manera, el libre comercio llega, incluso, a los últimos recursos “sin explotar” y los exprime junto con el conocimiento de uso local, en este caso el de las técnicas agrícolas, para generar mercancías, las flores de hortensias, en los mercados transnacionales (Wichterich, 2009).

Figura 26

La bella de las flores y lo letal de los venenos



“Entre la belleza de las flores y lo letal de los venenos”

La llegada de estos cultivos generó una bonanza en algunos de los territorios rurales donde hice mi trabajo de campo. A medida que estos cultivos empiezan a generar ganancias las mismas dinámicas de este tipo de producción fueron creando la necesidad de conseguir carros para transportar la mercancía, además de cambios en sus parcelas con la construcción de bodegas para realizar el proceso de poscosecha donde empacan las flores, les ponen unas bolsas llenas de agua, para que logren llegar hasta el destino final sin que se marchiten, y seleccionan las mejores flores.

De igual forma, casi que, como un hecho simultáneo, cuando muchos de los campesinos empezaron a generar plusvalía, realizaron modificaciones a sus casas, muchas de las casas campesinas de tapias fueron reformadas, a muchas les pusieron terraza y construyeron otra planta, las pintaron de blanco y cambiaron sus estéticas, otros cuantos hicieron casas con diseños externos a los propios de las veredas. Además de esto, con las ganancias muchos campesinos pudieron pagar educación superior a sus hijos y algunos de ellos lograron comprar bienes raíz.

Para muchos campesinos estos cultivos han posibilitado tener mejores garantías para vivir en el campo, pues han logrado tener una calidad de vida y para otros ha sido la forma de salir de las deudas que la agricultura les había dejado, como es el caso de la familia de Adolfo y Margarita. Ellos cuentan que iban a perder su tierra por una hipoteca que habían hecho con el banco agrario para sacar agricultura, tenían la esperanza de que con esa cosecha iban a lograr pagarla, pero no lograron buenos precios. Viendo este panorama tan desconsolador iban a perder su finca y les iba a tocar salir a trabajar en alguna empresa. Pero, cuentan ellos: “Dios es muy grande porque nosotros habíamos empezado, sembrado un poquito de hortensia junto a un cultivo de moras y con eso logramos salir de las deudas”. Vemos de esta manera, que este tipo de cultivos se integra a la producción económica y a la reproducción social de algunas de las familias campesinas.

Con la incorporación de los cultivos de hortensia al territorio rural, muchos campesinos empezaron a hacer cultivos mixtos. Gerardo, campesino de la vereda La Chapa, cuenta que él siempre ha sido agricultor y que si en manos de él está nunca lo dejará de serlo, pero que hace un par de años empezó a tener cultivo de hortensia y agricultura al tiempo en su finca. Él empezó con las flores porque un vecino que le estaba yendo muy bien con ellas, lo incentivó a sembrar flor diciéndole: “Se consigue más fácil la comida con la flor que con la agricultura”. En la actualidad, esta familia encuentra la estabilidad económica con la floricultura y en muchas ocasiones la venta de hortensias subsidia la agricultura, pues con los malos

precios que hay en los mercados locales para vender estas mercancías de alimentos, con los insumos agrícolas tan costosos y los riesgos de pérdida de las cosechas por cuestiones climáticas, no encuentran un punto de equilibrio que les permita salvar la inversión.

Por otra parte, no hay que desconocer que este tipo de cultivos ha generado grandes impactos ambientales y sociales en el territorio, pues para su producción se necesitan grandes cantidades de agua que han generado, en algunas ocasiones, disputas por este bien común. También, se han contaminado fuentes hídricas, ampliado la frontera agrícola y desgastado el suelo por los agrotóxicos tan fuertes que se usan. En relación con esto, exponen Gómez y García (2007), que la floricultura de exportación en América Latina, que es la que se da en gran parte del territorio rural del municipio, se caracteriza por el uso intensivo de agroquímicos y la vinculación de mano de obra barata.

Figura 27

Transiciones en la vida rural: la floricultura



Uno de los impactos sociales se ha visto en la salud de las mujeres gestantes y posteriormente en sus hijos. En un informe realizado por Soto (2017), sobre mujeres floricultoras gestantes en el municipio, se determinó que ellas se exponen a los plaguicidas a través de diferentes vías que generan bajos niveles de colinesterasa sérica en sus cuerpos y en los de sus hijos. Ellas presentaron, según lo descrito en ese

informe, altos antecedentes de aborto, pérdidas prolongadas de fertilidad y sobrepeso u obesidad durante la gestación. Además, se identificó que los hijos lactantes de las mujeres con bajos niveles de colinesterasas séricas, estadísticamente, presentaron bajos niveles de peso para la edad gestacional y una puntuación inferior en la escala motora.

Así mismo, el informe evidenció que muchas de las mujeres desconocen que hay peligro en el contacto con los agrotóxicos, otras no tienen conocimiento de las vías a través de las cuales estos agrotóxicos logran llegar a sus cuerpos y los daños que pueden ocasionar a su salud. Otro grupo de mujeres saben e intuyen que hay peligro y quieren evitarlo, pero la falta de autonomía económica, niveles bajos de escolaridad y analfabetismo, les impiden dejar sus trabajos como floricultoras. Otras mujeres saben que hay peligro y tienen autonomía para evitarlo, pero continúan en este trabajo.

3.4 Otras formas de tejer el territorio, apuntes sobre la soberanía y autonomía alimentaria

Pensando de nuevo en que la ruralidad es dinámica y que en ella no se puede hablar de un punto de llegada, evoco en esta sección algunas de las propuestas que en el trabajo de campo me encontré y que durante mi habitar en el territorio he tenido la fortuna de conocer. Estas van desde apuestas agroecológicas, agriculturas orgánicas, recuperación de semillas criollas y nativas, recuperación de sistemas ancestrales de producción de alimentos hasta mercados campesinos. Uno de los pedacitos que componen esta gran colcha de retazos, que es la ruralidad, son este tipo de proyectos que están concibiendo maneras más sustentables, diversas y armónicas de tejer el territorio.

Figura 28*Soberanía alimentaria: propuestas agroecológicas*

"Uno de los pedacitos que componen esta gran colcha de retazos, que es la ruralidad, son este tipo de proyectos que están pensándose maneras más sustentables, diversas y armónicas de tejer el territorio"

Como dice Segrelles (2013), muchos campesinos han encontrado en la agricultura sostenible basada en el desarrollo de cultivos orgánicos y la recuperación de su inmensa riqueza genética, una manera de sobrevivir al desastre total, humano, rural, cultural, agrario, biológico y ecológico. Así mismo, cuenta Unigarro (2015), que otras iniciativas como el mantenimiento de chagras y huertas domésticas, huertas urbanas, rescate de alimentos nativos, iniciativas gastronómicas locales de ampliar las posibilidades culinarias con alimentos nativos y de la región. Estas son algunas de las propuestas que le apuestan a reivindicar el sistema alimentario propio por razones de soberanía, calidad nutricional, agrobiodiversidad, valor cultural y gustativo y por razones de identidad.

Algunas de estas apuestas llevan años haciendo una recuperación de los suelos de sus tierras, desintoxicándolos de los químicos que durante tanto tiempo ha recibido la tierra. El caso de la Granja Renacer, liderada por Carlos Osorio, campesino de la vereda La Milagrosa es un proyecto de agricultura agroecológica que empezó hace más de 20 años. Luego de que él sufriera una crisis de salud derivada del uso de estos agrotóxicos, decide cambiar la forma de producción a una agricultura orgánica. Él empezó a

capacitarse y a encontrar, cuenta él, las bondades de este tipo de agricultura y también la reparación de su salud.

Don Carlos en su granja tiene un proyecto donde enseña a las personas sobre este tipo de agricultura, a realizar abonos, sobre botánica y aleopatía. Hace siembras de hortalizas, tubérculos, leguminosas, variedad de legumbres y plantas medicinales y cuenta con su tienda La Hojarasca, ubicada en la zona urbana del municipio, donde comercializa sus productos todos los fines de semana. Así mismo, en el mismo lugar tienen un restaurante vegetariano que es abastecido, en gran parte, por la producción de su finca.

En esta misma vereda está la propuesta de Jhonatan, un joven campesino que desde hace un par de años decidió hacer un cambio radical en su vida y sintió el llamado de recuperar los saberes de su padre, que es agricultor, además de las recetas de sus abuelas y la forma de vivir de sus antepasados. Desde entonces, ha venido liderando procesos de agricultura limpia en su finca, sembrando productos de pancoger, elabora compost y abonos orgánicos. También, está recuperando semillas y árboles nativos, al mismo tiempo que hace procesos de reforestación en su vereda. Él busca usar todo lo que su finca dé para tener una autonomía alimentaria.

En esta vereda, también, hay un colectivo llamado Grupo de Tierra, ellos están haciendo proyectos de educación ambiental en ese territorio. Esta iniciativa está compuesta por personas de otras regiones del país que llegaron a vivir a la vereda y de otras que han vivido toda la vida allí, como Jhonatan y Amalia. Este grupo está enseñando a los niños de la escuela a sembrar por medio de unas huertas circulares, hacen sensibilización sobre insectos con proyectos como los hoteles de insectos y jornadas de la separación de los residuos con intervenciones hechas en el basurero veredal.

Otra de las apuestas encontradas es la de Israel Osorio y su familia que, que buscando otras formas de vivir y habitar el campo, desde hace más de dos décadas, han ido construyendo un proceso desde el hacer, donde han vinculado saberes de la tierra y las ciencias culinarias, la construcción tradicional para crear su proyecto, La Buenaventura Granja Escuela. Allí, hay propuestas de bioconstrucción, banco de semillas, reforestación, apicultura, huertas de pancoger y un restaurante que ofrecen, como dicen ellos, productos que vayan en movimiento de la cosecha.

Hablando con Israel, cuenta que esta forma de habitar la ruralidad ha sido un camino de muchos aprendizajes y de seguir la convicción de que existen otros caminos posibles. Él dice, en relación con esta manera de habitar la ruralidad, “para mí vivir en el campo significa libertad, ser más autónomo. Me ha permitido interactuar más con el otro, de una manera más cooperativa, más de apoyo. Mire que eso viene de los abuelos que hacían mingas para sembrar una cosecha”. Para muchas personas en el pueblo y de otros lugares, el trabajo de Israel ha sido un referente para aprender procesos de agroecología, su granja se ha convertido en una especie de taller.

Figura 29

Propuestas de autonomía y soberanía alimentaria



Formas de habitar el territorio de maneras más sustentables y armónicas con la vida

Una apuesta más, es el proyecto de la familia de Felipe, él es un campesino de la vereda Betania que después de trabajar durante 12 años “entre la belleza de las flores y lo letal de los venenos”, dice él, decide cambiar esta forma de producción agrícola por hacer un proyecto de agricultura sin químicos con su familia. Después de estar en capacitaciones con agrónomos y entender el daño que causaban los agrotóxicos en el cuerpo, él siente la necesidad de cambiar su vida y la de su entorno. Este cambio fue de manera gradual, en un principio combinó ambos cultivos y recibió muchas críticas de su padre que no estaba muy convencido de que la agricultura orgánica pudiera generar una posibilidad económica.

En la actualidad, Felipe y su familia venden la producción de su finca en el mercado campesino. Para él, este cambio les ha dado calidad de vida, en sus propias palabras:

Uno antes sobrevivía, pero no vivía. Esto [la agricultura limpia] me ha dado un sentido de vida, una personalidad, me ha ayudado a entrarme conmigo mismo, a entrarme con la tierra, con mis raíces, a conectarme con la naturaleza, a vivir tranquilo, porque yo me estaba volviendo una mala persona, el estrés, el cansancio, los problemas, yo era una persona muy irritada, el cuerpo también enfermo. Esto me dio el buen vivir, hay muchas metas, pero yo me siento tranquilo y lo más bonito de esto es que cuando uno termina el día, uno cansado, uno mira hacia atrás y uno dice, esto vale la pena, yo lo volvería hacer (comunicación personal, noviembre de 2020).

Entrar en la dinámica de sembrar limpio, le ha permitido a Felipe, conocer otras formas de alimentarse, conocer más plantas, ofrecerle a las personas salud, conocer muchos procesos, hacer red y tener una mejor economía. En medio de este proceso él cuenta: “yo al principio pensaba que yo estaba cambiando la tierra y resulta que ella me estaba cambiando era a mí por dentro. Yo sentía que iba cambiando con ella” (Comunicación personal, noviembre de 2020).

Vemos que en estas propuestas de agricultura limpia o agriculturas alternativas aparecen con mucha convicción, todas estas ideas del Buen Vivir, estos movimientos nacen de las crisis como el hambre, la sobrevivencia, la expropiación y la intoxicación, generándose un cambio del sociometabolismo del capital hacia el sociometabolismo del Buen Vivir. Esto implica una mudanza civilizatoria que hace retomar conciencia de hasta qué punto los seres humanos somos naturaleza, vivimos de ella y con ella (Machado, 2015).

Figura 30*Diversas formas de habitar el territorio*

Estas son solo algunas de las propuestas alternativas que se están realizando en el municipio; en la actualidad hay muchas más y esto se ha podido visibilizar en el mercado campesino. Este mercado se repite todos los domingos en el parque, es un espacio para que los y las campesinos saquen sus productos e iniciativas, como lo hicieron mis abuelos y su generación hace más de cuarenta años. Uno puede encontrar verduras, legumbres, semillas, plántulas, árboles, hortalizas y frutas, miel, alimentos procesados como arepas, dulces, aceites, panes, lácteos, vinos y fermentos; además de café, chocolate y panela. Este es un espacio que ha ido tomando mucha fuerza en los últimos tiempos. Personas de afuera son su público principal, al igual que personas del mismo pueblo que tienen una conciencia diferente de la alimentación, según el relato de uno de los líderes de esta iniciativa. Este tipo de espacio se convierte en apuestas contrahegemónicas “cada vez más, comer alimentos producidos localmente es una estrategia política en las “luchas alimentarias” centradas en la liberalización del comercio neoliberal” (Wichterich, 2009, p.141).

Así mismo, en este mercado hay una apuesta muy importante y es la idea de bienestar. Los consumidores acceden a comprar los productos pensando temas de salud, de sostenibilidad, de cadenas

de producción más cortas y de un cuidado ambiental. “Para muchos [consumidores], el precio ya no es la única consideración. Los aspectos ecológicos, sociales, de salud y de bienestar animal influyen tanto en las prácticas de producción como en las prácticas de consumo” (Wichterich, 2009, 140).

Uno de los mejores aspectos de este espacio es que no hay intermediarios. Es un mercado directo entre el productor y consumidor, lo que genera que ambos ganen, pues el campesino puede ganar un poco más por sus productos y el consumidor final no tiene que pagar tanto. “El mercado campesino es una alternativa distinta, de cambio, de que la gente apoye, vuelva a los productos que producimos en los campos, que son productos más naturales, que son más nutritivos y dejen de estar dependiendo tanto de los supermercados. La idea es fortalecer con los mercados la comercialización interna” dice Guillermo Osorio (comunicación personal, noviembre de 2020). De esta forma, cuenta Jarosz (2000) que una forma de asegurar el dinamismo y viabilidad de estas redes alimentarias regionales se basa en las relaciones sociales de cooperación y confianza entre consumidores, proveedores, productores, etc.

Los mercados campesinos nos muestran unas formas de consumos más alternativas y tienen apuestas que van encaminadas hacia una soberanía y autonomía alimentaria. Como se expone en la Vía Campesina (2018), la soberanía alimentaria es una invitación que tenemos como ciudadanía de que ejerzamos nuestra capacidad organizativa, y mejoremos nuestras condiciones y las de la sociedad en su conjunto; es una manera de proteger toda una forma de vida basada en el uso sostenible de los recursos y de la producción alimentaria.

Estas apuestas “hacen tomar conciencia de que lo que elige comer o dejar de comer un individuo marca la diferencia en el camino hacia la sostenibilidad ecológica y social, y hacia la mejora de nuestro estilo de vida” (Di Donato, 2011). Además, los sistemas de alimentos locales se convierten en un medios de combatir el hambre y la pobreza, garantizando la seguridad alimentaria sostenible para todas las personas (Vía Campesina, 2018).

Aunque estas apuestas locales de producción alimentaria no logran tener una capacidad de abastecimiento para toda la población del municipio, se vuelven una posibilidad de ir teniendo un balance entre esas cadenas de producción globales y la recuperación de una cierta autonomía y soberanía alimentaria. Son pequeños pasos que se dan y que con los días van tomando más fuerza y haciendo eco a más personas.

3.5 Un sistema alimentario entre lo global y lo rural

En la actualidad las rutas de la alimentación se han complejizado y se han ampliado a gran magnitud. Gran parte de los productos que componen la canasta familiar son importados, otros vienen de otras partes del país y otros productos, sobre todo frutas, verduras, hortalizas, son alimentos locales. A diferencia de las décadas del 60, 70, 80, en la actualidad tenemos menos autonomía como consumidores y desconocemos cada día más el origen de los alimentos que están en nuestra mesa.

Haciendo un ejercicio etnográfico comparativo entre algunas de las preparaciones hechas por los interlocutores en la actualidad y como fueron antes, encontramos que en el pasado casi que solo se disponía de la huerta de pancoger para alimentarse y que esto generaba una autonomía alimentaria, al mismo tiempo que el consumo de unos productos limitados. Los productos que se consumían, digamos, que eran básicos, pero eran suficientes para tener una alimentación sana y eran los mismos campesinos los que con su fuerza de trabajo debían garantizarse su alimentación.

Pero, en medio de todo este panorama, podemos plantear que ellos tenían regulación de los productos consumidos y sabían de donde venían los alimentos, quién lo había sembrado, qué variedad eran, qué nutrientes aportaban. Además, reconocían variedades de plantas que en la actualidad son catalogadas como rastrojo como la guasquila o cidra, la vitoria, la batata, el bore, entre otras. Este panorama también era dado por el hecho de que, gran parte de la población era campesina o tenía una relación con la tierra.

En nuestros días, bajo unas lógicas productivas del sistema capitalista, este panorama ha cambiado drásticamente. La población campesina va siendo cada día minoría y la oferta de alimentos es dominada por multinacionales, transnacionales, supermercados y comercio regional y nacional. En la actualidad hay una especialización en los procesos productivos y esto genera que la población rural no esté pensando en cultivar para sobrevivir, sino que busca generar ingresos por medio de otros trabajos. Esta dinámica genera cambios que implican una pérdida de saberes y conocimientos alrededor de la vida rural.

Para rastrear un poco el sistema alimentario actual, traigo el ejercicio etnográfico. Para este pedí a varios de los interlocutores que me compartieran fotos de los almuerzos en su cotidianidad y a través de ahí identifiqué varios elementos. Por una parte, se han incorporado algunas preparaciones como las ensaladas y jugos que antes no se veían, gran parte de los alimentos usados en estas recetas son

comprados en mercados locales y en algunos casos provienen de la propia finca como verduras, frutas para los jugos y algunas plantas para sazonar.

De igual forma, se identificó que preparaciones como los caldos siguen siendo comunes en los almuerzos de los interlocutores, como también lo eran antes, pero que un elemento básico, como las arepas o la mazamorra, ya no están tan presentes. Y, en cambio, un elemento como el arroz, que antes era muy poco consumido, hace parte de la cotidianidad alimentaria en la actualidad. Según lo encontrado en la página oficial de la Federación Nacional de Arroceros (2021), la demanda de este producto es suplida por productores nacionales como extranjeros, siendo Estados Unidos el país del que más ha exportado este producto al país, con (57.696 toneladas), seguido de Perú (37.782 toneladas) y otros países como India, Tailandia, Ecuador, España, Italia (24.466 toneladas). Para este año la federación tiene el proyecto de que la demanda nacional sea cubierta por producción nacional de arroz.

Otro elemento encontrado es que los frijoles siguen siendo una comida cotidiana. Respecto a esto, cabe la pena mencionar que según Ministerio de Agricultura (2020) se producen a nivel nacional 68.487 toneladas de frijol, de las cuales el departamento de Antioquia produce 14.746 toneladas y se importan , para el consumo nacional, 33.905 toneladas de países como Bolivia, Canadá, Argentina, China, Ecuador, Estados Unidos y Perú.

Agregando algo más, se encuentra que un elemento que ha cambiado es el consumo de proteína animal de manera diaria, incluso más de una vez por día, que antes no se veía. Los abuelos consumían tres veces por semana proteína animal, según lo encontrado en las entrevistas y conversaciones. En la actualidad vemos, entonces, que otro de los cambios de los sistemas alimentarios es la incorporación de la industria pecuaria a las dietas alimentarias de la ruralidad.

Figura 31
Flujos globales y locales



Viendo este panorama, se comprenden los flujos nacionales, locales y transnacionales que existen para que nuestros alimentos y los de los y las campesinos llegue a la mesa. Las rutas de la alimentación cada vez se complejizan y el sistema alimentario, con su producción, transformación, distribución y consumo de los alimentos, cada vez está más interconectada en un mundo globalizado. Los alimentos que hoy consumimos pasaron por varios países, incluso tuvieron que navegar por el océano para llegar hasta nuestra mesa, lo que genera por un lado flujos más grandes y complejos, a la par que una mayor variedad de productos para consumir.

Un ejemplo más de esto, fue lo encontrado en el trabajo de campo con el maíz. Este alimento fue producido netamente en el municipio hasta la década de los 90, actualmente viene principalmente de Estados de Unidos, de Cali y en una menor cantidad de la región. Pero, lo más asombroso es que, según

don Octavio, negociante de este cereal, el maíz del país americano que consumimos son las sobras de lo que no se alcanza a procesar para el concentrado de animales en empresas como Soya o Itacol. Él dice,

Hay una empresa muy grande, Itacol, esa empresa es importadora de maíz. Traen maíz americano. Ese maíz americano lo traen de Estados Unidos, ese maíz es de lo que sobra de las empresas que importan. Compran un buque, dos buques de maíz. Ese maíz viaja dos, tres meses en barco porque no puede venir en avión por los costos. Llega aquí a los puertos, a Cartagena, bueno, a los puertos de Colombia y vienen a distribuirlo aquí. Lo traen a Itacol, lo traen a Soya que lo gastan, lo traen a todas las industrias de cuidado [concentrado de mascotas] que hay porque lo necesitan como materia prima el maíz, procesan 800, 500, 1000 toneladas de maíz, no sé qué tanto. Digamos que procesaron en el año 800 le sobraron 200, esas toneladas se las venden al comercio. Los mayoristas en Medellín se las compran a Itacol o a todas esas empresas (comunicación personal, noviembre de 2020, El Carmen de Viboral).

Don Octavio, hace la aclaración de que él también vende maíz montañero o criollo, el que se produce en la región, para hacer mazamorra o arepas de mote y que tiene mejor sabor y nutrientes, según él. Pero, el consumo de este maíz es en pequeña cantidad y los grandes consumidores del maíz americano son las empresas de arepas del municipio porque tiene un mejor rendimiento.

Ellos [los de las fábricas de arepas] tienen que buscar que produzca y que dé buen rendimiento. Por ejemplo, un bulto de 50 kilos de maíz Ladera o trillado [maíz americano] usted lo echa a una olla y lo cocina y le saca 200 paquetes de arepas. Usted cocina un bulto de criollo y usted no puede sacarle sino 150, en el mismo tamaño que ellos las hacen, las arepas son más deliciosas, más buenas, puede tener más vitaminas, pero qué pasa el negocio no da y si usted no lo hace el otro lo hace y uno no puede trabajar a pérdidas, ese es el detalle (comunicación personal, noviembre de 2020, El Carmen de Viboral).

Un caso tan específico como el maíz da cuenta de los flujos globales en un contexto local, de la expansión de las rutas de la alimentación y de la hiperconexión actual en un mundo globalizado.

Figura 32*Sistemas alimentarios: tienda tradicional*

A diferencia de las décadas del 60, 70, 80, en la actualidad tenemos menos autonomía como consumidores y desconocemos cada día más el origen de los alimentos que están en nuestra mesa.

Según Escobar (2007), con la expansión de los mercados, los países de Latinoamérica pierden capacidad de producir alimentos para sí mismos por producir cultivos de exportación. Ligado a esto, estos países se ven obligados a aceptar alimentos baratos cuya industria es monopolizada por capitales de Europa y Norteamérica y ajustarse a los mercados agrícolas dominados por los mercaderes multinacionales de granos. Pese a que la producción agrícola per cápita aumentó en la mayoría de los lugares del continente, este incremento no se tradujo en un aumento de la disponibilidad de alimentos para la mayor parte de la gente.

Volcando la mirada a la producción local y nacional de los alimentos, encontré en el trabajo de campo que en la actualidad la adquisición de los alimentos ya se hace de manera más nacional. Un comerciante del municipio dice que los negociantes de maíz, papa o frijol pueden adquirir estos productos en diferentes partes del país, lo que ellos analizan es el precio y si está más económico, por ejemplo, el maíz en el Valle del Cauca lo mandan a traer desde allá y en menos de un día ya se encuentra en las centrales de abastecimiento del municipio o lugares aledaños.

Por otra parte, las rutas de la alimentación tienen otra modalidad a nivel local, son los negociantes o intermediarios quienes llegan a las fincas de los campesinos a recoger las cosechas hasta sus fincas, lo que antes no sucedía. Hablando con varios campesinos, ellos cuentan que ellos avisan a los intermediarios qué productos tienen y qué cantidad, pactan el negocio y ellos, los intermediarios, van a recoger la mercancía hasta las fincas.

El panorama de los contextos rurales en la actualidad nos remite a pensar que a medida que los cambios en la ruralidad se han dado, estos se han ido permeando de dinámicas externas en estos espacios locales, generando que los habitantes en la ruralidad vayan perdiendo capacidad de agencia y autonomía en sus territorios, creándose una necesidad más grande de actores y dinámicas intermedias y globales para satisfacer las necesidades básicas como la alimentación. Los flujos y rutas de los alimentos nos muestran un mundo globalizado y las diversas formas en que el sistema capitalista ha llegado a todos los rincones.

3.6 Conclusiones

Como se planteó al inicio de este capítulo, la ruralidad en la actualidad está compuesta de diversos actores, dinámicas y fenómenos que la van configurando como una gran colcha de retazos. A lo largo del tiempo, diversas transformaciones han ido construyendo este territorio y los sistemas alimentarios.

Una forma de visualizar estas transiciones es a través de los caminos. Hace unos 30 años se empiezan a abandonar los caminos de herradura, hecho que coincide con la apertura económica, con el cambio de vocación agrícola de los jóvenes y la llegada de nuevas empresas al territorio en la que la nueva generación de campesinos se emplea. Estos caminos pierden su uso principal que era conectarse con fincas donde se trabajaba la agricultura.

Continuando con la idea de los caminos, la pavimentación de una de las vías arteriales, El Carmen-Canadá, que conduce a varias de las veredas donde realicé mi trabajo de campo, también da cuenta de la llegada de nuevos actores y del cambio de uso del suelo, como la gentrificación. Esta dinámica, que empezó a llegar con mucha fuerza hace unos 15 años, cuando pavimentaron esta vía, ha modificado la ruralidad y en algunas ocasiones ha generado conflictos entre los habitantes, tradiciones de las veredas y los nuevos actores por temas como los recursos hídricos.

Otra de las transiciones se ha dado con la siembra de flores de hortensia en parcelas donde anteriormente se sembraban agricultura. Este fenómeno es una forma, relativamente, reciente de inmersión de los campesinos a nuevas demandas del mercado globales. Este mercado ha posibilitado un bienestar económico para los campesinos y campesinas, pues las flores son pagadas en dólares y, por otra parte, una degradación de su salud y del medio ambiente, como sucedió en los años 90 con la bonanza de la agricultura.

Entre esas lógicas de mercados globalizados, los sistemas alimentarios en la actualidad son cada vez más complejos y en los territorios rurales se ha generado una dependencia total a las importaciones de alimentos, de esta manera a medida que el tiempo ha pasado se han diversificado los productos que consumimos a la par que se ha perdido autonomía alimentaria y soberanía. Ya los campesinos no disponen de su fuerza de trabajo para sembrar sus alimentos, sino que a través de otras actividades generan plusvalía para acceder a las mercancías de alimentos.

Pero, el territorio rural, como esa gran colcha de retazos que es, también lo configuran apuestas agroecológicas, de soberanía alimentaria y mercados campesinos que buscan maneras más sostenibles y equilibradas de habitar la ruralidad. Estas son pequeñas apuestas que como semillas van llegando cada día a más personas y que buscan generar nuevas alternativas de consumo.

Conclusiones: Puntadas finales sobre las geografías rurales y alimentarias de El Carmen de Viboral, Antioquia

Al indagar sobre los cambios de la ruralidad en el municipio de El Carmen de Viboral y sus repercusiones en el sistema alimentario, se hizo necesario tomar una temporalidad mayor a la planteada en un principio, años 90, debido a que es a partir de los años 70 que se instaura en el municipio una transición de una agricultura a pequeña escala, casi de subsistencia, haciendo uso de los insumos de las propias fincas, a una producción agrícola a mayor escala. Este suceso parte de diferentes apuestas internacionales y nacionales que pretendían buscar la modernización del campo con programas como la revolución verde.

Esta transición marcó un cambio sin precedentes en la historia de la ruralidad, pues con la llegada de esta modernización se da un giro en la forma de hacer agricultura y de vivir en el campo, que ninguna generación atrás había vivido antes. El uso de agrotóxicos, la llegada de nuevas tecnologías, la expansión de la frontera agrícola, la incorporación de los monocultivos, la siembra en hilos, fueron dinámicas que se dieron con la llegada de la revolución verde y que generaron un cambio en la forma de percibir la naturaleza.

Al incorporar estas nuevas tecnologías se dejan a un lado saberes ancestrales de producción agrícola como la realización de compost, el uso de ceniza y coberturas, la guianza de las faenas agrícolas por medio de las fases de la luna, y también, la recolección, cuidado de semillas, el consumo de algunas plantas y tubérculos, y algunas técnicas de sembrado de papa con helechos y cenizas.

Al iniciar esta investigación se planteó la conjetura de que los cambios en la ruralidad tuvieron repercusiones en los sistemas alimentarios. Pero, mi conclusión es que hay una serie de relaciones multiescalares y mutuamente influyentes entre ambos fenómenos, pues los sistemas alimentarios también tuvieron repercusiones en los cambios de la ruralidad. Esto se evidencia con la incorporación de nuevas semillas y alimentos, con los cambios en la forma de producción, distribución y consumo, y con la introducción gradual de alimentos importados.

Por otra parte, ahondando más sobre los sistemas alimentarios, la investigación mostró que el papel de las mujeres ha sido fundamental con su trabajo en casa y fuera de ella, con sus conocimientos alrededor de las huertas, la separación de semillas, el conocimiento de las plantas y la transformación de

los alimentos. Este trabajo evidencia que las mujeres juegan un papel importante tanto en la producción económica y reproducción social de las familias.

En un comienzo de la investigación, no se había pensado el tema del cuidado como una categoría de análisis, pero esta emergió durante el trabajo de campo. El tema del cuidado ha estado, tradicionalmente, en manos de las mujeres y este rol ha sido bastante invisibilizado por considerarlo como algo natural. Sin embargo, se evidencia que el papel de las mujeres fue fundamental para el sostenimiento de las familias y también para los sistemas alimentarios, entendiendo, que fueron ellas quienes han tenido, en gran parte, el saber de las recetas y transformación de los alimentos. Es así, que para tener una capacidad de análisis mayor en relación a los sistemas alimentarios, la categoría del cuidado puede ser estratégica y permitir hacer hallazgos importantes.

Por otro lado, una de las maneras por medio de las cuales se indagó sobre los cambios en la ruralidad y los sistemas alimentarios, fue a través de las rutas de los alimentos que se plasmaron en cartografías. También, a partir de un ejercicio etnográfico se registró algunos de los almuerzos de los habitantes rurales para identificar, qué comen en la actualidad, cuáles son sus dietas y qué alimentos y recetas se continúan consumiendo con el tiempo. Esta información fue complementada con datos sobre la procedencia de diferentes alimentos como el arroz, frijol, verduras, frutas, y proteína.

Con esto, se pudo ver que, las escalas de las rutas de los alimentos eran tanto locales, regionales y nacionales en los 70 y 80, y que con el paso del tiempo estas rutas empezaron a tener, también, flujos globales. Esto ha generado, por un lado, más diversidad en los productos, pero también una dependencia alimentaria de los países exportadores de alimentos. Esto último, se puede evidenciar de manera muy puntual con el cambio que se ha dado en las dietas de las familias. Anteriormente, la base de la alimentación era el maíz y muchas de las familias entrevistadas cuentan que eran ellos mismos quienes producían este cereal que fue reemplazado por el trigo y el arroz provenientes de otros países.

Las geografías alimentarias rastreadas en esta investigación nos dan cuenta de los cambios y flujos que han estado presentes en los alimentos, los cuales han fluctuado de escalas regionales y nacionales a escenarios más complejos y de carácter global. Esto ha generado una pérdida de agencia de los actores locales sobre su autonomía y soberanía en sus territorios. El comienzo de esta pérdida tiene relación con la incorporación, primero de los cambios ocasionados por la revolución verde, y luego, por los Tratados de

libre Comercio (TLC), que generaron una incapacidad competitiva por parte de los campesinos con los países exportadores de alimentos. Todo esto detonó una crisis en el campo, a la par que un nuevo cambio de vocación por parte de los jóvenes rurales y una migración de muchos campesinos a otras actividades diferentes a las de la producción agrícola.

De igual manera, poder acercarse a estas geografías da cuenta que, en los años 90, hay un cambio drástico de los alimentos en la ruralidad y con la incorporación masiva de productos a la canasta familiar como: salsas, gaseosas, parva, enlatados, embutidos y otros más, se generan unas divisiones sociales de lo que es sano y no sano, de lo que da prestigio o no. Esto ha ocasionado la creación de necesidades en el consumidor y la dependencia a las industrias de alimentos. Por otra parte, estos cambios en la alimentación, también se fueron dando con la incorporación de electrodomésticos, tales como, las neveras, posibilitando la acumulación, propia del sistema capitalista. Los fenómenos de lo planteado en este párrafo nos dan cuenta de diferentes formas y acciones en las que el discurso de modernización del campo ha ido incorporándose en la ruralidad y los sistemas alimentarios.

En otro orden de ideas, esta cartografía aporta evidencia de los diferentes usos del territorio en la actualidad que, a diferencia de antes, su mayor uso era la producción agrícola. En la actualidad la ruralidad engloba muchos fenómenos, dinámicas y actores, y es por esto que propongo pensarla como una gran colcha de retazos hiladas, en la que conviven apuestas de soberanía alimentaria, agricultura limpia, gentrificación, agricultura, siembra de flores y monocultivos. Es decir, no se trata de un fenómeno de blancos y negros, sino de diferentes matices donde en un mismo espacio se van configurando nuevas dinámicas, se recuperan otras, que parecían olvidadas y que entremezclan e hilan lo tradicional con lo moderno.

El riesgo de caer en un pesimismo donde el campo va encaminado al abandono, tragedias o cambios inauditos, se supera cuando se trata de comprender que en un mismo espacio se adhieren nuevas dinámicas, se acaban otras, florecen y germinan nuevas acciones y actores, dando color y diversidad a los territorios. Algunos de estos fenómenos y dinámicas se yuxtaponen, al igual que los retazos en las colchas, y aunque estas dinámicas van y vienen en el tiempo, algunas dejan huellas que permiten seguir tejiendo los territorios y los hacen más sólidos, mientras otras deshacen los tejidos hechos tiempo atrás y se hace necesario remendar para seguir construyendo el territorio.

La llegada de nuevas dinámicas y actores al territorio ha generado en algunas ocasiones disputas alrededor de los bienes naturales, en especial el agua, y su débil incorporación a la construcción de tejido social, entre quienes históricamente han habitado la ruralidad y los nuevos actores recientemente llegados. De igual forma, se han generado nuevos usos del suelo, donde ha habido una pérdida de la autonomía territorial y una pérdida de capacidad de agencia por parte de los habitantes rurales.

La investigación también expuso que los campesinos tienen una gran capacidad de adaptación a los cambios en sus territorios. Entre sus estrategias se identificaron: la economía mixta, que ha generado que ellos tengan dos o más actividades económicas para su permanencia en la ruralidad. Así, por ejemplo, la incorporación de los cultivos de hortensias, a pesar de que no se trata de cultivos alimenticios, ha posibilitado generar ganancias para subsidiar la agricultura, pagar deudas, hipotecas y préstamos.

Otra de estas estrategias es que las familias buscan nuevas fuentes de ingresos, como el trabajo en tanto mayordomos o empleadas domésticas, y empleos fuera de las dinámicas rurales, para seguir permaneciendo en el campo. En los jóvenes este fenómeno es mucho más frecuente, lo que hace que la nueva generación viva dinámicas más alejadas a la ruralidad tradicional y, por ello, más urbanas. Además, sus nuevas configuraciones identitarias buscan marcar una diferencia con sus padres y abuelos, que fueron campesinos, a través de nuevas formas de vestir, medios de transporte como las motos, incorporación de nuevas dietas alimentarias y gustos musicales, lo cual coincide con un imaginario social sobre la vida campesina como indeseable, dura y no fructífera.

En las transiciones que estos jóvenes vienen teniendo, se puede ver materializado como todo el discurso de la modernización se ha ido dando en la ruralidad. La situación del abandono del campo por parte de jóvenes es un fenómeno multiescalar que tiene varios precedentes, desde la falta de garantías para el sector agrícola, los TLC, la llegada de nuevos actores al territorio, las dinámicas globales, hasta los discursos de progreso y desarrollo que llegan con las nuevas tecnologías como una bomba de información. Además, hay que tener en cuenta que la región del Oriente Antioqueño en las últimas décadas ha tenido unas configuraciones socioespaciales donde se han visto transiciones que dejan ver unos flujos y dependencias más complejas entre lo global y lo local. La ruralidad y sus habitantes pasan a ser, en esta nueva configuración socioespacial, los obreros de las grandes empresas y agroindustrias; así, los actores rurales pasan a hacer trabajos automatizados.

Pero, también, es posible reconocer que entre las transformaciones actuales de la ruralidad hay fincas con apuestas agroecológicas, libres de agrotóxicos y orgánicas, que buscan volver a esas maneras más sustentables de habitar y vivir del campo. Estos procesos generan apuestas de soberanía y autonomía alimentaria, al apostar por relacionamientos armónicos con los ecosistemas. Además, por medio de programas como el mercado campesino, se fortalecen y visibilizan como nuevas apuestas desde la ruralidad.

En términos metodológicos, este trabajo aportó con ajustes y novedades en herramientas que brinda la antropología, múltiples formas para la comprensión de las transformaciones rurales y alimentarias. La etnografía íntima permitió un acercamiento a fenómenos globales y locales, desde actos cotidianos y cercanos como las visitas a tiendas, supermercados, plazas de mercado, los recorridos territoriales por las veredas en las que pasé mi niñez y juventud, observación participante de las recetas y alimentos de consumo diario en mi lugar de origen. Todo esto complementado con entrevistas hechas a familiares, amigas, amigos y cercanos, que permitió tejer desde sus conocimientos y las teorías, explicaciones a los cambios en la ruralidad.

Por otro lado, las herramientas visuales fueron transversales en mi investigación para hacer análisis territorial y como una posibilidad de sistematizar los datos encontrados en campo. Además de usar matrices para organizar este contenido, realicé un diario visual en el que hay fragmentos, emic y etic, fotografías, dibujos y un ejercicio de cartografías tejidas, el cual consistió en tejer sobre de mapas de las veredas los elementos más relevantes de cada lugar según los relatos de los interlocutores y mis percepciones personales.

Con un análisis del parentesco pude comprender que el hecho de que yo forme parte de la primera generación que no vive de lo que la tierra da y que no habita en la ruralidad, tiene respuestas en el devenir histórico. Las dinámicas de modernización del campo, y sus discursos y prácticas, modificaron los paradigmas sociales, haciendo que una generación de actores rurales cambiará su vocación agrícola, como fue el caso de mis padres. A la vez, la antropología me permitió reflexionar y pensar que, como una nueva generación, puedo vivir la ruralidad de otras maneras, por ejemplo, por medio del conocimiento.

Esta investigación es una pequeña contribución a la comprensión de las causas e implicaciones de los cambios en la ruralidad y en los sistemas alimentarios. Aún quedan muchos temas para seguir

investigando. Los saberes de los abuelos y abuelas alrededor de la siembra, producción y transformación de los alimentos son un mundo por explorar y que se hace necesario sistematizar, entendiendo que es una memoria oral y no escrita que morirá prontamente con ellos.

La comprensión más a profundidad de los sistemas alimentarios, con sus flujos, actores y dinámicas globales y locales, podría generar la posibilidad de crear modelos descriptivos que permitan interpretaciones relacionales, multiescalares y sensibles a las experiencias de los colectivos rurales y otros colectivos sociales, que han fundamentado su pervivencia en el tiempo en relaciones socioambientales estrechas y esenciales en los procesos de producción económica y reproducción social.

Referencias

- Betancur, F. (1993). *El Carmen de Viboral 1850-1950*. Centro de historia El Carmen de Viboral
- Cárdenas, G. I. (2010). El conocimiento tradicional y el concepto de territorio. *NERA-Núcleo de Estudos, Pesquisas e Projetos de Reforma Agraria*, 1–12. <https://bit.ly/3yURnOQ>
- Ceccon, E. (2008). Tragedia en dos actos: La revolución verde. *Ciencias*, 1(91), 21–29. <https://bit.ly/3yVGFYr>
- Comas d'Argemir, D. (1998). *Antropología económica*. Ariel, S.A.
- Comas d'Argemir, D. (1999). Ecología política y antropología social. *Áreas Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 0 (19), 79–99. <https://bit.ly/3Pgq8DY>
- Comas d'Argemir, D. (2000). Mujeres, Familias y Estado de Bienestar. En Teresa del Valle (Ed), *Perspectivas feministas desde la antropología social* (pp.1-265). Ariel, S.A.
- Di Donato, M. (2011). Hacia una ecología de la alimentación. La comida no es solo comida. *CIP-Ecosocial (FUHEM)*, 357–372. <https://bit.ly/3yPse7h>
- Escobar, A. (2007). *La invención del Tercer Mundo Construcción y reconstrucción del desarrollo*. El Perro y la rama
- Esteva, G. (2011). Más allá del desarrollo: la buena vida. *Revista América Latina en Movimiento* (445). 1-6. <https://bit.ly/3RsJXyj>
- Organización de las Naciones Unidas (FAO). (2017). *Reflexiones sobre el sistema alimentario y perspectivas para alcanzar su sostenibilidad en América Latina y el Caribe*. Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, <https://www.fao.org/3/i7053s/i7053s.pdf>
- Fedearroz (9 de septiembre 2021). *2021 año en el que el sector arrocerero cubrirá el abastecimiento nacional sin importaciones*. Fedearroz. <https://bit.ly/3nU7UMG>
- Federici, S. (2010). *El Caliban y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Traficante de sueños. <https://www.traficantes.net/sites/default/files/pdfs/Caliban y la bruja-TdS.pdf>
- Ferguson, S., & McNally, D. (2013). Capital, fuerza de trabajo y relaciones de género. *Haymarket Books*, 1–20.

-
- García, C. I. (2007). Conflicto, discursos y reconfiguración regional. El oriente antioqueño: de la Violencia de los cincuenta al Laboratorio de Paz. *Controversia*, 189, 129–145. <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Colombia/cinep/20100920014712/art5Controversia189.pdf>
- Gómez, C., & García, C. (2007). *Floriculturas en el oriente antioqueño*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). <http://www.orientecomercialdigital.com/sitio/actividades.detalle.php#destinos>
- González, J., Arcila, I., & Ossa, J. J. (2021, October 6). *Camino de la Vereda. Habitar, recordar imaginar. Recuperación de la memoria colectiva de las veredas de Campo Alegre y La Chapa*. Instituto de Cultura de El Carmen de Viboral
- Guber, R. (2011). *La etnografía-Método, campo, reflexividad*. Siglo XXI. <https://abacoenred.com/wp-content/uploads/2016/01/etnografi-a-Me-todo-campo-reflexividad.pdf>
- Halbwachs, M., & Díaz, A. L. (1995). Memoria colectiva y memoria histórica. *Reis*, 69, 209-219. <https://doi.org/10.2307/40183784>
- Jacobi, J., Wambugu, G., Ngutu, M., Augstburger, H., Mwangi, V., Zonta, A. L., Otieno, S., Kiteme, B. P., Burgoa, J. M. F. D., & Rist, S. (2019). Mapping Food Systems: A Participatory Research Tool Tested in Kenya and Bolivia. *Mountain Research and Development*, (39),1-11. <https://doi.org/10.1659/MRD-JOURNAL-D-18-00024.1>
- Jarosz, L. (2000). Understanding agri-food networks as social relations. *Agriculture and Human Values* (17), 279–283.
- Jiménez, P., & Zuluaga, O. (1983). El Carmelitano. *Intoxicación Por Organos Fosforados Carbomatos*.
- Kay, C. (2009). Estudios rurales en América Latina en el periodo de globalización neoliberal: ¿una nueva ruralidad? *Revista Mexicana de Sociología*, (4), 607–645.
- Leff, E. (2003). La Ecología Política en América Latina . Un campo en construcción. *POLIS*, (5), 1-16
- Machado, H. (2015). Ecología política de los regímenes extractivistas. De reconfiguraciones imperiales y re-existencias decoloniales en Nuestra América. *Bajo El Volcán*, (23), 11–51.
- Martínez Alier, J. (2008). Conflictos ecológicos y justicia ambiental. *PAPELES*, (103), 11–27.

-
- Martínez P., A. M., & Turbay, S. (2016). Percepción femenina del trabajo hecho por las mujeres en la vereda Rivera, de El Carmen de Viboral, Antioquia (Colombia). *Boletín de Antropología*, (51), 66-91. <https://doi.org/10.17533/udea.boan.v31n51a04>
- Ministerio de agricultura (2020). *Cadena del Fríjol Dirección de cadenas Agrícolas Forestales 2022*. [https://sioc.minagricultura.gov.co/AlimentosBalanceados/Documentos/2020-03-31 Cifras Sectoriales frijol.pdf](https://sioc.minagricultura.gov.co/AlimentosBalanceados/Documentos/2020-03-31%20Cifras%20Sectoriales%20frijol.pdf)
- Muñoz, M. (2010). Uso de plaguicidas y discapacidad intelectual en estudiantes de escuelas municipales, Provincia de Talca, Chile. *Universidad de Antioquia*, (1), 29-35
- Prada, E. (2003). La protesta en el campo colombiano De la lucha por la tierra a la defensa de los derechos humanos (1990-2003). *OSAL*, (11), 35-64
- Puerta Silva, C. (2020). La Reproduction Socio-Ethnique Wayuu. Les Transitions de l'autonomie Relative à La Dépendance. *Recherches Amérindiennes Au Québec L* (1), 41-56. <https://bit.ly/3uEfHSz>
- Restrepo, A., Giraldo, A., Betancur, F., Preja, J., Pérez, L., & Giraldo, M. (2002). *El Carmen de Viboral su territorio, sus pobladores y sus relaciones*. Centro de historia de El Carmen de Viboral
- Reynolds, K., Block, D. R., Hammelman, C., Jones, B. D., Gilbert, J. L., & Herrera, H. (2020). Envisioning radical food geographies: shared learning and praxis through the Food Justice Scholar-Activist/Activist-Scholar Community of Practice. *Human Geography(United Kingdom)*, (3), 277–292. <https://doi.org/10.1177/1942778620951934>
- Rivera, C. (2015). *Dinámicas económicas en las familias campesinas de la vereda la Chapa municipio de el Carmen de Viboral, Antioquia*. Universidad de Antioquia.
- Santacoloma, L. (2015). Importancia de la economía campesina en los contextos contemporáneos: una mirada al caso colombiano. *Entramado*, (2), 38–50. <https://doi.org/10.18041/entramado.2015v11n2.22210>
- Schejtman, A. (2006). *Seguridad, Sistemas y Políticas Alimentarias en Centroamérica: Elementos para una estrategia integral de seguridad alimentaria*. RIMISP. https://www.rimisp.org/wp-content/files_mf/1366827759dtr4_seguridadalimentaria.pdf

-
- Segrelles, J. (2013). El problema de los cultivos transgénicos en América Latina: una “nueva” revolución verde. *Entorno Geográfico*, (3), 1–25. <https://doi.org/10.25100/eg.v0i3.7592>
- Sosa, M. (2012). *¿Cómo entender el territorio?*. Cara Parens.
- Soto Velasquéz, M. (2017). *Agrotoxicos y salud ambiental de la madre y el niños en el municipio de El Carmen de Viboral 2017*. Secretaría de salud de El Carmen de Viboral
- Tabares, J., & López, Y. (2012). Salud y riesgos ocupacionales por el manejo de plaguicidas en campesinos agricultores, municipio de Marinilla, Antioquia, 2009. *Revista de la Facultad Nacional de Salud Pública*, 432–444.
- Unigarro, C. (2015). Sistemas alimentarios y patrimonio alimentario. Transculturaciones en el caso ecuatoriano. *Antropología Cuadernos de Investigación*, 15, 21. <https://doi.org/10.26807/ant.v0i15.38>
- Vía Campesina. (2018). *Soberanía Alimentaria Ya*. Coordinación Europea Vía Campesina, 1-32. <https://viacampesina.org/en/wp-content/uploads/sites/2/2018/02/Food-Sovereignty-a-guide-ES-version-low-res.pdf>
- Waterston, A. (2019). Intimate ethnography and the anthropological imagination: Dialectical aspects of the personal and political in My Father’s Wars. *American Ethnologist*, (1), 7–19. <https://doi.org/10.1111/amet.12730>
- Wichterich, C. (2009). Women peasants, food security and biodiversity in the crisis of neoliberalism. *Development Dialogue*, (51), 133–142.

Anexos: Diario Visual

Figura 33
Diario visual



Figura 34
Diario visual

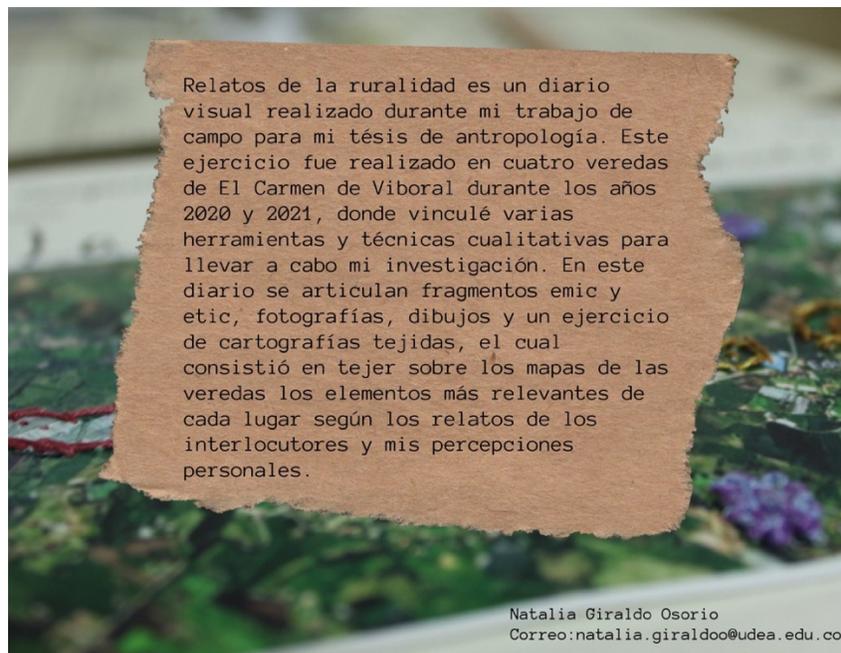


Figura 35
Diario visual



Figura 36
Diario visual



Figura 37
Diario visual



Figura 38
Diario visual



Figura 39

Diario visual



Figura 40

Diario visual



Figura 41

Diario visual



Figura 42

Diario visual



Figura 43
Diario visual

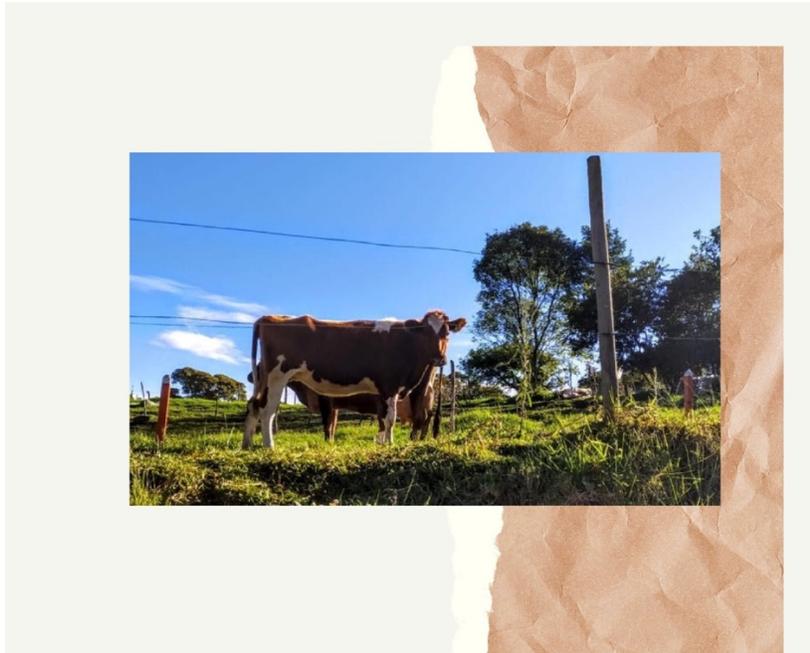


Figura 44
Diario visual



Figura 45
Diario visual



Figura 46
Diario visual



Figura 47

Diario visual



Figura 48

Diario visual



"La molienda pa' endulzar el corazón"

Figura 49

Diario visual



Figura 50

Diario visual



Figura 51
Diario visual



Figura 52
Diario visual



Figura 53
Diario visual



Figura 54
Diario visual



Figura 55

Diario visual



Figura 56

Diario visual

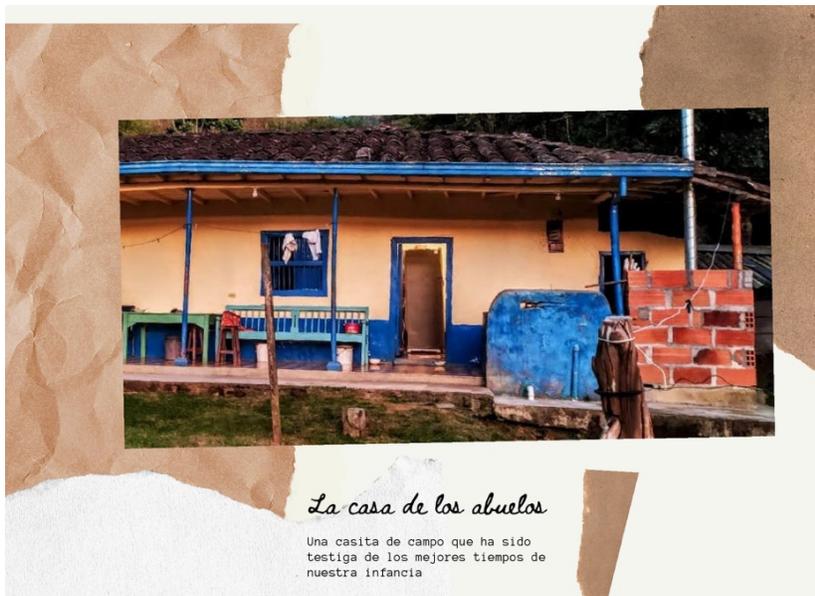


Figura 57
Diario visual

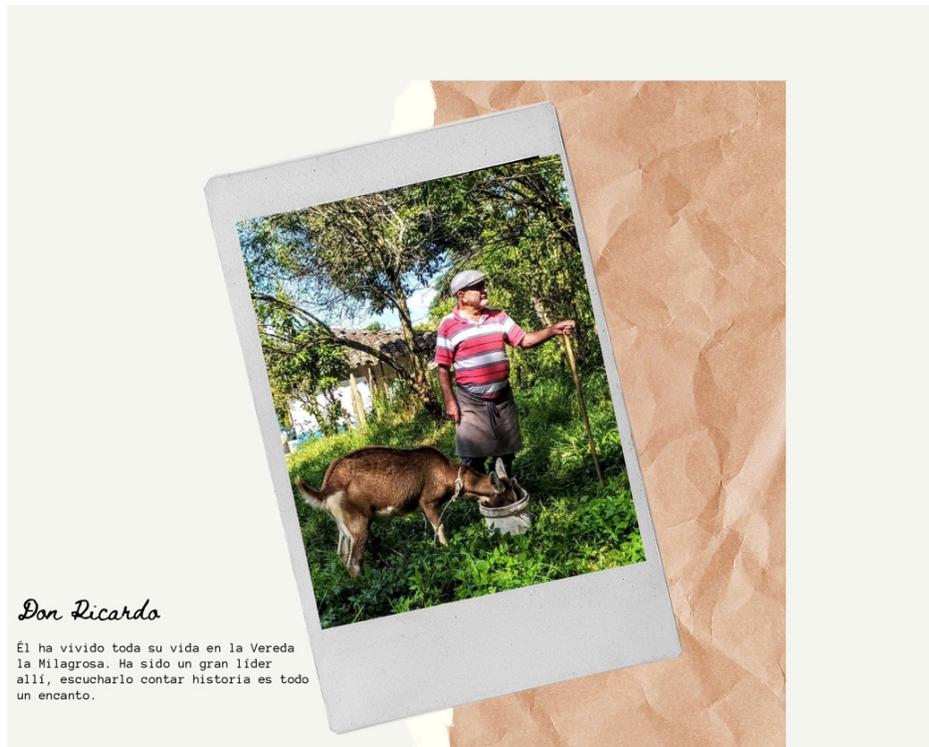


Figura 58
Diario visual



Figura 59

Diario visual

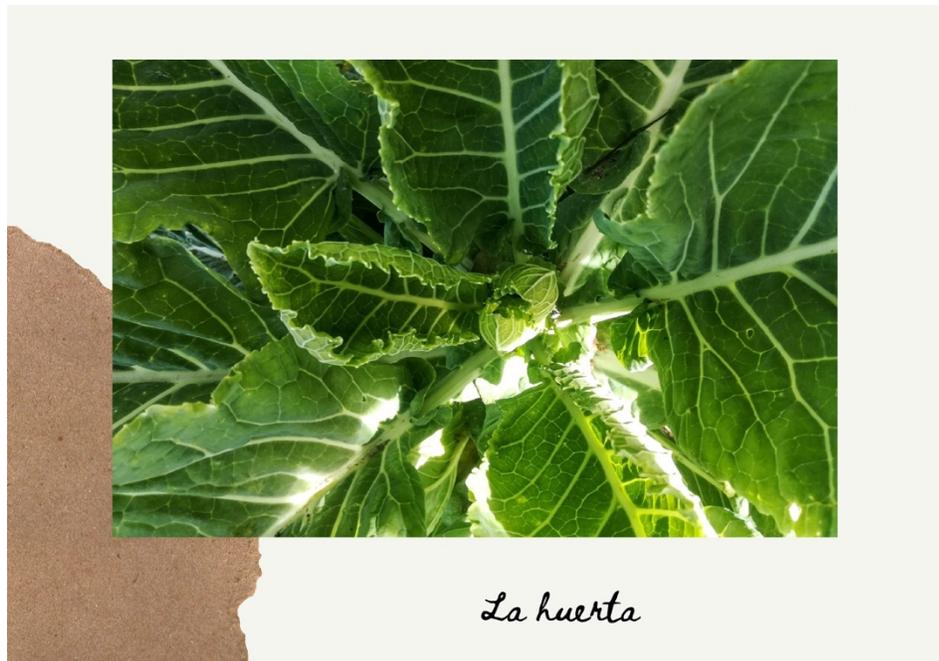


Figura 60

Diario visual



Figura 61

Diario visual



Figura 62

Diario visual



La cosecha

luego de tres meses y medio sacan la zanahoria "esta vez no logramos buen precio", dijo uno de los campesinos.

Figura 63

Diario visual



Figura 64

Diario visual



Figura 65

Diario visual



Figura 66

Diario visual

